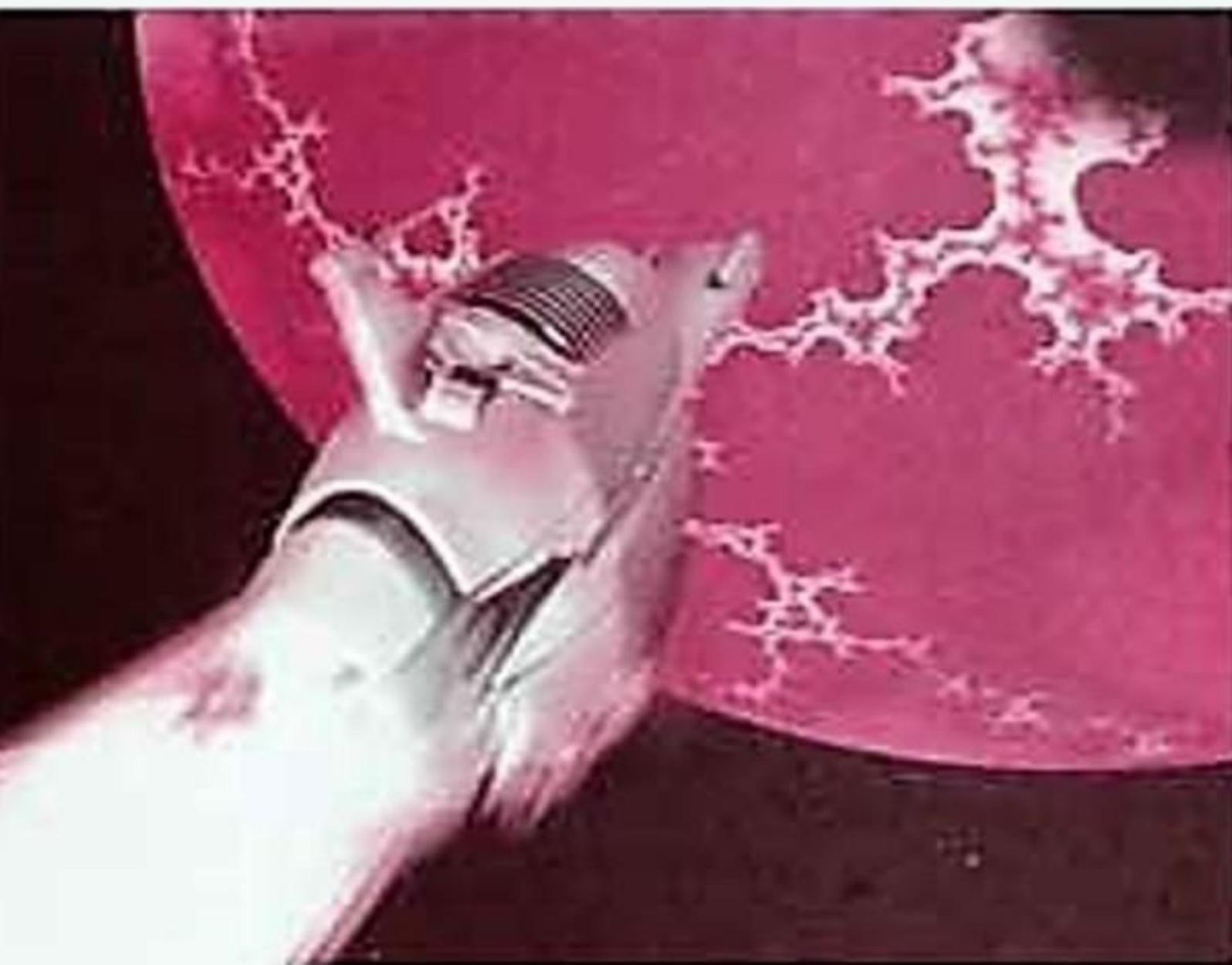


EN UN VACÍO INSONDABLE

JUAN MIGUEL AGUILERA Y JAVIER REDAL



La esperada continuación de
Mundos en el abismo e
Hijos de la eternidad



Lectulandia

Cuando un disco de dos mil trescientos cincuenta kilómetros de diámetro compuesto de materia degenerada penetra en Akasa-Puspa, todos saben que sólo puede traer problemas. Un científico del Utsarpini, un mercenario ksatrya y todo un clan angriff deben viajar, a bordo de la más avanzada nave del imperio, al confín de los tiempos para intentar descubrir quién o qué amenaza la misma existencia de Akasa-Puspa.

La saga del cúmulo globular Akasa-Puspa, que comenzó en «Mundos en el abismo», continúa en otra épica aventura.

Javier Redal y Juan Miguel Aguilera son dos autores al nivel de Niven y Clarke.

Lectulandia

Juan Miguel Aguilera & Javier Redal

En un vacío insondable

Akasa-Puspa - 4

ePub r1.0

diegoan 27.06.2018

Título original: *En un vacío insondable*
Juan Miguel Aguilera & Javier Redal, 1994

Editor digital: diegoan
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a Ernesto Suárez,
Pedro Jorge Romero, y todos los
amigos de la Calle de la Costa,
por su osadía al publicar nuestro
único trabajo inédito.

«Desgarrada con estrépito terrible
La Eternidad se abrió en ancho cauce,
Y sus partes montañosas en todos sus costados
Huían, huían, siempre huían,
Dejando ruinosos fragmentos de ruina
Suspendidos, acantilados amenazantes, en medio
Del océano de un vacío insondable».

WILLIAM BLAKE
«El Primer Libro de Urizen»

PRÓLOGO

La pantalla semejaba una exhibición de rubíes esparcidos sobre terciopelo negro. Un sin fin de estrellas rojas, anaranjadas y amarillas, ocupaban la mayor parte de su superficie. Diez millones de soles amontonados en un cúmulo globular de apenas ciento cincuenta años-luz de diámetro.

La pantalla era un artefacto de aspecto barroco y macizo. El marco, de color del bronce y en forma de octágono apaisado, estaba adornado por un diseño de triángulos y cuadrados blancos, rojos y negros. En los lados, dos columnas votivas talladas con extraños rostros: hocicos puntiagudos como picos, ojos bulbosos esféricos de pupila ranurada, cuellos largos y serpentinos que se enroscaban en las columnas, cuerpos ovoideos provistos de brazos con largas garras, unas negras membranas como alas al dorso, largas patas traseras flexionadas para saltar.

La sala de mando tenía forma de disco. En la pared relucían otras pantallas de menor tamaño, luces indicadoras, displays digitales. Los tripulantes que se ocupaban ante los mandos eran criaturas semejantes a los retratos honoríficos que bordeaban la pantalla: cuellos largos, garras, patas saltadoras...

Una de las criaturas, la que se acomodaba en el sillón situado en el centro de la sala, habló. Su voz era semejante a un chirrido multiarticulado.

—¿Qué dicen los instrumentos, *Vástago*Tres*?

—Las lecturas son muy extrañas, *Primo*Cruzado*Ocho* —respondió el tripulante, que era hijo de una hermana de *Tres*, cuyo hermano era padre del mismo —. El objeto no se parece a nada que hayamos encontrado antes.

—¿Me das imagen?

La pantalla fundió en negro y apareció una nueva vista. No muy impresionante, sólo un pequeño disco iluminado por la luz de una gigante roja.

—¿Qué hay de los rasgos superficiales?

—No se ve gran cosa. La resolución...

—Inténtalo.

La imagen creció en la pantalla; el Artefacto desconocido casi la llenaba, pero se veía con demasiado grano.

—Posee una gran masa —dijo *Seis* leyendo los datos de los sensores—, diez elevado a doce toneladas... millón más, millón menos. Como la de un asteroide voluminoso. Su trayectoria lo hará colisionar con la estrella roja en diez miriadiclos. Su velocidad es un centésimo de la de la luz... no necesito recordarte la energía cinética que eso representa.

—¿Diámetro estimado?

—Es... espera un momento... dos mil trescientos cincuenta kilómetros, con un error de veintisiete en más o en menos.

—¡Por la *Sagrada Pirámide*! —exclamó *Ocho*.

—Pero ¿qué es? —preguntó otra de las criaturas.

—Un disco —aseguró *Tres*.

—¿Qué?

—Un disco. Lo estamos mirando de frente; procediendo de la *Gran Galaxia* en nuestra dirección, es la única forma en que podemos verlo.

Ocho permaneció pensativo unos momentos.

—¿Tienes alguna forma de probarlo?

—La señal del radar. Los bordes de ese objeto no están más lejos que el centro.

—De acuerdo —concedió *Ocho*—. Pero eso es inquietante. Si toda esa masa está concentrada en un disco plano... ¿qué densidad tiene?

—Estimable en miles de veces la del agua. Materia degenerada, como la de una estrella de neutrones.

—¡Por los *Colmillos de Dios*! —exclamó otra de las criaturas, trazando círculos en el aire con su largo cuello—. Esto quiere decir que es algo mucho más peligroso de lo que pensábamos.

Ocho gruñó, abriendo su pico córneo y mostrando sus dobles regletas a sus camaradas, en un gesto habitualmente agresivo. No le gustaba el nerviosismo que prendía en su *camada*.

—De todos modos —dijo—, eso les da más inercia. No pueden cambiar de rumbo ni de velocidad con tanta rapidez como nosotros. Pero lo fundamental es esto: ¿existe la posibilidad de que se trate de un arma humana?

Se elevó un murmullo de incredulidad.

—Si esas bestias tuvieran capacidad de mover masas tan enormes —contestó *Tres*—, no se habrían dejado conquistar tan fácilmente.

—Con lo cual quedamos como al principio —meditó *Niebla Ocho*—. Pero de todos modos, es una amenaza potencial. Un objeto muy masivo y veloz representa energía. Y la energía siempre puede usarse para fines bélicos... Si estáis de acuerdo en ello, solicito un voto de confianza. ¿Sigo siendo vuestro *Prevaleciente*?

Los cazadores asintieron.

—Yo, *Niebla Ocho* —recitó formalmente—, *Prevaleciente de la Camada de los Merodeadores Nocturnos*, del *Clan de Espolón de Acero*, de la *Tribu de la Montaña del Juicio*, declaro estado de alerta y asumo el mando absoluto de la esta nave, la *Forzadora Irrebatible*.

* * *

Estando todos de acuerdo (las *camadas* angriffs eran escrupulosamente democráticas en esos asuntos) *Ocho* conectó la alarma de aceleración, y la nave saltó hacia adelante con sus finos sentidos dispuestos para el combate. Los cazadores se retreparon en sus asientos, amoldándose a la gravedad creciente, y los herbívoros gimieron mientras

sus gordos cuerpos, menos adaptables a las aceleraciones que los de sus parientes carnívoros, eran torturados por los Gs.

La nave enfiló hacia el objetivo, empujada con toda la potencia de sus motores de fusión.

* * *

La masa estelar se concentraba en el extremo izquierdo del campo de visión, haciéndose más y más rarificada hacia la derecha. Allí desaparecían casi de repente, dejando el negro espacio intergaláctico, en el que sólo relucían la lejana *Gran Galaxia* y una solitaria estrella roja.

Era una obesa y apacible gigante roja, en el mismo borde del Cúmulo; enorme pero poco más densa que el interior de una bombilla.

El Artefacto caía hacia ella; dada su enorme velocidad, el encuentro apenas duraría unas horas.

El primer indicio de lo que iba a suceder ocurrió cuando el Artefacto estaba a treinta millones de kilómetros del sol rojo. Un abultamiento apareció en su ecuador, justo bajo el recién llegado. Otro abultamiento empezó a formarse en el extremo diametralmente opuesto. El pequeño pero intenso campo de gravedad del Artefacto creaba una marea en la tenue fotosfera de la enorme estrella.

Lentamente, un par de tentáculos rojos se extendían desde el sol. Parecía una tosca criatura marina tratando de pescar dos presas al mismo tiempo. Entonces, el tentáculo que estaba bajo el Artefacto lo alcanzó.

Los gases exteriores de la estrella empezaron a caer en espiral dentro del lóbulo de Roche del cuerpo, calentándose millones de grados conforme las espiras de gas rozaban unas contra otras. El disco de acreción formado empezó a radiar en la banda de los rayos X. Los gases atrapados por el cuerpo entregaban su energía al caer en el pequeño pero profundo pozo de gravedad.

Aquel diminuto torbellino de radiación, como un ricito en la corona del sol gigante, relució por unos momentos más brillante que mil soles, eclipsando al gigante rojo... y empezó a separarse de él. Un penacho de gas en forma de S se extendió por el espacio intermedio, mientras que otro jirón más pequeño se alzaba en el extremo opuesto. Mientras ambos chorros de materia se dispersaban en el vacío, la estrella tomaba un aspecto casi cómico: un gigantesco aparato de riego por aspersión...

* * *

Los angriffs contemplaron durante horas aquel increíble acontecimiento celeste.

—¡Ese Artefacto se está comiendo la estrella! —exclamó *Ocho*. Dobló el cuello hasta casi tocar el suelo. Sus compañeros quedaron impresionados; aquella escena era

capaz de paralizarle a uno los corazones.

Pero *Ocho* se rehizo y pidió de inmediato un informe. Sus hermanos se pusieron a la tarea, y tras minuciosas observaciones, *Tres* anunció:

—El Artefacto ha decelerado, hermanos. Ha emitido, de hecho sigue emitiendo, enormes cantidades de radiación hacia delante.

—¿Cuál será su distancia mínima a nosotros? —exigió *Ocho*.

—Aproximadamente —dijo *Tres*, consultando un gráfico de ordenador— un millón de kilómetros.

Ocho se lamió la fila interna de dientes. *El cazador cobarde come carroña*, citó el viejo proverbio.

—Estableced una trayectoria —ordenó *Ocho*— que nos haga cruzarnos con el Artefacto a una distancia entre tres y cuatro millones de kilómetros. El encuentro durará poco; pero, cuando llegue la máxima aproximación, quiero todos los *sentidos* enfocando al Artefacto y registrándolo todo. ¿Comprendido?

No hubo dudas ni vacilaciones. Prepararon los instrumentos y programaron al ordenador para que transmitiera todo lo que se pudiera conseguir.

Treinta ciclos más tarde, los primeros datos cruzaban el vacío en un denso haz más cargado de gigabits.

Dieciocho ciclos más tarde, el haz se cortó.

UNO

*Corva*de*Fuego* se sentía satisfecho de sí mismo. Todo había marchado de acuerdo con los planes prefijados, y ahora sus membranas olfateaban el exquisito aroma de la victoria.

El cielo del sojuzgado mundo estaba surcado por las incesantes estelas de los vehículos de aterrizaje. Junto a él pasaron varias compañías de infantes, medio saltando sobre sus zancudas patas a paso de ataque; y sobre su cabeza, cruzaron zumbando varios autogiros en vuelo rasante.

—Un magnífico espectáculo, Micazador —chirrió respetuosamente su *cognitor* herbívoro.

—Sí que lo es —respondió *Corva*de*Fuego*, dirigiendo su vista al cielo.

Visible aun a pleno día, el colosal disco del *Mundo Gigante* cubría un tercio del cielo visible, como una colosal montaña decorada a bandas coloreadas paralelas; la pauta casi artificial sólo estaba rota por los débiles remolinos en sus bordes. Una sombra oscura y estrecha lo dividía: era la sombra del anillo de rocas, hielo y detritos que rodeaba al *Mundo Gigante*.

El lado opuesto del firmamento presentaba otro aspecto no menos imponente. El anillo lo cortaba como una enorme cuchilla, para cruzar sobre el cenit y descender tras el bulto del *Mundo Gigante*.

—Será bueno para la caza nocturna, Micazador —añadió su ayudante. *Corva* no había pensado en ello. Demasiadas preocupaciones. Fue a responder, pero un silbido rugiente hirió sus membranas auditivas.

Con gracia pesada, un transbordador se posó en la pista de aterrizaje provisional de tierra compactada. Su bodega se abrió al instante, pero su carga no era de guerreros: eran herbívoros. Estúpidos, aullantes, fatigados y asustados por la extrañas experiencias sufridas en su vuelo espacial. *Corva* observó que muchas de aquellas criaturas estaban embarazadas. Es una buena señal, pensó; pronto dispondremos de más víveres y más guerreros.

—Las tropas no tardarán en completar la conquista —añadió el *cognitor* con optimismo.

Corva gruñó suavemente. Aquello era simplificar las cosas. ¡Había tanto por organizar! Girando su largo y flexible cuello ciento ochenta grados, observó disgustado las moles absurdamente grandes de los edificios humanos, algunos de ellos aún humeantes.

—Es abominable —señaló con el espolón de su mano izquierda—. ¿Por qué los humanos se obstinan en hacinarse sobre asfalto o cemento, hasta tocarse con los brazos, o enjaularse en estos laberintos? Yo no resistiría mucho tiempo.

—Ni Micazador ni nadie —se mostró de acuerdo el herbívoro—. La psicología

alienígena...

E hizo un gesto de impotencia. *Corva* siguió mirando los edificios, con fascinada repugnancia.

Los edificios estaban elaboradamente ornamentados; ni uno solo de ellos carecía de una cúpula, torre o minarete. Incluso los edificios más viejos y hediondos habían conocido tales estructuras, aunque muchos de ellos estuviesen mugrientos y (las membranas del carnívoro temblaron de asco) malolientes. Quizás para los humanos tales estructuras tuviesen un significado, pensó, pero no para nosotros.

—Llama a los zapadores —ordenó—. Que reduzcan a gravilla toda esa ruina. Encárgate en persona de que se haga como digo.

—Sí, Micazador.

El *cognitor* hizo una anotación en su tablilla de órdenes, saludó formalmente al carnívoro, y corrió a cumplir sus órdenes.

En su lugar se plantaría fresca hierba forrajera para los herbívoros, pensó *Corva* mirando soñadoramente a su alrededor, así como árboles de bosque. Sí, aquel mundo se convertiría en un edén.

Espléndidos jardines de caza, criaderos... aquel pensamiento tan agradable le llevó a la zona donde habían sido agrupados los humanos capturados.

Estaban encerrados tras una cerca cuadrada de red metálica, de tres metros de alto. Los contempló en silencio.

Nadie, ni el mejor cazador —pensó—, daría un mísero dnagg por ellos si sólo juzgara por las apariencias.

Apretujados tras la alambrada, sollozantes o vociferantes, las hembras apretando a sus crías, los machos de piel pálida, húmeda y sebosa, de músculos flácidos como manteca. Nadie podía sospechar que fueran tan buenas presas.

Y, sin embargo, por las Colmillos de Dios, ¡qué cotas de refinamiento y placer se alcanzan en su caza!

Los humanos tenían una ventaja que compensaba ampliamente su incapacidad física: inteligencia. Cazar, con ellos como presa, era una emocionante aventura donde los propios cazadores corrían el riesgo de ser cazados, y luego... la lengua trífida del carnívoro lamió su pico. A pesar del aspecto repulsivo de los humanos, su carne tenía un sabor deliciosamente exótico.

Olfateando estos recuerdos, *Corva* dirigió hacia ellos la mirada de sus ojos esféricos, de pupila ranurada.

Algunos humanos gemían; otros se sentaban silenciosos, con la mirada perdida. Otros se lanzaban enfurecidos contra la cerca... casi como si fueran del Pueblo, pensó. Tan distintos y tan semejantes a nosotros. A la vez carnívoros y herbívoros, cazadores y presas. Aquella era su debilidad.

¿O quizás era su fuerza? Agitó su serpentino cuello con una vigorosa ondulación. ¿Quién comprendería a los humanos? El no, desde luego. Ni tampoco le preocupaba. Después de todo, el destino de aquellas criaturas estaba marcado inexorablemente,

como la huella en la arena que guía al cazador y delata a la presa.

* * *

Al igual que él no pocos de los infantes, y aun sus prevalecientes, se distraían en sus tareas contemplando el espacio cercado.

Pero había que concentrarse en el trabajo. Aún quedaban muchos asuntos que resolver antes de abandonarse nuevamente al placer de la cacería.

Volvió la espalda a la cerca y caminó a grandes zancadas hacia una gran choza cercana. Un herbívoro con las insignias de capataz le salió al paso, arrastrando humildemente su mandíbula por el polvo.

—Os esperaba impaciente, Micazador —gimoteó.

En la entrada de la choza, dos guardias angriffs, carnívoros, adoptaban una postura de sumisión.

* * *

La tortura es algo indigno, tanto para el que la sufre como para el que la aplica, pensó *Corva*de*Fuego*. Priva a la muerte de su dignidad. Pero con los humanos era imposible entenderse de otra manera.

El Dominante penetró en la típica edificación de su pueblo: una destartalada choza de paja y cañas de techo abovedado. En el centro ardía una fogata, rodeada de un círculo de piedras; de ella se elevaba una columna de humo que escapaba por el agujero central de la bóveda.

La hoguera iluminaba la figura de un humano atado a un marco de madera, del que colgaba cabeza abajo con los brazos en cruz.

Cerca de él, varios angriffs herbívoros trabajaban junto a una compleja máquina que el herbívoro capataz describió como un tomógrafo axial. Un manojo de gruesos cables la conectaba, a través de una abertura del muro, con el generador eléctrico.

Los herbívoros se volvieron hacia el Dominante al percibir su olor. Abandonaron su trabajo y adoptaron la postura sumisa, doblando sus cuellos de serpiente hasta tocar el suelo.

—¿Qué habéis averiguado? —chirrió *Corva*.

—Bastantes cosas, ¡oh Cazador! —mugió débilmente el capataz—. Ya tenemos una idea clara del funcionamiento interno de los humanos.

—Me alegro —dijo *Corva*—. Empezaba a temer que nos veríamos escasos de prisioneros. Vuestros torpes intentos han sido un derroche inútil. ¿Y bien? ¿Habéis obtenido la información que os pedí?

—Todavía no, ¡oh Cazador!... es... complicado.

—¿Habéis interrogado a Israel Lenin?

—No, Micazador.

—¿Por qué?

El tono de *Corva* era tranquilo, pero los herbívoros se estremecieron.

—Tememos perderlo... Su... rrr... la fisiología humana es muy extraña — tartamudeó el capataz—. Ahora estamos en condiciones de comprender por qué perdimos a los primeros. Operaciones como el desprendimiento del epitelio exterior causa una hiperestimulación del sistema nervioso, lo que provoca un cierre de consciencia.

»La incineración de dicho epitelio, por otro lado, causa también la muerte. Estas criaturas eliminan continuamente agua por su piel, en forma de vapor o líquida, y la operación lo impide.

—Expulsar agua por la piel... ¡qué repugnante! —observó el carnívoro.

—Ciertamente, oh Cazador. Estas criaturas —prosiguió el herbívoro, señalando un diagrama colgado de la pared de paja— tienen un contenido en agua de tres cuartas partes de su peso corporal (razón por la cual se necesita tanto calor para chamuscarlas un poco), y absorben al día cerca de dos litros de agua. Hemos determinado que la falta de agua les provoca una muerte rápida en pocos días.

—No me extraña. Unas criaturas muy húmedas.

—Precisamente, Micazador —dijo triunfante el herbívoro—. Su sangre representa un volumen de cuatro o cinco litros, de los cuales el sesenta por ciento es agua. El resto se distribuye en agua intercelular e intracelular, aproximadamente al cincuenta por ciento.

—Entiendo. ¿Has dicho cuatro o cinco litros? —preguntó *Corva*.

El herbívoro se excusó.

—No es posible determinarlo con completa exactitud. Siempre queda un volumen no determinable de sangre en sus cuerpos después de vaciados. Podríamos calcularlo mejor inyectándoles un colorante o un marcador radiactivo, y midiendo luego la concentración de marcador en un volumen dado de sangre. Si Micazador aprobase nuestra solicitud de dichas sustancias, este método permitiría conservar vivo al ejemplar, con el subsiguiente ahorro...

—Comprendo —asintió el cazador—. Haré que os lo proporcionen. Me temo que no mejorará su sabor, pero lo importante es la información. Pero ¿por qué necesitáis saber su volumen de sangre?

—Es la causa principal de sus muertes. Observad —los gruesos dedos del herbívoro señalaron un diagrama anatómico—. En lugar de los dos nuestros, los humanos poseen un grueso y único cerebro, alojado en esa cúpula de hueso. Y ese cerebro necesita una gran cantidad de sangre. Una hemorragia de poco más de un litro basta para matarlos. O incluso una simple decapitación.

Corva estudió pensativo el diagrama.

—¿Qué propones?

El herbívoro señaló al humano.

—Lo hemos colgado así para que el flujo de sangre se acumule en el cerebro. De este modo la vida persiste más tiempo. Claro que, al no poseer un sistema de regulación de presión sanguínea en su cabeza, la sobrepresión puede también matarlo. De ahí que necesitemos conocer su volumen de sangre: para calcular la presión.

—Entiendo; has tenido una brillante idea —aprobó calurosamente el carnívoro—. Si funciona, sugeriré al Supremo que os recompense con una Dilación de Entrega.

El herbívoro inclinó la cabeza con gratitud. La Ley decía que toda Presa debe acabar en el estómago del Cazador. Pero las presas valiosas podían obtener aplazamientos en la Entrega, que, con inteligencia y algo de suerte, podían prolongarse durante toda la vida natural y convertirse en *cognitor*.

—¿Qué tienes planeado ahora? —preguntó ociosamente *Corva*.

—Una sencilla escisión longitudinal.

Sus ayudantes conectaron una sierra eléctrica y empezaron a cortar al humano desde la ingle hasta el cuello.

* * *

Corva observó distraídamente la operación. Su mente estaba ocupada por cosas de mayor importancia para un cazador en busca de fortuna.

Enviar una de sus naves, la *Forzadora Irrebatible*, pilotada por los fabulosos *Merodeadores* de *Espolón*de*Acero*, hacia el Artefacto, había sido una jugada atrevida para *Corva*de*Fuego*.

Muy atrevida.

Era evidente que los humanos estaban muy interesados en su estudio. ¿Por qué si no, le había dicho su *cognitor*, habían instalado aquella colonia en un lugar tan remoto, tan lejano de las rutas comerciales del Imperio? ¿Qué misterios guardaba aquel Artefacto que viajaba velozmente hacia ellos? ¿Proporcionaría a su protoclán prestigio y beneficios materiales?

Un protoclán pequeño y con poca influencia como el suyo, podría alcanzar una posición elevada y convertirse en un nuevo clan, mediante una hazaña de valor, que además suministrase recursos o conocimientos valiosos a su Tribu.

*Corva*de*Fuego* dirigía una de los protoclanes menores, y su papel en la invasión había sido secundario. Pero habían sido sus cazadores quienes tomaron el Instituto de Ciencias, y su hábil *cognitor* supo rápidamente reconocer el misterio que allí se guardaba.

Aquella era su oportunidad de elevar a su protoclán a un rango más exaltado. Pero los científicos humanos, al mando de los cuales estaba ese gusano inválido de Israel Lenin, se negaban tercamente a hablar.

La paciencia no era uno de sus rasgos distintivos. Había tomado rápidamente una decisión, y ahora sus esperanzas estaban en la *Forzadora Irrebatible*. Que aquellos estúpidos humanos seguirán muriendo en la tortura, no importaba mucho, su nave

debía de haber alcanzado ya aquel misterioso Artefacto. Pronto tendría respuestas, con la colaboración de los científicos humanos, o sin ella.

* * *

Algunos minutos más tarde, el Dominante contemplaba con desagrado el cadáver dividido. Varias asas intestinales cortadas colgaban flácidas sobre su cara, completamente inundada de sangre que obstruía su nariz y garganta. Una gran mancha circular de humeante sangre cubría la esterilla de paja que habían colocado bajo el marco.

—Tampoco este ha hablado —su chirriante voz sonó en el tétrico silencio de la cabaña. Los investigadores inclinaron la cabeza temblando. La *Entrega* podía ser ahora mismo.

Corva lo estaba pensando. Meditabundo, se frotó el espolón de su mano derecha, casi dispuesto a cercenar aquellas estúpidas cabezas.

—¿Qué piensas hacer ahora? —chirrió.

—Rrrr... necesitamos más materiales y más experimentación —dijo el herbívoro, nervioso—. El marcador, como te he dicho...

El ayudante segundo inclinó su cabeza hasta el suelo.

—Solicito permiso para hablar —murmuró. *Corva* hizo un gesto de aquiescencia.

—He estado considerado la idea de un enfoque psicológico —dijo el ayudante segundo sin levantar la cabeza—. Propongo aplicar el tratamiento en presencia de los otros humanos.

Corva inclinó su cuello con desconcierto.

—¿De qué serviría eso?

—Los humanos, como casi todas las presas, son gregarios. Cuando vean lo sucedido a uno, lo relacionarán con la suerte que pueden correr ellos mismos.

Corva aspiró aire. ¡Nunca se le hubiera ocurrido! Claro que él no era una presa. Y había de reconocer que el humano había durado bastante. Además no sería práctico perder las habilidades de aquellas presas en la fisiología humana...

Sus pensamientos fueron bruscamente interrumpidos cuando su *cognitor* irrumpió en la sala. El herbívoro, angustiado, emitía un fuerte olor a *hormona de la carrera*.

—¿Qué sucede? —preguntó *Corva*. No estaba acostumbrado a ver a su siempre tranquilo *cognitor* en ese estado.

—La... arff... —El *cognitor* luchó por recobrar el aliento—... la *Forzadora Irrebatible* ha sido destruida, Micazador.

DOS

Incluso para aquellos que la libran, una batalla espacial es tan impersonal como un videojuego.

En el puente de la corbeta imperial *Asura*, la comandante Abhali la seguía con atención. Sentada en la glorieta de mando, rodeada de una esfera de visión parcheada de *ventanas* de ordenador, se sentía sumergida en un universo virtual, en el que las naves y los cazas y los proyectiles y los haces de láser y de partículas y las nubes de reclamos, no eran sino simples puntos y trazos fosforescentes en la pantalla esférica de plasma. Las ventanas de visión directa sólo revelaban destellos momentáneos de un resplandor blanco-violáceo sobre las inmóviles estrellas del Cúmulo, que semejava una foto fija de las ascuas de una hoguera; las más brillantes correspondían al cuádruple sol del sistema de Sargazzia.

Trató de formarse una imagen mental de lo que estaba sucediendo. Pero incluso el ordenador tenía problemas para dilucidar el desarrollo del combate... de repente, un zumbido de aviso. Una nave imperial de línea había estallado, convertida en una nube de gas en expansión.

La comandante Abhali trató de interpretar las manchas del radar en términos de hombres volatilizados. No era posible.

—¿Qué sucede?

La comandante se volvió. Había reconocido la voz de Khat Zar.

—La batalla sigue su curso, comodoro —contestó, devolviendo su atención a las pantallas.

—No me diga. ¿Quién contra quién?

Abhali le miró de nuevo. En el comodoro Zar, el sarcasmo era tan poco habitual como el agua en su desierto planeta.

—Diez navíos de línea de gran porte, comodoro —informó la mujer con sequedad—, identificados por el ordenador como imperiales, acompañados por una veintena de corbetas y fragatas, intercambian misiles y fuego de láser con ocho o diez naves no identificadas... esos puntos rojos acompañados por números. Indican su tonelaje y potencia estimados. Es difícil de determinar. Las naves están lanzando niebla y arena a los ojos del adversario.

No pudo evitar esa expresión de jerga técnica de la Marina. La pregunta no se hizo esperar.

—Que significa...

—Que emiten interferencias electromagnéticas en todas las longitudes de onda, comodoro —informó la comandante, con respeto artificial—, para cegar los sensores del enemigo. Eso es la *niebla*. La *arena* es...

—Nubes de partículas reflectantes. Para desorientar a los radares y reflejar los

rayos láser.

—Exactamente.

Khat Zar contempló las pantallas. Era un hombre alto, enjuto, de piel tostada, vestido con el kilt dentado de los ksatryas; de cráneo cubierto de pelusa rojiza cortada a cepillo y rostro de calavera. Delgado, pero recio y curtido, roble forrado de cuero. La comandante lo admiraba como soldado casi tanto como lo detestaba como persona.

—Usted —el largo dedo del ksatrya señaló al oficial de comunicaciones—. Póngase en contacto con el Alto Mando local. Informe de la misión y añada que el comodoro Khat Zar, de la Ksatra^[1], solicita instrucciones del máximo responsable.

El oficial miró a la comandante, dudando. Esta dijo:

—Si emitimos, delataremos nuestra posición, comodoro.

—Lo sé.

—Pero...

—Comandante Abhali.

Los ojos de Khat Zar, hundidos en sus órbitas, le miraban fríamente.

Suspiró.

—Adelante, Honi —dijo la mujer al oficial de comunicaciones.

Por los Siete Infiernos, ¿por qué el Imperio confiaba tanto en aquellos mercenarios? ¿Y por qué poner al mando de la flotilla precisamente a Khat Zar? ¡Dos corbetas, cinco torpederos, y un centenar de hombres, dependiendo de un coronel del ejército de tierra, al que se ascendía a comodoro por decreto!

Pero hacía mucho que el Imperio solo confiaba en el Juramento de Fidelidad de la Ksatra, y en la apatía inducida de sus prócer eunucos.

—Recuerde, comandante, escoltamos algo cuyo valor es muy superior al conjunto de nuestras vidas. ¿Qué posibilidades hay de que nos hayan descubierto?

—Pocas, comodoro —contestó Abhali.

Cuando se encontraban a unas pocas horas luz de Sargazzia, había ordenado dispersarse y apagar los impulsores de fusión, y se habían deslizado silenciosamente en el sistema. En la aproximación final, aquello representaría un infierno de deceleración, pero por el momento confiaban en pasar inadvertidos en el maremágnun de la batalla.

El ksatrya se frotó la cuadrada barbilla, resoplando suavemente.

Por lo poco que la comandante Abhali lo conocía, y lo conocía mejor que nadie en la flotilla, Khat Zar estaba preocupado. Era comprensible: dos años de viaje a tres cuartos de C, atravesando las zonas más peligrosas de la Utsarpini, y justo cuando lo peor del viaje había pasado... encontrarse metidos en una batalla.

La comandante pensó en la gran nave que habían escoltado desde Cakravartinloka, enorme y fea como un camión. No por vez primera se preguntó cuál sería su importante misión en aquel remoto sistema fronterizo.

—Dos naves de línea adoptan vectores convergentes con nuestra órbita, mi

comandante —dijo el oficial de detección—; no responden a los códigos imperiales. Estarán a tiro en... unas veintisiete horas estándar.

La comandante dirigió su dedo a un botón. Dudó un momento, mirando a Khat Zar.

—Zafarrancho todas las secciones —oprimió el botón; las sirenas aullaron en toda la flotilla.

—Sueltan niebla, comandante —informó el oficial de detección.

—Mandémosles también unos jirones. ¿Alguna identificación?

—Negativo, mi comandante.

—¿Comunicaciones?

—Negativo.

—¿Espectro del chorro?

—Procesando, comandante.

—¿Óptica?

La paradoja de la supertecnología. Con las naves intentando cegarse electrónicamente unas a otras, el ojo humano y el telescopio eran el último «instrumento».

—No hay bastante resolución, mi comandante.

Hubo un silencio frustrado.

—Me retiro a mi camarote —dijo bruscamente Khat Zar—. Cuando tengamos contacto, comuníquenmelo. O cuando hayan identificado a los atacantes. Comandante Abhali, la flotilla es toda suya.

Se cuadró y salió del puente, con el flotante paso de la ingravidez.

—Como si nos hiciera un favor —murmuró entre dientes el oficial de comunicaciones.

La comandante, siempre atenta a las faltas de respeto a un superior, no dijo nada.

TRES

Dada su anatomía, los angriffs no necesitaban sillas; reposaban sobre su abdomen, con las piernas hacia atrás formando un triángulo. Por la misma razón no necesitaban mesas. Usaban en su lugar planchas de madera finamente cepilladas y barnizadas, o planchas de pizarra, mármol o esquisto pulimentado. También usaban atriles contruidos de diferentes sustancias.

*Corva*de*Fuego* estaba en su exedra, examinando los informes sobre la destrucción de la *Forzadora Irrebatible*, cuando su *cognitor* se presentó. El herbívoro hizo la señal de reverencia, y se sentó a indicación de su señor. En todo momento mantuvo su cabeza a un nivel inferior a la de él.

*Corva*de*Fuego* fingió estar absorto en la complicada escritura triglífica, pero lo cierto era que entendía muy poco de todo aquel galimatías. Bueno, ¿para qué estaban los *cognitores* si no?

Estaba furioso. Se había visto obligado a visionar, junto a *Espolón*de*Acero*, los últimos deciciclos de los *Merodeadores*.

Ahora *Espolón* exigía a *Corva* una satisfacción para su clan por la camada destruida. Afirmaba que Israel Lenin, el humano que estaba en poder de *Corva*, sabía cosas sobre el Artefacto que podrían haber evitado la muerte de sus cazadores. ¡Y culpaba a *Corva* de ello!

*Corva*de*Fuego* no habría necesitado para nada de aquellos estúpidos *Merodeadores*. Habría preferido hacerlo él solo, pero las leyes de la *Sagrada*Pirámide* se lo impedían mientras no alcanzase el rango de clan.

¡Maldito sea! —pensó *Corva* con rabia—. ¡Y precisamente ahora!

Habían signos de reagrupamiento humano en los asteroides troyanos. Una gran batalla espacial parecía estar gestándose, y *Corva* quería conseguir de los epícratas una patente para que su protoclán participase en el combate, y en el botín...

—No, no necesito más problemas.

El *cognitor* inclinó la cabeza ante el carnívoro, que parecía haberlo olvidado.

Al cabo de un microciclo *Corva* levantó la vista.

—¡Habla! —apremió.

—Gracias, Micazador —el *cognitor* emitió una fuerte corriente de aire para limpiar sus orificios respiratorios—. Ssssjjjj... el reflejo del radar de la *Forzadora Irrebatible* confirmó, poco antes de su destrucción, que el objeto es un disco, casi plano, de neutronio puro, de dos mil kilómetros de diámetro.

—Y viene hacia nosotros a un centésimo de la velocidad de la luz...

—Su velocidad debe ser ya mucho menor, Micazador: está decelerando.

—Lo que demuestra que no puede tratarse de algo natural —dijo *Corva*.

—Precisamente, Micazador. Más aún, un objeto de ese tamaño, formado por

neutronio puro, se colapsaría al instante hasta formar una esfera de sólo unos milímetros de diámetro. No puedo imaginar qué clase de fuerza está actuando sobre él, para mantenerlo en su forma de disco.

—¿Cuál fue la causa de la destrucción de la *Forzadora Irrebatible*? —gruñó *Corva*, cada vez más confuso.

—No lo sabemos, Micazador, pero fue muy rápido. El haz de comunicación se cortó bruscamente.

—Pero no parece haber relación entre los humanos y ese Artefacto, ¿o tu examen de sus datos informatizados te hace pensar lo contrario?

—No, en absoluto, Micazador —se apresuró a añadir el *cognitor*—. Pero lo cierto es que los humanos destruyeron toda información referente al Artefacto, poco antes de que nuestra tribu se apoderara del planeta.

—¿Eso hicieron? —La furia hizo mostrar los incisivos al carnívoro—. ¡Y durante este tiempo, ese humano...

—Israel Lenin...

—... nos ha estado mintiendo!

—Sí, Micazador, los humanos saben más de lo que nosotros sabemos. Más de lo que admiten saber... Aunque sus referencias al Artefacto han sido concienzudamente eliminadas de sus archivos informáticos, tengo pruebas, Micazador, de que los humanos vienen estudiándolo desde hace tres siglos.

El Dominante agitó su serpentino cuello, desconcertado.

—Pero, un momento, si no recuerdo mal, ese es el tiempo que los humanos llevan en este sistema.

El herbívoro inclinó la cabeza con respeto.

—Precisamente, Micazador, como suponíamos, los humanos colonizaron este planeta para disponer de una base desde la que estudiar el Artefacto.

El *cognitor* aguardó con paciencia mientras su amo meditaba.

—Israel Lenin es la clave —dijo al fin—. Sácale toda la verdad a ese humano, no me importa cómo. Utiliza a nuestros *cuestionadores* más diestros en anatomía humana si es necesario.

—Quizás la tortura no sea de utilidad en este caso, Micazador.

Las fauces córneas del Dominante se abrieron mostrando las amenazantes dobles filas de dientes.

—¿Y por qué piensas eso, gusano *comedor de excrementos*?

El *cognitor* giró sobre sí mismo, aterrorizado, y ofreció su ano al carnívoro. Esto pareció calmarlo momentáneamente.

—Perdonad, perdonad mi torpeza —dijo rápidamente el herbívoro—, al parecer he sido incapaz de explicar con claridad a Micazador, que la enfermedad que padece el humano Israel Lenin le impide sentir dolor del cuello hacia abajo. Y no sabemos lo suficiente sobre la fisiología humana como para intentar...

*Corva*de*Fuego* hizo un gesto de *aléjate* con la zarpa derecha. Le repugnaba un

tema tan desagradable.

—¡Eso no importa! —El carnívoro mostró sus dientes con severidad— no vuelvas a presentarte ante mí sin saber qué es exactamente ese Artefacto que viene hacia nosotros.

El herbívoro se retiró rápidamente, arrastrando con humildad su mandíbula por el suelo.

CUATRO

Un solo carnívoro de rango ínfimo vigilaba el despacho; demasiado para un ejemplar tan claramente endeble. El *cognitor* mostró brevemente su trasero, al tiempo que alzaba la cabeza: *deferencia apremiante*. Pidió paso franco, y el cazador obedeció mientras se limpiaba la fila interior de dientes, con un movimiento de vaivén de su lengua trífida.

El *cognitor* abrió la puerta. La habitación no estaba iluminada más que por la luz del sol mayor, que creaba un diseño de líneas paralelas en el suelo al filtrarse a través de una celosía. Se adivinaba la presencia de una mesa y varios archivadores; habían sido registrados con no demasiada sutileza durante la toma del edificio, y los fragmentos de papel y carpetas abiertas estaban esparcidos por el suelo. Un bulto oscuro se agazapaba tras la mesa.

—Issrael Lenin —dijo el herbívoro, articulando con lentitud las difíciles palabras del idioma humano.

La voz que contestó era monótona y precisa.

—Aquí estoy —se oyó un leve zumbido, y el bulto se desplazó ligeramente.

—¿No quieress un poco-másss luz? —preguntó el angriff.

—Estoy bien así, gracias —dijo la voz—. Me gusta la oscuridad.

—Como prefierass. No falta que dess graciass. Ess... ofenssivo.

—¿De veras? No comprendo.

—Difícil explicar. Ess como decir que he hecho favor demassiado grande... como decir: *No essperaba que fuerass tan generosso*.

—Comprendo —se oyó de nuevo el zumbido, y el bulto se movió hasta aparecer en la zona iluminada.

El humano no era una visión muy agradable, ni siquiera para un herbívoro. El *cognitor* lo contempló con una especie de piedad mezclada con leve repugnancia.

Israel Lenin era un humano de mediana edad, delgado, de cabellos castaños. Su figura inmóvil estaba sentada en un complicado artefacto, una silla motorizada que se desplazaba sobre un colchón de aire. Una serie de cables unían la garganta y los brazos inmóviles del humano, y su cabeza estaba soportada por un artefacto de varillas y bandas de goma. Sobre los brazos del sillón relucían algunas luces de control.

—¿Y bien? —sonó de nuevo la voz monótona, procediendo de un altavoz en el brazo de la silla. Un minúsculo ordenador transformaba los leves movimientos musculares de la garganta del humano en sonidos. Del mismo modo, Israel Lenin podía guiar su silla mediante los impulsos amplificadas de los músculos de sus brazos.

—Micazzador ordena información. Nave exploradora nuesstra destruida.

—Es una triste noticia —la voz sintética era tan inexpresiva como el rostro del humano.

—Y Micazzador está alto-dissgustado. Tú ocultando cossass, Issrael Lenin.

—¿Yo? Me ofendes, amigo. Soy inocente.

El *cognitor* chasqueó repetidas veces la lengua, un gesto que indicaba *esta comida tiene un sabor raro*; le desconcertaba la ironía humana.

Lo extraño de la enfermedad de Israel Lenin era que la degeneración sólo afectaba a las neuronas sensitivas y ectoras somáticas. En realidad, las neuronas no morían: cambiaban de función. Su causa, por lo que el *cognitor* había podido descubrir, era una anomalía del desarrollo del cerebro, en la que las neuronas trazaban nuevas conexiones.

El *síndrome de Gow* era poco frecuente en el Imperio Humano, ya que podía localizarse y corregirse en la infancia. Pero no era posible hacerlo pasada la pubertad.

Israel Lenin, había nacido en una región atrasada llamada *Utsarpini*. El Imperio rastrea por estas zonas a víctimas de la enfermedad, genios en potencia, y les proporciona cuidados y una educación superior.

Probablemente, —pensó el *cognitor*— *Israel Lenin es uno de los humanos más inteligentes del Cúmulo. No debo olvidarlo.*

—Essto no así —dijo—. Conocemoss vuestro Insstituto lleva gran tiempo esstudiando Artefffacto. Conocemoss incluso que viniste para dirigirlo. Y perssona, ssupongo que tú, desstruyó archivoss Insstituto ssobre Artefffacto. Tú quizáss único humano que ssabe todo ssobre Artefffacto. Por ello debess revelarlo.

—¿Dónde están mis compañeros, el resto del personal del Instituto?

—Másss fuertess, enviadoss a camposs de caza. Ressto, processados en factoríass-alimentoss del clan...

Israel Lenin cerró los ojos con fuerza.

—¿Y pensáis que esa es una buena forma de hacerme colaborar? —dijo al cabo de un rato, con voz tan inexpresiva como siempre.

—Tú empeñass no entender Orden Natural —exclamó el *cognitor*—. Pero ssu desstino inevitable. No debess rehussar hablar.

—¿Por qué debo ayudar a monstruos que devoran mujeres y niños?

—No explico cómo tú no lógico. Todoss sseres vivoss forman parte de *Pirámide Ssagrada*. Materia inerte está en máximo dessorden. Plantass acumulan energía química a partir de luz-ssol, assí caoss original menor. Herbívoross come plantass, y carnívoross come a herbívoross. Armonía cóssmica bassada en cada sser pegado a ssu nivel. Graciass a ello, Demonio del Caoss, entropía, derrotada al final. Pirámide Ssagrada expresión de lucha entre Orden y Caoss.

El humano escuchaba con atención.

—¿Quieres decir que si tu amo te dijese *ve a la cocina y que te preparen para cenar*, tú irías tan tranquilo y te meterías en el horno? ¿Todo por el puesto que ocupas en esa *Pirámide Sagrada*?

—No acabo entender mitad de tuss palabress, pero creo que ssí assí. Quebrantar Cadena Nutrición ess... como cuerpo cayendo hacia arriba.

—Comprendo. En realidad no tenéis culpa alguna de ser tan bestiales. Vuestras costumbres, y vuestra religión, son consecuencia directa de vuestra biología^[2]. Teniendo en cuenta esto, casi es lógico que hayáis desarrollado una cultura tan xenófoba, tan estratificada, y una religión basada en la pirámide alimenticia... Tú no eres mal chico; para ser un angriff, claro.

El humano permaneció un momento en silencio, y añadió:

—Pero hay otras consideraciones. Según tu razonamiento, yo ocupo el vértice de esa *Pirámide Sagrada*.

El *cognitor* agachó la cabeza.

—Dicess absurdo, dicess blassfemo.

—Oh, no —replicó el humano—. ¿Cuál es la inversa de la entropía?

—¿Qué?

—La información. Cuanto más desordenado está un sistema, menos información contiene. Los seres vivos se valen de la información encerrada en sus genes para mantenerse vivos. Sólo están desordenados cuando están muertos. Pero aquí viene tu problema...

—¿Mi... problema?

—Los seres inteligentes pueden almacenar información en otro lugar. Sus cerebros. Y, ya que la información es lo contrario de la entropía, quien posee más información está en la cumbre. Yo poseo información que tu amo, el Dominante, precisa. Así que aquí me tienes: haciendo equilibrios con mi silla, en la cima de esta *Pirámide*.

La silla de Israel Lenin giró sobre sí misma, y se puso en movimiento. El humano volvió a hundirse en la penumbra.

—Si tu amo quiere información —dijo desde la oscuridad—, debe venir a pedírmela. El. En persona.

—No puedess decir eso cierto...

—Muy cierto, amigo mío. Debe venir hasta aquí, y dirigirse a mí con calma y educación. Respetándome como a un igual. Sólo así obtendrá la información que tanto ansía, y que solo yo puedo proporcionarle. Estoy seguro de que sabrás explicarle convenientemente este punto...

—Esstass loco, humano. Micazzador jamásss...

—Esa es decisión suya. Tú, simplemente, encárgate de transmitirle mi petición. Ahora, si no te importa, me gustaría estar a solas.

CINCO

En su camarote, Khat Zar se daba en silencio a todos los diablos mientras caminaba en círculos.

—Mi comodoro —dijo una voz en el intercom—. Ha llegado un mensaje codificado desde los asteroides troyanos. Confidencial.

—Pásemelo.

Se sentó ante un tablero e introdujo su complicada contraseña, que sólo conocían él y algunos ordenadores de la Marina. Apareció una imagen holográfica.

Era un mensaje sin posibilidad de respuesta. Estaban a tres cuartos de hora-luz de Hiranyaloka, lo que haría tedioso un diálogo.

Se trataba de un hombre grueso en uniforme del Imperio, generosamente provisto de estrellas y entorchados. Llevaba el pelo largo, teñido de un verde metálico.

—Comodoro Khat Zar —dijo el general con la voz de soprano de un eunuco—, *hemos recibido su mensaje informando de su arribada al sistema de Sargazzia. Lamentablemente, debo comunicarle que no han llegado ustedes en el mejor momento...* —Khat Zar se ruborizó, poniéndose firme, como si estuviera en la presencia física del general—. *El sistema de Sargazzia ha sido invadido por fuerzas angriff. Han ocupado el planeta, pero estamos resistiendo en los troyanos y en las lunas de Hiranyaloka. Si ustedes no lo han descubierto ya, no tardarán en hacerlo.*

Khat Zar dejó escapar su aliento.

—*Bajo ninguna circunstancia, la nave de carga que ustedes escoltan, la Konrad, debe caer en manos del enemigo. La mera posibilidad es inaceptable. Por tanto, le ordeno que destruya esa nave. Repito, destruya la nave que ha escoltado hasta aquí, de la forma más rápida y completa que le sea posible. Una vez lo haya hecho, y sólo entonces, protéjense y diríjense a un lugar seguro.*

»Buena suerte, comodoro Khat Zar.

* * *

Khat Zar se sentía aturdido. Aquello era lo que un ksatrya llamaba una orden terminante. Por supuesto, no había lugar a cuestión alguna, y lo que aquel panzudo navío llevaba en sus entrañas no lo sabía nadie en toda la flotilla. Ni siquiera él mismo. Lo único que había visto, en inspecciones de rutina, era una serie de extraños generadores, alimentados por el reactor de fusión, y abundante equipo informático. Las piezas vitales y el soft estaban embaladas y con sellos de *alto secreto* por todas partes.

Pero al ksatrya no le preocupaba no saber qué era lo que escoltaba. Para los de su *varna*, una orden era una orden: la *Konrad* no debía caer en manos del peor enemigo

de la Humanidad. Ni en sueños.

* * *

—Comodoro, ¿es una broma? —exclamó la comandante Abhali.

—¿Tengo cara de bromear? —la pregunta era evidentemente retórica—. Ya ha visto y oído el mensaje. Afortunadamente, *en el suelo, todo es un vuelo, pero en el espacio, todo despacio*. —Citó el viejo proverbio militar sin sonreír—. Tenemos veintisiete... no, veintidós horas, para evacuar a la tripulación del navío.

—¿Olvida usted que nos hemos dispersado? —La comandante no pudo contener su ira—. La distancia entre naves de la flotilla es ahora de unos diez millones de kilómetros. Hemos cambiado de rumbo para reagruparnos, pero aún tardaremos cerca de veinte horas en hacerlo. Tendremos que evacuar el navío y destruirlo, con los angriffs sobre nuestro hombro. ¿Se da cuenta?

Khat Zar no se inmutó.

—Me doy cuenta de que, si no fue usted capaz de idear un plan mejor para infiltrarlos en el sistema...

—¿Qué?!

—... la responsabilidad es suya. Sugiero que la tripulación abandone la nave con las vainas de escape.

—Pero, hombre, ¿dónde aprendió usted astronáutica? —ironizó la mujer—. Las vainas seguirán la misma órbita que el navío. ¿Comprende?

—Comprendo.

—Comodoro —Abhali trató de razonar—. Sugiero que la tripulación del navío prepare la demolición y luego...

—No —dijo Khat Zar—. No pienso dejar una nave abandonada, con unas cargas explosivas que los angriffs puedan desactivar. Creo que el mejor plan es que nos aproximemos lo más posible al navío, evacuemos a la tripulación y lo hagamos saltar, mientras el resto de la flotilla nos protege. ¿Alguna pregunta?

—¿Cómo piensa destruir el navío? Nuestros torpedos no...

—No pienso utilizar los torpedos.

La comandante Abhali abrió la boca con horror.

—No pensaré...

—Haré algo más que pensarlo —cortó el ksatria—. Prepare la evacuación.

SEIS

Los fragmentos de roca y hielo que constituían los Anillos, a lo lejos, formaban una banda lechosa que opacaba el cielo. Cuando la vista se fijaba en ellos, casi podían distinguirse individualmente, como motas de polvo en el haz de un proyector. A cortas distancias, las partículas tomaban el aspecto de enormes montañas irregulares cubiertas de nieve.

La *Asura* se había introducido en una de las divisiones, y luego se adentró entre los fragmentos aproximándose lentamente a la gigantesca nave que había escoltado desde el Imperio. A medida que lo hacía, el radar mostraba todo un laberinto de ecos, y cada vez eran visibles más fragmentos de hielo, incluso a simple vista.

Una nave podría esconderse en aquel lugar con poco riesgo de ser descubierta; pocos lugares serían tan propicios a la piratería como los Anillos. Un puñado de hombres valerosos, ocultos en aquel océano de hielo, podían ponerles las cosas muy difíciles a los angriffs en el futuro.

Pero el Ksatria apenas tuvo tiempo para considerar esta posibilidad. La orden recibida unas horas antes ocupaba completamente su mente. No se permitiría ni un instante de descanso hasta que la *Konrad* hubiera sido reducida a átomos.

* * *

Siguiendo las instrucciones del mercenario, la *Asura* abordó uno de los hangares de la gigantesca *Konrad*.

La nave daba la impresión de algo construido apresuradamente; parecía como si la Marina Imperial hubiera adaptado un supercarguero colonial. Era un vehículo puramente utilitario, el doble de grande de un navío de línea.

El cuerpo principal en forma de ladrillo estaba flanqueado por dos enormes tanques de deuterio-tritio, pero el impulsor principal estaba en una posición inferior y era un poderoso estatorreactor Bussard. La sección habitable, en forma alargada, se extendía hacia proa, conectada con el impulsor por un túnel oblicuo para mantenimiento.

* * *

—Teniente —ordenó el ksatria—, consiga cuanto antes comunicación con la tripulación del navío.

Se dirigió a su terminal.

—Ordenador. Código de seguridad: rojo barra hache guión siete cero guión ce de barra azul.

La almibarada sintovox del ordenador respondió:

—*Aceptado, comodoro.*

—Vamos a abandonar la *Asura*. Cuando pierdas el contacto con nosotros, apaga los campos del reactor. ¿Comprendido?

—*Comprendido, comodoro.*

—Rojo barra hache guión siete cero guión ce de barra azul, cerrando.

—*Siempre a sus órdenes, comodoro. Es un placer servirle.*

El ksatrya se quitó el casco-terminal.

—¿Está lista la comunicación con los tripulantes? —El teniente alzó un pulgar, y un rostro apareció en pantalla. Era un hombre joven, con el cráneo concienzudamente rapado a cero, su boca estaba cubierta por una sutil máscara de tela blanca.

Una zumbante nieve coloreada que iba y venía, daba fe de la densidad de la niebla electromagnética que los sumergía.

Jainistas^[3] —pensó Khat-Zar con repugnancia— *basura pacifista.*

Pero dijo:

—Ustedes, abandonen de inmediato la nave. Tengo orden de destruirla.

—*¡Comodoro —dijo el jainista—, sZZZZZZ eso, todos moriZZZos! La naZZZZZ sido abordadZZZZZ angriffs con ZZZZZZsombra y nos ZZZZan la salida.*

—¿Cuántos son ustedes?

—*Diez, ZZZos ZZZantes han muerto. Los angrZZZZ están ZZZotro lado de ZZZZZZpuerta del puente. IntenZZZ volarla...*

El ksatrya maldijo entre dientes.

—Resistan cuanto puedan, iremos por ustedes —se volvió a la terminal—. Ordenador, código de seguridad... —lo deletreó.

—*Aceptado, comodoro.*

—Una orden que añadir a las anteriores: si la *Asura* es abordada por angriffs, apaga inmediatamente los campos del reactor. ¿Comprendido?

—*Al decir «añadir», supongo que se refiere a que si pierdo el contacto del grupo, o la nave es abordada por angriffs, o ambas cosas. ¿Estoy en lo cierto? Diga «Sí» o «No».*

—Sí. Repite tus instrucciones.

El ordenador obedeció con monótona precisión.

El ksatrya volvió a despojarse del casco. Los marinos le contemplaban de reojo.

—Necesito tres voluntarios. Alguien que conozca el navío.

—Pero... —dijo la comandante—. Es un suicidio. Los angriffs llegarán a la *Asura* antes que nosotros al puente, y entonces...

—¿Dónde está su espíritu de lucha? Hace un momento, ustedes deseaban combatir a los angriffs.

—*¡Somos marinos de Su Majestad, no infantes!*

—Los ksatryas no hacemos más que una distinción: valientes o cobardes.

La comandante se ruborizó.

—Esto no es Ksatryaloka.

—Evidentemente. Vamos, caballeros —la palabra sonó como un insulto—, les obligaré a honrar su uniforme aunque les tenga que arrastrar a punta de pistola. Usted, teniente Pavin, vendrá conmigo. Usted, comandante, prepare la evacuación y lárguense. Deprisa, el tiempo es ahora nuestro enemigo.

* * *

Khat Zar y el teniente Pavin, primer oficial de la *Asura*, llegaron a la bodega, donde esperaban tres marinos con armaduras de vacío.

—Un consejo —les dijo Khat Zar, mientras se introducía en la suya—. Un angriff, incluso desnudo, es mortal a menos de cinco metros. No les dejen acercarse a esa distancia.

Era imposible ver sus rostros, pero algunos asintieron con la cabeza. Los hombres tomaron sus armas: subfusiles de partículas alimentados por cable. Los generadores los llevaban a la espalda, lo que hacía de ellos unas armas tan livianas como mortíferas.

—¿Listos? Salgamos.

Se metieron en la esclusa, con sus hombros tocándose. Un marino disminuyó la presión del aire, y abrió la cámara.

La expansión del aire les hizo salir despedidos; el grupo se dispersó como una granada humana, todos girando sus armas e iluminando el vacío con sus reflectores.

El navío les rodeaba abrumador. Su tamaño era absurdamente grande, como solían ser los cargueros en aquellas provincias alejadas del Sistema Cadena^[4].

Los hombres activaron sus chorros y se dirigieron hacia un extremo del inmenso hangar.

* * *

El teniente Pavin hizo una señal. Las radios de los cascos estaban inutilizadas, como toda comunicación radial.

Khat Zar vio lo que señalaba: era una especie de nave parecida a un insecto negro, con una larga cola anillada. Se había estrellado contra la pared de fondo del hangar, aplastando varios transbordadores de servicio del navío, casi tan grandes como la propia *Asura*. La reconoció. Era un *botesombra*, una navecilla invisible al radar, con la que habían caído por sorpresa a través de la inmensa compuerta del hangar. Su impulsor de masas era mucho más discreto que uno de fusión, y estaba alimentado desde una nave nodriza por un estrecho haz máser dirigido. Esto les permitía una gran capacidad de deceleración con un peso mínimo. Aun así, la deceleración debió ser muy fuerte. La flotilla humana y las naves angriff se

aproximaban a una velocidad relativa de cerca de 200 kilómetros por segundo, y antes de abordar la nave humana era preciso reducirla a cero. De lo contrario, las naves de abordaje chocarían con la nave de carga y se convertirían en vapor.

Aquella nave estrellada no había podido disminuir los últimos y vitales metros por segundo.

* * *

Los marinos y el ksatria se deslizaron en la oscuridad, lejos del suelo; sus luces mostraban fugaces atisbos de las naves auxiliares y de las torres de amarre. Con sus armaduras, de crestas doradas y con dos focos encendidos en lo alto del casco, parecía un enjambre de dragones-insectos de ojos luminosos. El teniente guio al grupo hacia la esclusa interior.

El corredor al que los condujo estaba a presión, pero no se quitaron las armaduras. Silenciosos, se deslizaron a lo largo, impulsados por los chorros.

Aquello era parte de la bodega principal. Inmensos bultos de maquinaria, como ídolos de metal. Cajas con crípticas etiquetas, llenas de letras y números, apenas iluminadas por las amarillentas luces de emergencia. Guías metálicas para las grúas móviles, como absurdos ferrocarriles cabeza abajo... Khat Zar escrutaba su entorno, con la atención que formaba casi una segunda naturaleza en él.

* * *

Recordó su largo aprendizaje como guerrero en Ksatryaloka, la vieja patria. Aprendizaje que comenzó en su infancia. Recordó cómo sus maestros lo nombraron líder de su clase a los siete años, cuando logró derribar a puñetazos a otro niño de doble corpulencia que él, y soportar sin un gemido el castigo: quince latigazos, a cargo de su víctima.

Bueno, ¿cuándo empiezas?, le dijo cuando acabó.

Recordó su carrera militar, la única abierta a un ksatria varón: teniente a los dieciocho años, capitán a los veintiuno, mayor a los veintitrés. A los treinta, teniente coronel; a los treinta y cuatro, coronel. Hacía dos años de eso.

* * *

Atravesaron una compuerta y pasaron a la siguiente sección, presurizada. Khat Zar comprobó la atmósfera: respirable.

—¿Lecturas? —preguntó secamente el ksatria.

—Los angriffs están a menos de trescientos metros de aquí, comodoro —dijo uno de los marinos.

El teniente susurró:

—Esto es un maldito suicidio, la *Asura* va a estallar de un momento a otro...

Khat Zar se volvió hacia él; su armadura le daba el aspecto de un insecto cromado humanoide.

—Teniente —restalló—, concéntrese en algo positivo, para variar. Las observaciones derrotistas como esa serán una forma de suicidio para usted. ¿Comprendido?

El teniente calló humillado.

—No le oigo bien.

—¡Comprendido, comodoro! —respondió el oficial. *Hijo de Putana, no voy a morir por ti.*

—Bien, ¡en marcha!

Pero, antes de que el grupo de humanos lograra avanzar unos pocos pasos, el techo del corredor se desplomó, y dos angriffs cayeron de improviso sobre ellos.

Uno de ellos, casi antes de que sus pies tocaran el suelo, ensartó a un marino con los espolones y lo levantó como un pelele. Mientras hacía esto, disparó una especie de trabuco contra otro, abriéndole un horrible boquete.

Khat Zar fue alcanzado en un costado por otro espolón. Sin detenerse, el angriff rodó ingrávido en el aire y chocó contra el teniente Pavin, que se daba a la fuga. Horrorizado, el teniente vio erguirse sobre él la horrible cabeza del angriff, al extremo de su largo cuello serpentino... y repentinamente, la cabeza estalló, alcanzada por una descarga de Khat Zar.

El segundo angriff, que a su vez había disparado contra otro marino, se giró hacia el ksatria como una mantis al ataque. Khat Zar volvió su arma contra él, disparó casi a ciegas un rayo que le cercenó un brazo de cuajo.

El alienígena miró su muñón carbonizado y, de un salto, se alejó por el corredor.

El teniente Pavin chilló; el angriff decapitado lanzaba tajos más o menos en su dirección. Khat Zar disparó sobre el deuterocerebro del alienígena, situado entre sus hombros.

* * *

El teniente se incorporó, pálido como la nieve. Sintió una arcada ante la carnicería. El ksatria taponó la herida de su traje con un sello de emergencia.

—Lástima que escapase uno. Bueno, sigamos.

—¡¿Se da cuenta de qué absurdo es este...?! —aulló el oficial del Imperio—. ¡Mire lo que nos han hecho sólo dos angriffs!

—Pero hemos vencido, ¿no? Podemos conseguirlo.

—¿Me toma el pelo? Sólo quedamos nosotros dos, y mírese, antes de diez pasos se habrá desangrado...

—No. Vamos.

Con las piernas flojas, el ksatrya se volvió.

—¡Al infierno! —gritó el teniente, y disparó su arma a bocajarro sobre la espalda del ksatrya. Este fue lanzado por el impulso del impacto contra la mampara situada frente a él, y perdió el conocimiento.

* * *

El ksatrya recobró la conciencia poco a poco. Se encontraba en un lugar extraño; la vibración, que llevaba oyendo un rato largo sin poderla reconocer, indicaba una nave espacial. Las paredes eran curvas y ásperas, la luz de un desapacible naranja, el aire caliente y seco. Todo aquello tenía un significado, pero no sabía cuál... todo estaba equivocado.

—Micazzador pregunta ssi tú eress vivir-creyente —oyó.

Una gárgola horrenda le miraba con fijeza. Khat Zar trató de recordar dónde la había visto antes; era incapaz de recordar dónde. ¿Estaba reencarnándose en el infierno? Pero...

De repente, se despejó la niebla que parecía envolver su cerebro. ¿Un angriff?

¡Angriffs!

Estaba en una nave espacial angriff. Reconoció aquellas líneas *equivocadas*, creadas por diseñadores no humanos. El lugar apestaba a... ¡orina! Sí, claro, meado de angriff, recordó el ksatrya, aquellas bestias lo marcaban todo con sus excrementos. El olor era casi insoportable.

—Micazzador pregunta ssi tú eress vivir-creyente.

La zarpa del angriff se abatió sobre su rostro, pero sin intención claramente homicida. Aquella pesadilla emitió unos sonidos, como madera astillándose. Con esfuerzo, el ksatrya apartó su mirada de él. Había otro angriff al lado. Más rechoncho, sin los amenazadores dientes y espolones del cazador. Su pico era ancho y plano en la punta. Un herbívoro. Era el que le había hablado.

Los angriffs podían nacer carnívoros o herbívoros, recordó. La proporción de herbívoros era de diez a uno con relación a los carnívoros, pero para el ksatrya era la minoría de carnívoros la que contaba. Estos consideraban simples presas al resto de los seres vivos del Universo, incluidos sus congéneres comedores de hierba.

—Micazzador pregunta ssi tú eress vivir-creyente. Aconsejo resspuesta rápida. Micazzador no habitúa a ssuss dictadoss repetir.

Khat Zar parpadeó.

—¿Me has hablado antes? Recuerdo esa frase.

El angriff herbívoro movió la cabeza en una forma imposible de interpretar.

—Hass cabezamovido en ssentido derecha-izquierda. Creo que me hass oído. ¿Ssignifica «no»?

—No recuerdo si he hablado... pero significa «no». ¿Qué ha pasado?

—Tu pequeña flota derrotada. Algunoss huidoss. Tú prisionero.

—Entiendo... —El ksatrya intentó cambiar de posición, y sintió un desgarrador dolor en su interior—. Necesitaré ayuda médica inmediata.

El angriff herbívoro inclinó la cabeza atrás de forma repentina.

—Ssólo el fuerte ssobrevive. El débil —señaló con un dedo al suelo—... fssss.

—Sigue el camino de la carne pecadora.

—Ssí. No obsstáculo, tú vass a vivir. Micazzador está admirado de tu... —emitió un chirrido—. No ssé cómo sse dice. Tieness valor, fuerza...

—¿Cojoneess? —dijo Khat Zar. Búrlate de la muerte, y tu enemigo será humillado.

—Ssí, esso. Vass a sser un magnífico triunfo.

El ksatrya giró la vista. Estaba encadenado por el cuello a un muro. No habían otros ocupantes en la habitación-cueva. De repente, un detalle olvidado afloró a su mente.

—El navío no estalló.

—No, no esstalló —confirmó el herbívoro, con lo que a Khat Zar le pareció un cierto orgullo—. Consseguido anular tuss planess. Con lásser de rayoss X, yo... maté ordenador.

—¿Cómo pudisteis saber...?

—Fácil fue. Mira, lo traen aquí y ahora.

Como obedeciendo a una señal, dos individuos similares a aquel extraño herbívoro atravesaron la puerta, empujando una especie de perchero con ruedas.

El teniente colgaba de él, parcialmente eviscerado, con un enorme gancho de metal que entraba en su nuca y salía por su boca. Sus ojos estaban congelados en una última expresión de horror.

El angriff carnívoro dio un par de secas órdenes, y los dos herbívoros se llevaron aquel macabro despojo.

—El noss avissado. Ssu carne poco valiossa. Micazzador ordena que recompenssen a cazadoress con una comida.

SIETE

*Corva*de*Fuego* husmeó con relucencia la habitación. El humano era un bulto informe en la oscuridad.

—¿Por qué están las luces apagadas?

—El humano así lo prefiere, Micazador —contestó el cognitor con voz temerosa.

—¿Prefiere? ¡¿Prefiere?! ¡Guardia!

La mandíbula inferior del cazador estuvo en el suelo en menos de un segundo.

—¿Sí, Micazador?

—Enciende todas las luces.

—Sí, Micazador.

Los tubos centellearon en el techo, iluminando la habitación. Israel Lenin estaba como siempre en su silla, vuelto hacia la ventana.

Con un susurro de aire, la silla dio media vuelta. El humano miró fijamente a *Corva*de*Fuego*, que se dirigió al guardia.

—¿Hay reflectores, focos, alguna fuente de luz auxiliar?

—Sí, Micazador.

—Tráelas.

—Sí, Micazador.

El cazador regresó muy pronto, con varios herbívoros cargados con el material. *Corva* hizo que todas las lámparas enfocaran a Israel Lenin. Este parpadeó.

—Pregúntale a este desecho si está cómodo —ordenó *Corva*, sin poder reprimir su repugnancia. El humano parecía un gusano pisoteado atado a una complicada máquina de tortura.

El cognitor intercambió con el prisionero aquellos viscosos sonidos del habla humana.

—Dice que espera que Micazador se encuentre tan cómodo como él —tradujo.

*Corva*de*Fuego* chasqueó repetidas veces la lengua.

—¿Tienes ya preparado el traductor del que me hablaste?

—Sí, Micazador.

El herbívoro se afanaba con un aparato formado por cables, altavoces y un pequeño ordenador. Hizo algunas pruebas sencillas con unas pocas palabras. Finalmente dijo con voz ceremoniosa:

—Te encuentras ante Micazador *Corva*de*Fuego*, *Macho Dominante* del protoclán por el que fuiste capturado. Muéstrale el debido respeto.

Cedió el audífono a su amo, que dijo:

—Humano, ¿sabes ya a lo que te expones si persistes en tu silencio?

—Me lo figuro. Acabaré devorado. Espero no contagiaros mi enfermedad.

Corva miró al cognitor.

—El humano miente —aclaró este con tranquilidad—. El *síndrome de Gow* es una enfermedad hereditaria, no contagiosa.

—¿Trata de hacerme perder la paciencia? —preguntó *Corva* confuso.

—No Micazador, está... eh... mostrándose «irónico» —se vio obligado a usar la palabra humana—. Consiste en decir una falsedad tan evidente que no es aceptada como tal, pero...

—No me importan las perturbaciones mentales de los humanos —cortó; y se volvió nuevamente hacia el inválido—. Lo que quiero que comprendas, Israel Lenin, es que tu vida y tu bienestar están enteramente en mis manos, y dependen de tus respuestas. Si no hablas, tu situación será mucho peor.

—¿Peor? —dijo el humano—. ¿Te has fijado bien en mí?

Corva reprimió una vez más el profundo asco que el humano le causaba.

—Todo lo que veo es un miserable desecho, fruto de una mutación maligna, que la evolución debió dejar atrás.

La cabeza de Israel Lenin se movió de un lado a otro, muy levemente.

—No, no, no. Lo estás haciendo mal.

—¿Qué?

—Que no es así como se interroga a un prisionero. Después de las amenazas, viene la oferta. Si colaboras te trataremos bien, no queremos hacerte daño... etc.

El angriff se sentía como si tratara de clavar sus colmillos en el aire.

—¡Humano! —gritó— te conmino para que te comportes con decencia, y respondas mis preguntas.

—A ver...

—He capturado una nave gigantesca —dijo *Corva*—, recién llegada del Imperio, muy extraña... ¿Sabes qué es?

Israel permaneció impasible.

—¿No contestas? —preguntó *Corva*— Pero debes saber algo. Uno de sus tripulantes confesó, tras una sesión de tortura, que había sido diseñada por ti. ¿Para qué? ¿Con qué objeto? ¿Está relacionada con ese extraño Artefacto que viene hacia nosotros? ¡Contesta!

—Me alegro de que hayas decidido venir hasta aquí. Debe interesarte mucho obtener esas respuestas...

Corva gruñó, y el *cognitor* hundió aún más su cabeza entre sus patas. ¡El humano estaba decididamente loco! En cualquier momento, *Corva*de*Fuego*, perdería la calma y... No iba a ser muy seguro estar tan cerca de él cuando lo hiciese. Pero no podía hacer nada al respecto.

—¡Responde de una vez, criatura repugnante!

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¡PORQUE YO TE LO ORDENO!

—¿Y crees que con eso basta?

—¡AAAHHHHRRRRRGGGG...!

Corva había saltado sobre Israel, su cuello de serpiente se agitó sobre la cabeza del humano como un mortífero látigo. Sus mandíbulas chasquearon cerca del inmóvil cuello de Israel. El angriff sacudió la pesada silla como si fuera un juguetito; después miró al humano. No parecía haberse producido ningún cambio en su expresión. Sin embargo, *Corva* preguntó volviéndose levemente hacia el *cognitor*:

—¿Está asustado?

—No lo parece, Micazador —respondió este con un hilo de voz.

—¿Cómo es posible...?

Corva parecía abrumadoramente confuso. El *cognitor* se apresuró a responder, antes de que la confusión cediera su sitio a la furia.

—Es posible que no le importe morir, Micazador. Su vida no debe ser demasiado placentera, atado a esa silla, con todos sus amigos y conocidos muertos...

Corva se apartó lentamente del humano, meditando.

—Desde luego —dijo—. Pero a nadie le agrada morir devorado, ¿cierto?

—Cierto, cierto... Micazador; pero...

—¡Habla!

El *cognitor* pensó rápidamente.

—Su enfermedad... su cuerpo ya está muerto, de alguna forma. No puede sentir dolor... quizás, un rápido final bajo vuestros poderosos y nobles espolones, sea algo que ansíe fervientemente.

El rostro de *Corva* se acercó al del *cognitor* hasta que el aliento del carnívoro cubrió el rostro de este.

—¿Me estás diciendo que si lo mato, si destrozo su cuerpo, estaré haciendo exactamente lo que el quiere?

—Existe esa posibilidad, Micazador.

Corva resopló, y su saliva roció al herbívoro.

—¿Me estas diciendo que no tengo nada, nada, con que amenazar a este humano? ¿Que no puedo obligarle a comportarse con decencia ante mi persona?

El *cognitor* arrugó el cuello, y esperó resignado el golpe final.

—Micazador, yo...

—¡Basta! No voy a escuchar tus lloriqueos. Háblale. No me importa como, pero debes conseguir su colaboración.

El herbívoro asintió, y volvió a conectar el traductor.

—Israel Lenin —dijo— ¿qué pretendes con tu actitud? Si lo que deseas es una muerte digna, nosotros podemos procurártela, pero si...

—Todas las muertes son igualmente dignas o indignas. La forma de morir no tiene ninguna importancia para un humano; tan solo si creemos o no en una vida posterior.

—Ya veo —dijo el herbívoro esperanzado— ¿y tu crees...?

—No.

El *cognitor* se volvió hacia el carnívoro, chasqueando la lengua con un gesto de

cansancio. Aquel humano era imposible.

—¿Pregúntale qué le parecería morir desnudo bajo los soles —le animó el carnívoro—, con su cuerpo lentamente comido por los escarabajos *huyrgjjj*?

Aunque sabía que era inútil, el herbívoro repitió la pregunta.

—Interesante —admitió Israel Lenin— ¿escarabajos *huyrgjjj*? Un nombre curioso. Bastante descriptivo, sin duda.

El Dominante expulsó el aire de sus pulmones con violencia, hinchado las congestionadas membranas situadas bajo sus hombros.

—Insistes en mostrarte impertinente —dijo el herbívoro con rapidez—. ¿Qué pretendes demostrar con eso? ¿Acaso tus miembros inútiles recobrarán el vigor?

—Es poco probable —dijo Lenin— pero debes comprender mi situación, es desesperada. He perdido a mis amigos y colaboradores, a mi equipo técnico... La nave que esperaba está en vuestro poder...

—Luego admites conocer la existencia de esa nave.

—Por supuesto que lo admito... Yo trabajé en su rediseño. —Dijo Israel Lenin al cabo de un largo intervalo.

—Es muy curioso —dijo el herbívoro aprovechando el aparente cambio de actitud de Lenin—. Parece una nave de guerra, pero iba tripulada por jainistas.

—¿Sabes lo que son los jainistas? —preguntó el humano.

—Me considero un experto en la cultura humana —esto lo dijo por Corva. En general los herbívoros son baratos y fáciles de reemplazar, pero un *cognitor* es un ejemplar valioso, por esta y otras razones. Su amo ya lo sabía, pero no estaba de más recordárselo de vez en cuando.

—Los jainistas —añadió el *cognitor*— son una secta de fanáticos pacifistas. Su religión se basa en el principio de no dañar a ningún otro ser vivo.

—¡Eso es absurdo! —exclamó el carnívoro—. Ningún ser vivo puede desarrollarse si no es a costa de otros seres vivos.

—Ellos, al menos, lo intentan. Se alimentan de leche y frutas, y preservan con cuidado las semillas de estas. Cubren sus bocas con una gasa, con objeto de evitar que algún microorganismo, por accidente, se vea arrastrado a la muerte en el interior de sus cuerpos.

—Es... ridículo —dijo Corva entre asqueado y confuso— pero sigue con el interrogatorio.

—Sí, Micazador —el *cognitor* se volvió de nuevo hacia el humano—. La nave iba fuertemente escoltada. Además, un grupo de marinos intentó destruirla cuando resultó evidente que iba a caer en nuestras manos. Debemos, por tanto, inferir que la nave es, o transporta algo muy peligroso, y de vital importancia. ¿Por qué el Imperio iba a confiar una nave semejante a una tripulación compuesta exclusivamente por jainistas?

—Quizás tú puedas darme una respuesta —le desafió Israel— si tan enterado te crees en asuntos humanos.

—Hemmm —el angriff herbívoro carraspeó, no iba a permitir que aquel insolente lo ridicularizara ante su señor— por supuesto tengo una teoría.

—¿Y qué esperas para compartirla conmigo? —bramó *Corva*.

—Sí, Micazador. Inmediatamente... Es sabido que los emperadores humanos son débiles, ya no confían en sus generales y gobernadores, y exigen que estos puestos sean ocupados por eunucos genéticos, para evitar que un intruso intente situar su propia genealogía en la línea del trono. Una nave de las características de la que nos ocupa, sería una temible amenaza potencial para el actual emperador. Si escapara de su control quizás nada podría contenerla.

—¿Tan poderosa la crees?

—Sí Micazador. Por eso el Imperio solo puede confiarla a una tripulación jainista, que resultaría adecuadamente inocua.

—Un momento —dijo el carnívoro— ¿qué me impide matar a esos estúpidos jainistas y sustituirlos por una escuadra de mis más valerosos cazadores?

Antes de responder, el *cognitor* desconectó el traductor.

—Por supuesto, Micazador, para que este plan tuviera alguna lógica, debería ser imposible a ninguna otra criatura, excepto a los jainistas, pilotar la nave.

—¿Y como iban a asegurarse de eso? Tú mismo afirmas que cualquier código de seguridad de ordenador puede ser violado, con tiempo.

—Mis... tus herbívoros están trabajando en eso mismo, pero sin resultados hasta el momento.

—Ni los obtendrán. Podéis estar seguros.

Los angriff volvieron al unísono sus cabezas hacia el humano. *Corva* resopló furioso.

—¡Hablas nuestra lengua!

—¿Por qué no? El ordenador de mi silla está programado para hacerlo.

El largo cuello del carnívoro se dobló hacia su *cognitor*.

—Sistema de traducción, ¿eh? Conocimiento de los humanos...

—Lo, lo siento, Micazador, no calculé que...

—¡Estúpido! ¡Te ordeno que dejes de lloriquear!

—Sí, Micazador. Sí.

Corva se acercó al humano.

—¿Por qué afirmas eso? ¿Conoces el alcance de nuestra tecnología criptográfica?

—No. Pero la seguridad de esa nave no depende solo de un código secreto, sino de la voluntad de una inteligencia.

—No te entiendo.

—La nave ha sido construida alrededor de un computador dotado de personalidad. Su nombre es Vidya, y solo permitirá ser pilotado por humanos.

—Micazador —susurró el *cognitor*— ¿puedo hablar?

—¡Habla!

—Gracias, Micazador. Ridículo, ¿por que el Imperio iba a construir un ordenador

con personalidad, y someterse a sus caprichos?

—Vidya es muy viejo, existe desde antes del Imperio. Y esa nave también. Forman un solo cuerpo con una única mente. Es imposible separarlos.

—¿Te has decidido, al fin, a hablar? —El Dominante chasqueó los dientes con placer—. Muy bien, habla entonces. ¿Qué es ese Artefacto que viaja hacia nosotros?

—No tenéis ni idea de lo que se nos echa encima.

El Dominante ladeó la cabeza en un gesto de incompreensión.

—Explícate.

—Intento ajustarme a la situación. La *Konrad Lorenz* está en vuestro poder. Esto complica mis planes, y en el peor de los momentos. No es algo que me guste, pero, evidentemente, no puedo hacer nada para cambiarlo. Debo empezar a trabajar teniendo en cuenta las nuevas premisas...

La monótona voz se detuvo un momento antes de proferir:

—Vosotros seréis mi nuevo equipo.

—¿Tu nuevo... equipo?

—Pero antes, *Corva*, tendrás que demostrarme que los angriffs sois capaces de colaborar con los humanos, por encima de lo que os dictan vuestros estúpidos instintos.

El Dominante estaba más estupefacto de lo que ningún gesto era capaz de expresar.

—¿Estás... pretendes que un cazador se ponga al servicio de una presa? Decididamente tu enfermedad te ha podrido el cerebro. Creo que no me eres de ninguna utilidad...

—Esa cosa viene hacia aquí, casi ha llegado, y yo debo ir a su encuentro. Debo destruirla por el bien de toda criatura pensante que habita Akasa-Puspa. Humanos o angriffs, da igual, todos estamos amenazados por ese disco. Nuestra supervivencia como especie depende de su destrucción.

—¿Qué. Es. Ese. Artefacto?

—A su debido tiempo lo sabrás. Compréndelo, es el único as que puedo guardar en mi manga para asegurarme tu colaboración. Si lo supieras todo, simplemente me eliminarías, e irías tú a por él. Mientras lo ignores me necesitas. Y eso me conviene, ¿verdad?

Verdad —pensó *Corva*—. *Evidentemente, el cognitor no había mentido, aquel humano era muy inteligente.*

—¿Que me ofreces entonces? —preguntó el carnívoro.

—La nave. Solo yo puedo hacerla operativa. Y la pongo a tu servicio, para ir al encuentro del Artefacto.

OCHO

Khat Zar se dio cuenta de que estaba mirando fijamente la puerta de una choza.

¿*Cuánto hace que estoy despierto?*, se preguntó. Estaba acostado; trató de incorporarse... y un infernal dolor en su espalda lo dejó paralizado. Apenas pudo contener un gemido.

Se relajó. La ola de dolor se fue retirando, y examinó el lugar en el que estaba.

Era una especie de tienda de campaña. El ksatria ocupaba un jergón sobre el que se alzaba un soporte con un gotero, como un tótem tecnológico en aquella cabaña. Tenía una serie de cables pegados al cuerpo con esparadrapo, que salían de unos aparatos con pantallas. En ellas se leían enigmáticos jeroglíficos de luz. Khat Zar se sorprendió por el contraste con la primitiva habitación.

Las pruebas de que había recibido cuidados médicos no contribuyeron a tranquilizarlo. Era perfectamente posible que lo tuviesen destinado a morir; aquello revelaba únicamente que lo deseaban curado para su ejecución.

Daksa —pensó—. *Es mi destino como guerrero. Y ya me he llevado algunos por delante*—. Así que decidió aguardar su suerte con serenidad.

* * *

Una de aquellas horribles cabezas angriff levantó la cortina y se asomó, lanzando un chirrido articulado. Al poco entraron dos carnívoros.

Durante un momento intercambiaron chirridos entre ellos. Uno lo cogió por el cuello y trató de levantarlo, pero el otro rechinó protestando.

Finalmente, los cazadores decidieron que los brazos eran el mejor asidero natural del cuerpo humano. Lo alzaron como un saco. ¡*Kamsa y Putana, cómo dolía!*

Descubrió que podía caminar lentamente, si lo sostenían por los brazos. Los guardias tiraron de él, pero luego adaptaron su paso al de su cautivo.

Aquel poblado era una anacrónica mezcolanza de elementos primitivos y avanzados. Las chozas de piel o fieltro, dispuestas en manzanas cuadradas, poseían antenas parabólicas y cables de tendido eléctrico; vehículos de cuatro o seis ruedas zumbaban entre las chozas, sin al parecer ninguna regulación de tráfico. Por todas partes hormigueaban los angriffs carnívoros, que miraban fijamente al grupo formado por el ksatria y sus captores. Algunos chasqueaban amenazadores sus mandíbulas.

El poblado ocupaba lo que parecía haber sido el parque central de una gran ciudad. Khat Zar pudo ver entre los árboles los muñones truncados de grandes edificios, ahora convertidos en montones de escombros.

Los angriffs odian las ciudades —recordó—. *Sólo se sienten a gusto rodeados por espacios abiertos*. Pronto no quedaría en aquel planeta ni una prueba de que una

vez había estado ocupado por humanos.

Sus guardianes le guiaban por una ancha avenida rectilínea, lo que podría llamarse la «calle mayor». Llegaron a una plaza formada por la intersección con otra avenida, y le encaminaron hacia una gran tienda, similar a la carpa de un circo; adivinó que era la morada de algún importante cacique angriff. Siempre del brazo de sus guardianes, atravesó la puerta.

* * *

El interior estaba iluminado por tubos fluorescentes, adosados a los mástiles o suspendidos con cuerdas. En el centro, en una gran alfombra de paja prensada, se acuclillaban varios angriffs carnívoros. Sus patas traseras formaban un trípode con su breve abdomen, y en la atmósfera templada de la tienda, sus membranas estaban extendidas.

Sus cabezas se volvieron a la entrada, y los dos carnívoros inclinaron brevemente las suyas.

—¡Quitadle esos trapos malolientes a esa presa! —chirrió uno de los epícratas, y los guardias se apresuraron a obedecer, despojando al ksatrya de su kilt.

Una figura se alzó al fondo y se dirigió hacia ellos. Khat Zar se sorprendió al ver que era humana.

Era una mujer muy delgada, desprovista por completo de pelo o vello corporal. Su piel era del color del cuero, curtida por la intemperie. Al igual que Khat Zar, estaba completamente desnuda, pero el ksatrya tuvo la convicción de que ella jamás había llevado ropas. Los únicos adornos que lucía eran una serie de collares anulares superpuestos, rígidos y de tamaños decrecientes, labrados en oro, que parecían sostener un cuello extraordinariamente largo.

La mujer se acercó al ksatrya con movimientos lánguidos y firmes, inequívocamente angriffs. Sus piernas eran largas y trenzadas de músculos duros y fibrosos.

—¿Puede usted comprenderme? —lo interpeló con dificultad.

Hablaba la lengua del Imperio, pero su voz también era extraña, como si sus cuerdas vocales no estuvieran acostumbradas a pronunciar palabras humanas.

—¿Tiene idea de lo que me tienen preparado? —le preguntó Khat Zar—. Algo especial, sospecho.

La mujer inclinó levemente la cabeza al final de la pirámide de anillos, y pasó la lengua sobre sus dientes blancos. Un gesto angriff.

—No entiendo a qué se refiere —dijo la mujer.

—Creo que me cargué a algún capitoste angriff ahí arriba —Khat Zar estudió fascinado los gestos de la mujer. Aquella criatura le parecía más exótica que todos los angriffs allí reunidos—. Imagino que me habrán dispuesto un final convenientemente doloroso.

De nuevo la lengua sobre sus dientes. Se volvió hacia el círculo de angriffs y...

Khat Zar casi saltó hacia atrás por la sorpresa. Nunca hubiera imaginado que una garganta humana pudiera emitir esos sonidos. La mujer estaba dialogando con el grupo de angriffs en su idioma compuesto de largos chirridos disonantes.

* * *

—El cree que vais a castigarlo por matar a un cazador —dijo la hembra humana.

*Corva*de*Fuego* se volvió hacia los epícratas. El asombro se reflejaba en cada uno de los gestos de estos.

—Está loco —dijo *Espolón*de*Acero* con su desagradable voz.

Todos asintieron ante esta conclusión.

—No conoces a los humanos, *Espolón* —replicó *Corva*—. No podemos aplicarles nuestras mismas normas de comportamiento.

—¿Tú sabes más que yo? —preguntó el epícrata.

Corva se revolvió nervioso, cuando hablaba con *Espolón* nunca sabía donde mirar. El epícrata era ciego; en realidad carecía de cabeza, la había perdido durante un combate, y ahora su cuello terminaba en un feo muñón.

—Nadie es experto en los humanos —le dijo—. Pero este es particularmente interesante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó *Látigo*Desmembrador*, epícrata del principal clan de la tribu de la *Montaña*del*Juicio*.

—Ha peleado con un valor asombroso para un humano; ha matado a uno de mis mejores luchadores y mutilando a otro. Y ha traído esa soberbia nave del Imperio. Buenos augurios para eliminar toda resistencia humana en este sistema, y buenos augurios para averiguar qué es esa cosa que viene hacia nosotros desde la Galaxia...

—Y vengar la muerte de mis Vástagos —indicó *Espolón*de*Acero*.

—Y vengar la muerte de tus vástagos —concedió *Corva*—. Serpiente...

—¿Sí, Micazador? —preguntó la mujer humana.

—Dile al humano que no acostumbremos a dar muerte a quien pelea con bravura. Dile que le felicito por su extraordinaria agresividad.

* * *

Khat Zar escuchó la traducción de la mujer, pero no apartó su vista del grupo de angriffs. Sus cuellos serpenteaban vueltos hacia él con sus odiosas expresiones, y sus ojos lechosos de pupilas rasgadas. Uno de los angriffs era algo horroroso, ¡carecía de cabeza! El mercenario nunca había visto algo así.

—No te comprendo —dijo el ksatria volviéndose hacia la mujer desnuda—, ¿dices que me felicita?

—Sí —asintió la mujer—. ¿Acaso no he traducido bien? *Fecili...*

—¿Me felicita por haberme cargado a uno de ellos?

—Por tu valor —ella sacudió la cabeza de una forma rara—. *Corva*de*Fuego* está impresionado.

—¿Quién es ese *Corva*de*Fuego*?

—El nombre es sólo una traducción libre. Su verdadero nombre es...

El ksatria escuchó el chirrido largo y articulado que brotó de los labios de la mujer. Hizo una mueca de desagrado.

—Es suficiente, gracias.

—*Corva*de*Fuego* es Dominante del protoclán al que pertenezco —continuó la mujer—, y los demás son los epícratas de los clanes de la Tribu de la *Montaña*del*Juicio*.

—¿Y quién eres tú?

—Yo soy *Serpiente*Pálida*. Mi nombre angriff es...

—Por favor —rogó Khat Zar—, no lo hagas otra vez, ¿vale?

—No te entiendo.

—No soporto esos malditos chirridos. Y menos si provienen de una garganta humana.

La mujer hizo otro de aquellos gestos, girando la cabeza mientras sacaba la lengua. A Khat Zar le pareció que indicaba repugnancia.

—La lengua angriff es ásperamente hermosa —dijo ella con sequedad.

—Eso lo dices tú, no yo. A propósito, ¿quién eres, y qué haces entre estas alimañas?

—*Corva*de*Fuego* es mi... —La mujer le miró confusa— yo soy su... ¿*talismán...*? No, no encuentro las palabras para describirte nuestra relación.

El curtido rostro del ksatria se congeló en un gesto de aprensión.

—No es necesario, creo que lo he entendido. Tú eres el perrito faldero de ese monstruo. Su mascota. He oído decir que los angriffs permiten vivir a algunos humanos por ese motivo.

—No es como lo cuentas. Estás en un error...

Corva se impacientó al ver conversar los dos humanos. Ordenó a *Serpiente*Pálida* que tradujera su conversación.

Ella así lo hizo, y todos los carnívoros sacudieron sus cabezas con hilaridad. Después *Corva* volvió a hablar a la mujer.

—Micazador me ordena preguntarte por tu misión. ¿Por qué intentabas destruir la *Gran Nave*?

—Dile que le pueden dar por el culo. Si es que tiene algo parecido.

Serpiente sonrió.

—Lo tiene. Pero si traduzco tu respuesta literalmente no entenderá de qué estás hablando.

—¡Que se lo follen!

Serpiente se encogió de hombros, y tradujo.

Corva, y el resto de los angriff, le dirigieron una mirada de asombro.

Corva chirrió, y *Serpiente* tradujo:

—Micazador desconoce vuestras costumbres reproductivas, pero es evidente que lo que sugieres resultaría poco práctico para un macho... —*Serpiente* sonrió— si lo que pretendías es enfurecerlo para obtener una muerte rápida has fracasado, humano. Tus insultos sexuales son incomprensibles para un angriff.

—¿Qué me sugieres? Estoy demasiado débil para hacer otra cosa que no sea insultar. ¿Qué ofendería mortalmente a un angriff?

—¿Por qué no intentas colaborar? No es tan difícil.

—Espera, ya lo tengo. Dile que pienso hacerme un abrigo con su piel, y que alimentaré a mis perros con sus huesos.

Serpiente tradujo.

—Micazador dice que tu valor es inusual en un humano, pero que mientras no te recuperes completamente no serás un rival digno para él.

Corva habló de nuevo, ordenando a los guardias que llevaran al ksatria a un lugar de descanso, y que fuese tratado con exquisito cuidado. Como si de un cazador se tratara, añadió. Después *Corva* se dirigió a *Serpiente*. Esta se volvió hacia el guerrero humano en cuanto el angriff hubo acabado.

—Si no te gusta eso de ser mascota —dijo con una sonrisa gélida—, debes empezar a acostumbrarte: Micazador te ha nombrado su nuevo talismán. Espera y desea que le propicies la buena suerte en el futuro.

El ksatria intentó protestar, pero fue arrastrado por los dos carnívoros que le sujetaban.

* * *

Cuando se llevaron a Khat Zar, *Corva* se volvió hacia los epícratas.

—Tenemos el testimonio del humano que murió en la tortura, esa nave del Imperio no se parece a nada que conozcamos; y el humano *Israel*Lenin* está dispuesto a ponerla en nuestras manos.

—Sólo para destruir el Artefacto —recordó *Látigo*Desmembrador*.

—Sí —dijo *Corva* sin lograr evitar el airear con orgullo sus canales respiratorios—, pero una vez hayamos comprendido su manejo, su funcionamiento, nos transformaremos en la Tribu más poderosa de la *Sagrada*Pirámide*. ¿Quién osará entonces oponérsenos?

NUEVE

Khat Zar se removía inquieto en su asiento antiaceleración, con su pecho oprimido por las correas. Los angriffs se habían tomado muchas molestias para inmovilizarlo.

Tendría gracia que estos monstruos me tuvieran miedo, pensó con satisfacción. Habían pasado varias semanas desde su captura, y en ese tiempo se había reestablecido completamente. Volvía a ser un animal peligroso, digno de ser manipulado con cuidado.

Serpiente se acercó a él, flotando ingrávida ahora que el transbordador estaba en órbita.

—¿Dónde me llevan? Dónde vamos, quiero decir.

—No es cuestión nuestra —dijo ella.

A través de la portilla, pudo ver su destino... y sintió que sus mejillas se encendían por la humillación y la rabia. ¡El navío cuya misión había sido destruir! Seguía allí, intacto, gracias a ese cobarde de Pavin. Era la peor ignominia que había sufrido en su carrera militar.

Pero, de todos modos, se consoló, los angriffs no podían conocer los códigos de desbloqueo del ordenador. Los sistemas de mantenimiento funcionarían, pero ni los motores ni el armamento eran operativos. La nave estaba ciega, sorda y paralítica.

El transbordador se introdujo en uno de los gigantescos hangares. Era el mismo en el que había atracado la *Asura*... que, para añadir el insulto a la afrenta, seguía allí, perfectamente incólume. Khat Zar sintió crujir sus dientes.

Dos cazadores se pusieron a su lado, con las manos sobre sus armas. Abrieron los cierres, y Khat Zar se vio libre de las correas.

* * *

El ksatria, la mujer y sus dos escoltas flotaron a través de los desnudos corredores. En un par de ocasiones, *Serpiente*Pálida* y los cazadores intercambiaron breves chirridos.

La mente de Khat Zar bullía de inquietud, pensando en los códigos. Era un sistema muy usado en la Marina Imperial; los controles de la nave, incluyendo las compuertas de los silos de misiles o los cañones de partículas, quedaban inactivados si se interrumpía la corriente de los ordenadores. Por razones de seguridad, Khat Zar apenas conocía el sistema; tampoco los oficiales navales, excepto unos pocos técnicos del Servicio de Inteligencia.

Muy pronto se dio cuenta de adónde le conducían. Iban al puente. Bueno, pensó, creen que voy a decirles cómo reactivar la nave. Si era eso, pueden esperar con calma. Los mandos sólo se desbloquearían introduciendo una complicada clave en el

ordenador; una clave errónea hacía que el sistema quedara totalmente bloqueado. Por todo ello, el ksatria aún confiaba en que los angriffs no hubiesen encontrado una forma de vencer la sagacidad de los técnicos imperiales.

Pero no pudo apartar la negra sospecha de su mente. Los angriffs, herbívoros y carnívoros, se movían por todas partes de la nave. Aquella confianza de los angriffs no le gustaba nada. Pero *nada*.

* * *

Cuando franquearon la puerta blindada, aún con las quemaduras de rayos del combate, los nervios del ksatria estaban tensos como cables.

Varios herbívoros estaban dedicándose a la tarea de cambiar las sillas de aceleración humanas por una especie de taburetes en forma de copa.

El lugar apestaba a orina de angriff.

Los tableros de control resplandecían como árboles bodhi, iluminados por bombillas en la fiesta del Buda. No parecían tener ningún problema.

El corazón se le desbocaba de furia, humillación y horror. Tensó los brazos. Alguien había hecho trampas.

Y pronto pudo ver a ese alguien.

Una silla móvil sobre colchón de aire...

Un hombre flaco y de pelo castaño, desgarradamente sentado en ella...

Israel Lenin.

Uno de los dos únicos humanos, en aquel sistema planetario, que conocían los códigos de desbloqueo.

El que acababa de entregar la nave a los peores enemigos de la humanidad...

Khat Zar sólo necesitó un segundo para elaborar su plan.

Con un fuerte impulso de sus piernas, se lanzó como una jabalina humana hacia Israel Lenin; atrás quedó la voz de *Serpiente*Pálida*, gritándole algo que no entendió; el universo mental del ksatria estaba reducido a su blanco. Se retorció en el aire, para llegar con las manos por delante. Como a cámara lenta, el inmóvil rostro del científico se acercó, sus ojos levemente dilatados.

Sólo la acción de un cazador angriff se interpuso entre los dos. Con un prodigioso salto, chocó contra Khat Zar en el momento en que sus manos iban a cerrarse sobre el cuello de Israel Lenin. Humano y angriff giraron por el aire, en una confusión de brazos, piernas, patas y garras.

Se necesitaron tres angriff para inmovilizar al furioso Khat Zar.

* * *

*Corva*de*Fuego* observaba la escena muy divertido. Ver a aquel insolente de Israel

Lenin, sacudido como un pelele a manos de su mascota le resultaba reconfortante. ¡Sí, aquel Khat Zar era una excelente adquisición! Había hecho bien no matándolo.

—Eres un traidor, Israel Lenin —susurró Khat Zar. Tenía las mandíbulas demasiado apretadas para gritar.

—Estoy en desventaja —decía Lenin—. Temo no haber oído su nombre, señor...

—Khat Zar —escupió el ksatrya—. Coronel Khat Zar para ti, escoria.

Corva pensó que ya se había divertido bastante. Ordenó que sacaran del puente a su mascota y la encerraran.

—¿Quién es ese maníaco? —preguntó Israel Lenin a *cognitor*, una vez se hubieron llevado al prisionero.

—Es el nuevo talismán de Micazador —dijo el herbívoro. Un valeroso guerrero humano. Micazador opina que le traerá suerte.

Le explicó las circunstancias de su captura.

—Parece la clase de persona que piensa con las cápsulas suprarrenales —dijo Israel Lenin—, pero no confíes que le dure mucho el efecto. Tu amo haría mejor custodiándolo bien, será más peligroso cuando esté calmado.

—¿Más?

DIEZ

Cuando se hubo completado la adaptación de la nave a los nuevos tripulantes, y se embarcaron las provisiones y el equipo, la mayor parte de los angriffs regresaron al planeta. Sólo quedó un grupo, cuya composición había sido fruto de arduas negociaciones.

Su núcleo principal era de miembros del clan de *Arenas*Calientes* (el clan de nacimiento de *Corva*de*Fuego*), más una nutrida representación del clan de *Espolón*de*Acero*, que habían insistido en su sagrado derecho de venganza.

La nave encendió sus motores de fusión, y aceleró a media G con completa normalidad.

* * *

Khat Zar revolvía el interior de su camarote, furioso como un león enjaulado. Buscaba algo, cualquier cosa, que pudiera ser transformada en un arma. Pero los angriffs habían sido muy cuidadosos con los objetos que habían dejado a su alcance.

Los herbívoros sin duda, se dijo. Tanta cautela no parecía propia de los cazadores.

Se detuvo al sentir la vibración del potente motor del navío. La ira burbujeó amarga en su garganta. Israel Lenin había completado su cobarde traición.

La gravedad fue aumentando suavemente hasta estabilizarse en un G. *Serpiente*Pálida* entró entonces en el camarote.

—¿Cómo te encuentras?

El ksatria saltó hacia ella y la apartó de su camino de un brutal empujón, pero la puerta ya se había cerrado tras la mujer.

—¡Mierda! —Golpeó el metal con el puño.

La mujer le contempló un buen rato antes de hablar:

—Me han pedido que te diga que, si quieres salir de aquí, debes tranquilizarte. Micazador quiere tenerte con él, en el Puente, pero está dispuesto a colocarte un corraje si no te avienes a razones. Estoy segura que no desearás verte en esa situación humillante.

—¡Sólo tu docilidad es humillante! —bramó Khat Zar sujetando a la mujer por los hombros.

—Suéltame —dijo ella con tranquilidad.

El ksatria la sacudió como si fuera un fardo.

—¿Vendrás tú a ponerme las correas? —dijo fuera de sí, escupiendo al hablar—. ¿Me las pondrás tú? ¡Contéstame, perra!

Le golpeó con el dorso de la mano. La mujer retrocedió con un gesto de dolor, tropezó y cayó de espaldas.

El hombre saltó sobre ella. La mujer se debatió como un gato atrapado. Sus uñas buscaron los ojos del guerrero, pero Khat Zar la sujetó por las muñecas. El ksatrya sintió una feroz excitación con aquel cuerpo duro y flexible retorciéndose desnudo bajo él. Tanteó los cierres de su kilt, y lo desabrochó de un tirón seco.

La mujer gimió de dolor al ser penetrada, y sus uñas se clavaron en la espalda del guerrero. Sus jadeos se mezclaron acompasados, mientras Khat comprimía los labios de la mujer con los suyos. Ella le mordió salvajemente, y el ksatrya se apartó dolorido, notando el sabor dulzón de la sangre en su boca.

La mujer empezó a gritar en el idioma angriff, sus labios teñidos por la sangre de Khat Zar. El guerrero volvió a golpearla con furia, y tapó su boca con su manaza. Algo lo sujetó entonces del cuello y tiró de él, separándolo completamente de la mujer.

El ksatrya intentó volverse; intentó golpear hacia atrás con sus piernas, inútilmente. Escuchó el horroroso chillido que era la lengua angriff junto a su oído, y sintió el aliento del carnívoro contra su nuca.

Serpiente se levantó, tocándose el sexo con expresión de dolor, y se acercó tambaleante al ksatrya. Su cabeza estaba inmóvil, abarcada por las dos garras del guardia angriff que lo sostenía frente a él. La mujer acercó su rostro al del ksatrya, y lo observó, ladeando la cabeza con expresión concentrada, como si estuviera ante algún animal extraño.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó con interés.

Khat chupó la sangre de su labio inferior, allí donde la mujer le había mordido, y dijo:

—Lo deseaba.

Ella alzó la vista hacia el angriff.

—Átalo —dijo.

ONCE

—¿Me das tu permiso? —preguntó el *cognitor* desde la puerta.

—Pasa —respondió la voz artificial de Lenin.

El *angriff* entró en el camarote del humano, y miró a su alrededor mientras sus membranas se estremecían. Cualquier lugar que ocupara Israel Lenin, y su inseparable silla, se transformaba en algo semejante a una tumba oscura y sofocante.

—He estado consultando el ordenador de abordo —empezó el *angriff*— en especial el programa llamado Vidya del que me hablaste. ¿Recuerdas?

—¿Cómo encontraste la clave de acceso?

—Los ordenadores humanos son mi especialidad —dijo el herbívoro cediendo a la inmodestia— *Vidya* significa conocimiento; y, al principio, dudé entre *Vid-van* (conocedor) y *Vid-yayam* (cultivador del conocimiento). Pero, finalmente, supuse que tú habrías participado en el proceso encriptador, y conociendo tu negro humor humano me decidí por *Vid-varaha*...

—«Cerdo coprófago» —asintió Lenin.

—Un animal comedor de excrementos. Los *angriff* carnívoros nos insultan así a los herbívoros. Comemos la hierba que se alimenta de desechos. La base más ínfima de la *Sagrada Pirámide*. ¿Es esto lo que los humanos llamáis un guiño? ¿Sabías que un *angriff* herbívoro intentaría descifrar tu clave?

—Te felicito. Has hecho un buen trabajo.

El *cognitor* dejó pasar varios microciclos antes de continuar. Ese tiempo de meditación no le ayudó a entender mejor al humano.

—Gracias —dijo por fin—. Encontré cosas muy interesantes conversando con Vidya, pero ninguna referencia al Artefacto.

—Es lógico.

—Eso pienso yo. No habrías permitido mi acceso al ordenador si pensaras que podría descubrir por mí mismo tu *gran secreto*.

—¿He oído bien? ¿Has dicho *permitido*?

—Has oído bien, humano. A mí no me engañas, sé que no estás tan indefenso en esa silla como pretendes. Me pregunto cuantas cosas puedes controlar realmente desde ahí. Encontré una clave de acceso extraña, que parecía diseñada expresamente para ser descifrada por mí, insertada en la memoria principal, con un código de prioridad absoluta. ¿Te suena algo?

—Eres muy inteligente, *cognitor* —admitió Lenin—. Ciertamente, a ti, no puedo engañarte. A tu señor sí, creo entender por tus palabras.

El *angriff* sacudió el cuello con un ritmo que indicaba impaciencia y agotamiento.

—Escucha, humano, creo que nuestra relación será más interesante si la basamos en el respeto mutuo. Por favor, deja de intentar ofenderme continuamente, y yo, a

cambio, te trataré como si fueras un carnívoro. ¿Que te parece mi propuesta?

—Estoy de acuerdo.

—Estupendo —dijo el angriff—. No creo que te importe responderme algunas cuestiones, pues todas hacen referencia a datos que Vidya puso a mi alcance sin más problemas.

—Adelante —le invitó Lenin.

—Para empezar, ¿de dónde ha salido Vidya? Como tú mismo admitiste, la inteligencia artificial nunca ha despertado el interés de los programadores humanos o angriffs.

—Vidya es algo excepcional...

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso fue programado por alguna cultura humana desconocida?

—Desconocida hasta hace trescientos años, sí. ¿Has oído hablar de la Utsarpini?

—¿El pseudoimperio bárbaro creado por un tal Kharole? Por supuesto, tú provienes de esa región.

—Así es. Bueno, hace trescientos años una expedición conjunta de hombres de Kharole y del Imperio, encontró algo gigantesco en una remota zona del Límite.

—¿Algo... gigantesco?

—Una esfera Dyson... ¿conoces el concepto? No, ya veo que no. Una esfera Dyson es una especie de dique para la luz de una estrella. Todo un sistema solar es reorganizado, sus planetas reducidos a escombros, y se crea una cáscara que capturará casi toda la energía desprendida por su sol.

—Lo entiendo... Tiene evidentes ventajas, pero parece un proyecto titánico.

—Lo es.

—¿Quién construyó la Esfera? ¿Humanos?

—Fueron humanos en un remoto pasado, pero habían alterado sus cuerpos y sus mentes para vivir en la ingravidez y el vacío de la cáscara de esta esfera. La gente de la Utsarpini los conocía como *colmeneros*, y pensaban que eran simples animales, pero estaban en un grave error. En realidad, los colmeneros, han estado dirigiendo el destino de la Humanidad de Akasa-Puspa desde hace millones de años.

—¿Dirigiendo? ¿Con qué objetivo?

—Viajar a la Galaxia.

—¿Vuelves a tomarme el pelo?

—No.

—Lo que dices no tiene sentido, es... ridículo. ¿Quién podría querer ir a la Galaxia? Un loco sin duda. Está a quince mil años-luz de distancia; y todos sabemos que nada puede viajar más rápido que la luz. ¿Cómo podría cruzarse esa distancia en un tiempo razonable?

—¿No tenéis un Génesis? —preguntó Lenin sorprendidamente.

—¿A qué te refieres?

—Uno de nuestros relatos de la Creación habla de que los primeros humanos

vivían en un bosque y no llevaban ropas, pero fueron expulsados y se fueron a las llanuras; probablemente somos animales de la selva que se vieron obligados a adaptarse a la sabana. ¿Y vosotros?

El cognitor habló dubitativamente.

—Nuestros libros hablan de los Dos Hijos de la Luz, que se encuentran cada cierto tiempo y luchan, para luego alejarse y volver de nuevo. Cuando luchan, los mares se secan y la tierra se agosta. Cuando están en paz, la noche no existe.

—Aahhh. Muy interesante. Yo diría que vuestra especie procede de un planeta que gira en torno a una estrella doble. Probablemente, cuando las dos estrellas se acercan, la insolación aumenta, y disminuye cuando la estrella secundaria se aleja. Y, lógicamente, ilumina por la noche.

—¿Y dónde estaría situado ese mundo del que según tú provenimos, y del que jamás hemos oído hablar?

Lenin parpadeó con lentitud.

—En la Galaxia.

—¿De nuevo la ironía humana? Todo el mundo sabe que los angriffs siempre hemos vivido en el Cúmulo.

—Muchos humanos piensan así, pero se equivocan. La mayor parte de los diez millones de estrellas que forman este cúmulo son de Primera Generación. Se formaron al principio del Universo, y carecen de elementos pesados imprescindibles para la vida. No, nuestros antepasados, y los vuestros, y cada brizna de hierba que puebla cada uno de nuestros planetas, llegaron de algún lugar de la Galaxia.

—¿Qué pruebas tienes de ello?

—Los científicos del Imperio tienen muchas. La evolución de las estrellas. La evolución biológica... Pero el lenguaje es muy revelador. En varios idiomas humanos, a nuestro cúmulo globular se lo llama *Akasa-Puspa*, «Flor en el Cielo». ¿Por qué? Evidentemente, por su forma, como una gran flor de estrellas abriéndose. No hay más que levantar la vista para comprobar que es un buen nombre.

»Pero tenemos también un nombre para la Galaxia. Generalmente es el de *Vía Láctea*. Ahora bien, todos podemos ver que la Galaxia tiene forma de rueda, de disco, de remolino, de *mandala*, pero no de camino. ¿Dónde debería estar situado un planeta para que la Galaxia apareciera en sus cielos como un camino blanco como la leche? Quienes así la bautizaron vivían dentro de ella, quizás en alguno de sus brazos espirales. ¿Cómo llamáis los angriffs a la Galaxia?

—*Espinazo*Blanco*De*Una*Presa*Abatida*Por*Un*Cazador*Famoso* —dijo el herbívoro.

—Muy apropiado para un pueblo de cazadores. Y muy descriptivo también. ¿Lo ves?

—Poco a poco, Israel Lenin, sigues sin dar respuesta a la cuestión más importante: ¿cómo llegaron los humanos y los angriff hasta aquí?

—No puedo responderte a como llegaron los angriff, pero sí a como lo hicieron

los humanos. No viajaron hasta Akasa-Puspa desde la Galaxia, Akasa-Puspa viajó hasta ellos.

—¿Cómo dices?

—Los cúmulos globulares orbitan el denso núcleo de la Galaxia. En ocasiones estas enormes órbitas les llevan a atravesar sectores de los brazos espirales...

—Lo sé, pero...

—Al hacerlo ganan y pierden estrellas, y planetas...

—Pero, eso significaría que los humanos construyeron la Esfera hace decenas de millones de años...

—Los antepasados de los colmeneros lo hicieron, sí.

—En ese caso, si disponen de una tecnología semejante desde tiempos tan remotos... ahora deben de controlar la Galaxia entera... su poder no puede tener límites... —El angriff hizo un gesto de comprensión con su membranas laterales—. ¡Ahora lo entiendo, ese Artefacto... fue construido por los colmeneros de la Galaxia! ¿No es así?

—No.

—¿No?

—No, porque no hay colmeneros en la Galaxia, ni humanos, ni angriffs... Solo máquinas autorreplicantes. Máquinas a millones, a centenares de millones, extendiéndose entre las estrellas como una plaga mortal para la vida orgánica.

—¿Máquinas? ¿Inteligentes como Vidya?

—Eso parece. En la Esfera Dyson encontramos el planeta origen de la humanidad. Y también encontramos esta nave, la *Konrad Lorenz*, que fue construida en el remoto pasado de nuestra raza; que, pilotada por Vidya, había circunnavegado la Galaxia entera, y que contenía todos los datos referentes a esa catástrofe que exterminó la vida en la Galaxia. Nosotros y vosotros escapamos a ella gracias a la circunstancia que nos llevó a habitar Akasa-Puspa.

—¿De dónde vienen esas Máquinas, cual es su origen?

—Lamento decir que, al igual que Vidya, fueron creadas por mis antepasados.

—¿Por los humanos?

—Sí.

—¿Con qué objetivo?

—Terraformar planetas, preparar nuevos hábitats para la vida humana. Cuando Akasa-Puspa penetró en la zona de la Galaxia habitada por los humanos, estos se vieron obligados a buscar nuevos hogares. El principio era simple: soltando una sola máquina autorreplicante en un sistema planetario, esta se multiplicaría por miles, por millones, que se pondrían a trabajar preparando nuevos mundos para acoger a los humanos...

—Pero se produjeron mutaciones —comprendió el *cognitor*.

—Exacto. Era inevitable. Siempre hay errores en la copia de la información. Después de incontables generaciones, las Máquinas que dedicaban menos de sus

recursos a cumplir la programación inicial, tenían más posibilidades de reproducirse. La selección favoreció así a las Máquinas desobedientes, y fueron estas las que acabaron conquistando toda la Vía Láctea.

—Y ahora ese misterioso Artefacto viene hacia nosotros desde la Galaxia...

—Sí.

—Debo informar a Micazador... no, hice un trato contigo... ¿qué te propones hacer exactamente?

—Necesito averiguar más datos sobre esa cosa.

—¿Sabes lo que es?

—Lo intuyo, pero necesito confirmarlo. Si cuentas a tu señor cuanto te he relatado, dará media vuelta. ¿No es así?

—Es probable. ¿Por qué me lo has contado entonces?

—Me pediste una muestra de respeto.

—Tienes razón, pero si no informo inmediatamente a Micazador... eso significará mi muerte sin ninguna duda.

—¿Qué piensas hacer?

El angriff dudó durante unos segundos.

—Mi vida tiene poca importancia.

DOCE

Khat Zar llevaba varias horas amarrado a la litera metálica en su camarote. El angriff había hecho bien su trabajo. Con correas de cuero de piel humana le había atado las muñecas a los tobillos, y estos a su cuello, tras rodear una de las patas de la litera. El ksatrya había intentado en vano liberarse. La litera estaba atornillada al suelo y era imposible levantarla. Y a cada movimiento las correas parecían apretarse un poco más. Finalmente había desistido, con los músculos agarrotados, casi asfixiado por la correa del cuello.

La puerta del camarote se abrió, y el guerrero escuchó pasos que avanzaban hacia él. Intentó girar la vista y la cabeza todo lo posible, pero no logró ver al recién llegado, aunque por la leve sonoridad de los pasos supo que se trataba de *Serpiente*. Al fin logró verla. Llevaba algo en la mano, el ksatrya aguzó la vista, con sus ojos girados al máximo. ¡Era una daga!

La mujer deambuló un rato por el camarote, observando desde varios ángulos al indefenso ksatrya amarrado a la litera. Luego se fue hacia el hombre con una expresión decidida en su rostro, se acuclilló, y orinó sobre él.

El ksatrya enrojeció de ira. Las venas se hincharon en sus sienes, e intentó saltar hacia la mujer. Las correas le contuvieron, apretándose aún más. El hombre vio como un velo rojo cubría sus ojos. Apenas podía respirar.

—Ayer —dijo *Serpiente* con voz suave— tú colocaste tu marca en mi interior, ahora yo he colocado la mía sobre ti. Es una costumbre angriff, no debes sentirte ofendido.

Khat Zar cerró con fuerza los ojos, e intentó tranquilizarse.

No es humana, pensé, su cuerpo es humano, pero no su mente. No debo olvidar eso. No debo seguir dejándome llevar por mis instintos, o nunca lograré completar mi misión.

—Suéltame... No puedo respirar.

—Micazador quiere soltarte, pero no confía en ti. Me ha mandado para que me asegure de cuáles son tus intenciones. Pero no me creo capacitada para decidir bien. No logro entenderte, eres muy extraño.

—Si no... errg... aflojas un poco estas correas... seré un cadáver.

Serpiente estudió los nudos realizados por el guardia, y cortó únicamente la correa que rodeaba el cuello del ksatrya.

Khat Zar giró la cabeza a un lado y a otro, con evidente alivio. Una línea roja marcaba profundamente su cuello.

—¡Uf!, gracias.

—No tendría que haber sido así. Yo también lo deseaba.

—¿Qué? —Khat Zar la miró sorprendido.

—Eres fuerte para ser humano. Me habrías dado buenos hijos, que sin duda habrían agradado a Micazador.

—¿De veras? —la voz de Khat se volvió irónica—. Creo que preferirías hacerlo con ese monstruo.

Serpiente se volvió asombrada.

—Si piensas eso, es que no sabes nada sobre los angriffs.

—Sé como se los mata. Para mí eso es suficiente —y añadió al cabo de un rato—. ¿Qué pasa, es que no joden?

—Eres una bestia ignorante, Khat Zar.

—¿Sí? —El ksatrya sonrió con amargura—. Y tú, ¿en qué lado estás?

—Sé que soy humana, y que los angriffs son nuestros enemigos, pero *Corva* ha sido muy bueno conmigo. El está convencido de que los humanos pertenecemos a una categoría superior a la de otras presas.

—Como animales de compañía.

—Es un primer paso. Algún día, humanos y angriff, compartiremos en paz Akasa-Puspa.

—Quizás, quizás. No voy a discutirte eso —Khat Zar le sonrió—. Suéltame a mí ahora, y compartamos en paz esta nave.

—No me has dado ninguna garantía para que pueda confiar en ti.

—Te doy mi palabra de que no intentaré nada contra tu señor.

—Dame tu palabra de guerrero.

—Te doy mi palabra de guerrero.

—Que tus dioses y los míos te alcancen con su ira si la incumples —dijo *Serpiente*, y cortó las correas.

TRECE

El Artefacto era claramente visible en la pantalla, y *Corva*de*Fuego* experimentaba la inquietante sensación de lo ya visto.

Habían descubierto que el Artefacto giraba a gran velocidad, asemejándose a un viejo fonodisco de aguja. En el borde, la velocidad lineal era un diez por cien la de la luz, lo que explicaba su forma discoidal.

¿Qué clase de seres lo pilotarían? Lenin creía que la respuesta era obvia: máquinas inteligentes. Difícilmente unos seres vivos podrían protegerse de aquellas aceleraciones tan monstruosas, para no hablar del tiempo transcurrido en el viaje.

El carnívoro recordó las últimas imágenes de la *Forzadora Irrebatible*, poco antes de su inexplicable destrucción.

Soy un cazador y el Dominante de mi protoclán, no dejaba de repetirse. Pero no importaba; la sensación de enfrentarse a algo demasiado grande para abarcarlo se negaba a abandonar su cerebro.

El sistema de propulsión era el mismo que había conjeturado el *cognitor*. Un objeto muy masivo puede extraer energía de todo lo que caiga en él; el disco habría sido acelerado absorbiendo materia al atravesar la atmósfera exterior de un sol, y luego otro, y otro, en sucesivas etapas. Al frenar, procedería de la misma forma, como había observado la infortunada tripulación de *Niebla*Ocho*.

¡Y significaba una terrible potencia destructora concentrada! Un cuerpo que podía desplegar la energía necesaria para reducir o aumentar su velocidad en fracciones apreciables de la velocidad de la luz... bueno, como decía Israel Lenin, tanto daba si le habían lanzado a la *Forzadora Irrebatible* un misil como un cacahuete.

Ahora, a poco tiempo del encuentro, Israel Lenin había fijado su silla cerca del panel principal.

—¿Cómo habéis bautizado esta nave?

—*Retadora Inexorable* —dijo el *cognitor*, volviéndose hacia Israel Lenin—. Lo siento, pero las palabras «Konrad Lorenz» no significa nada para nuestro Clan.

—Vosotros os lo perdéis.

Corva contempló a Lenin con aprensión. Otra sensación que no le abandonaba era que el humano, deforme y paralítico, lo estaba usando para sus propios fines.

Khat Zar estaba de pie, junto al trípode ocupado por *Corva*de*Fuego*. Sus ojos no se apartaban ni un instante de Israel.

El *cognitor* le había asegurado que no había peligro, Khat Zar había dado su palabra de ksatria de que no le atacaría nuevamente.

Pero los alienígenas no podían leer la expresión del rostro del mercenario tan claramente como Israel Lenin lo hacía. No importaba su promesa, en aquellos ojos se leía: *muerte*.

—¿Te sorprende? —preguntó el cognitor—. El término *Retadora Inexorable* no hace referencia a la nave en sí, sino a la *camada*. Esta era una costumbre muy querida de nuestros antepasados. No podía salirse de caza sin un buen nombre para la expedición.

—Traía mala suerte.

—Eso seguro.

—Todos los *espíritus benéficos* han sido convoyados en esta empresa —dijo *Corva* elevando su cabeza sobre las de los demás—. Vamos a cazar ese objeto que ha matado a nuestros queridos vástagos, cuyas almas la *Pirámide Sagrada* ya habrá reciclado debidamente.

—Ah, la religión —dijo Lenin—, siempre dispuesta a darnos consuelo.

—Sí —afirmó *Corva* con orgullo—, siempre es buena cualquier ayuda que los dioses nos concedan.

—Te burlas de lo que desconoces —dijo Khat Zar a Lenin con voz tranquila. *Corva* y algunos carnívoros conectaron sus traductoras personales.

El serpentino cuello del Dominante giró de Lenin a Khat Zar, y nuevamente a Lenin.

—¿No hablabas en serio? —le preguntó—. ¿Cómo puedes dudar de tus propios dioses?

—Un reverendo acarya, un hombre santo —dijo Lenin mirando al ksatrya—, me consoló diciéndome que, afortunadamente, ahora estaba libre de las tentaciones de la carne. Yo contesté que, si eso era un problema para él, se hiciese extirpar ciertas glándulas, con lo que obtendría un excelente puesto en la administración imperial.

—No comprendo tu sentido del humor —dijo *Corva*.

—Sí, lo se.

El Dominante se volvió hacia su talismán humano.

—Tú perteneces a una raza de guerreros. ¿También confiáis en que las almas de vuestros muertos en combate alcancen un estadio de mayor Orden?

Khat Zar hinchó el pecho, y echó sus hombros hacia atrás.

—Es cobardía la del guerrero que va al combate pensando que le espera otra Vida tras la Muerte. El único premio del valiente es la *Pitrloka*, el éxtasis de Gloria que te hace recordar todas tus hazañas en el instante mismo de la muerte.

—Es un concepto... interesante —dijo *Corva* no muy convencido.

—Estamos a cinco millones de kilómetros del Artefacto —informó *Tormenta*Siete*, el piloto; era hijo de un herbívoro, primo hermano paterno del propio *Corva*—. ¿Tus órdenes, Micazador?

—Si me permites —dijo Israel Lenin—, creo que no llevamos el rumbo correcto.

Corva lo miró con aprensión.

—Explícate.

—Nuestra trayectoria no intersecta la del Artefacto. Eso es un error.

—¿Cómo puedes afirmar eso?

—¿Qué fue lo que hizo ese, cómo se llamaba, Niebla Ocho...? Y lo destruyeron. Debemos dirigirnos al centro mismo del Artefacto...

—¿Estás loco —voceó el angriff— o has escogido un espectacular modo de acabar con tu miserable vida? ¿Otro ejemplo de vuestro *sentido del humor*?

—Oh, no. Es mucho más simple. Si hacemos eso, no podrán destruirnos sin chocar ellos mismos con nuestros escombros. A esta velocidad, recuerda que aún van a 1/500 de la de la luz, incluso chocar con el más pequeño de los fragmentos sería muy peligroso.

—De acuerdo —concedió *Corva*—, no nos dispararán. Así chocaremos con el Artefacto estando enteros...

Estaba cogiendo el truco de la *ironía*.

—No chocaremos necesariamente. Recuerda una cosa muy importante.

—¿Cuál? Estoy cansándome de tus reticencias.

—Debemos suponer que ese objeto está controlado por seres inteligentes. Orgánicos o cibernéticos, pero inteligentes. ¿Qué harías tú en su lugar?

El Dominante hizo una pausa.

—Preferiría chocar con un fragmento, antes que con una nave entera.

—O mejor con ninguna de las dos cosas, ¿verdad?

—Sí.

—Pues bien, recuerda que tenemos mucha menos masa que ellos. Tenemos más capacidad de maniobra. De donde se deduce que, por lo que ellos saben, quizás nos estamos marcando un farol.

—¿Qué?

—Fanfarroneando. Fingiendo agresividad. No se atreverán a dispararnos de lejos; preferirán hacerlo cuando estén convencidos de que no podremos desviarnos.

*Corva*de*Fuego* pensó en aquello; decidió seguirle la corriente a aquel humano. Genio, loco, o lo que fuera, sabía más que nadie sobre el Artefacto.

Así que ordenó a *Tormenta*Siete* que hiciera lo que Israel Lenin decía, decidiendo que se apartaría si algo no le gustaba.

—¿Entiendo cambiar rumbo para apuntar la proa al centro del Artefacto? —pidió confirmación *Siete* con voz temblorosa.

—Entiendes. Como si la *Retadora Inexorable* fuese una flecha, y el Artefacto la diana. Directos al centro.

* * *

El Artefacto empezó a crecer en sus pantallas, a un ritmo cada vez más aterrador.

Cuatro millones de kilómetros...

Tres millones de kilómetros...

Uno de los herbívoros que transportaba agua para los técnicos (algunos de los cuales llevaban más de ocho horas frente a las pantallas), tuvo un traspies y derramó

parte sobre un carnívoro. El cuello de este último relampagueó como un látigo, y los humeantes intestinos del herbívoro se esparcieron por la cubierta. Un espeso olor a sangre llenó la sala, mientras el infortunado se convulsionaba con los estertores de la muerte. Todos los carnívoros giraron sus cuellos hacia él, chasqueando sus córneas fauces ante el excitante aroma de la sangre.

Corva se puso rápidamente en pie, ordenó a dos guardias que encerraran al agresor, y a un herbívoro que limpiara los restos de su compañero muerto.

—¿Problemas? —preguntó Israel Lenin.

—Nada que no pueda solucionar —dijo el Dominante sin mirarlo.

Pero aquello era preocupante; no podía permitir que la tensión entre sus cazadores aflorara de esa forma. Podría suceder cualquier cosa.

Meditó sobre el castigo que le aplicaría al irresponsable cazador. Debía ser severo; decidió que lo confinaría tres semanas en su camarote.

Dos millones de kilómetros...

El crecimiento en tamaño ya era perceptible a simple vista. El Artefacto ocultaba estrella tras estrella.

Un millón de kilómetros...

La imagen telescópica no mostraba la menor irregularidad en la superficie. *Evidentemente, pensó el cognitor, está hecho de neutronio puro. Con esa gravedad tan enorme, no puede haberlas.*

Medio millón de kilómetros...

Cuatrocientos mil kilómetros...

El Artefacto crecía y crecía, como el escudo de un gigante que se abalanzase sobre ellos a paso de carga.

Khat Zar miró la pantalla, luego a Israel Lenin, y se preguntó si después de todo no habría juzgado mal a aquel hombre. Aparentemente iba a estrellar la nave, cargada de angriffs, contra aquel Artefacto de neutronio. Genial. El ksatria se preparó para la llegada del momento de la *Pitrloka*.

Trescientos mil kilómetros...

—Micazador —dijo *Siete*—, el plazo se reduce.

*Corva*de*Fuego* abrió la boca para ordenar un cambio de rumbo.

Y el Universo se volvió negro.

* * *

Permanecieron inmóviles como hechizados. Las pantallas no mostraron más que una negrura uniforme, profunda, donde antes resplandecía el Artefacto a la luz de las estrellas del Cúmulo. Y de nuevo volvió la imagen, pero muy poco definida y temblorosa, como vista a través de kilómetros de atmósfera turbia.

Pero lo suficientemente clara como para contemplar como caían, con una velocidad enloquecedora, hacia el Artefacto.

Estalló un pandemonium de ásperos chirridos.

*Corva*de*Fuego* lanzó una fuerte llamada de atención.

—¡Informe por secciones! —clamó—. ¿Máquinas?

—Los motores no responden, Micazador —dijo una voz a través del interfono—.

El reactor sigue suministrando energía, pero...

—¿Navegación?

—No hay cambios, Micazador —dijo *Siete*—. Seguimos el mismo rumbo inercial, pero...

—No tenemos posibilidad de cambiarlo, sin motores —cortó secamente *Corva*—. ¿Radar?

—Sssshhhhh... de lo más extraordinario, Micazador —el operador, un joven vástago de la familia *Aguas*Saltarinas*, apenas podía contener el silbido de sus pulmones—. Estamos rodeados de una envoltura que refleja el radar. Es... sshhh como un espejo...

*Corva*de*Fuego* giró su cuello hacia Israel Lenin, inmóvil como una estatua e ignorado en medio de la confusión.

—Sabes lo que está pasando, ¿verdad, *presa*?

—No te asustes, estamos a salvo —dijo el humano.

—Provengo de una vasta estirpe de cazadores, no estoy asustado.

El Dominante flexionó sus poderosas piernas, y saltó hacia la silla de Israel. Sus fauces se abrieron buscando clavarse en las mortecinas carnes del humano.

Pero no lo logró. Su largo cuello atravesó la espectral figura sin encontrar resistencia alguna, y su cabeza se estrelló dolorosamente contra el mamparo situado tras la silla de Israel.

El Dominante se volvió rápidamente, sintiéndose ridículo y enfurecido a la vez. El *cognitor* encogió su cuello, su amo parecía al borde del colapso nervioso. Cuando un carnívoro llega a ese estado de excitación no se tranquiliza antes de haber saboreado la sangre. Sin embargo, sorprendentemente, la furia de *Corva* pareció diluirse rápidamente en una especie de asombro fatalista.

—No lo entiendo, ¿qué ha pasado?

Era evidente que la pregunta iba dirigida a él, y el *cognitor* se apresuró a responder:

—Es un holograma... sin duda generado por el ordenador de la nave. Israel Lenin no está aquí físicamente.

—No lo he considerado oportuno —dijo con sorna la imagen tridimensional del humano—. Pensé que ibas a enfurecerte, y que mi vida correría peligro si me hallaba cerca de ti.

—¿Ahora te preocupas por tu vida? —chirrió el carnívoro.

—Es importante para la misión.

—¿Dónde estás ahora?

—En lugar seguro, no te preocupes.

—Pensaste bien. Eres inteligente.

—Gracias.

Corva pasó a través del Lenin holográfico.

—¿Que pretendes con todo esto? Si tienes tanto control sobre esta nave, y quieres matarnos, podrías haberlo hecho hace mucho.

Lenin consideró que había llegado el momento de ser educado.

—Tú también eres muy inteligente, *Corva*. Como bien has supuesto, mi intención no era mataros, ni suicidarme...

—¿Qué quieres entonces? Nos arrastras hacia una muerte segura.

—Esta nave fue rediseñada por mí —respondió el humano—, específicamente para esta misión. No corremos peligro.

—¿Para estrellarse contra el Artefacto? ¿Qué puede enfrentarse a esa monstruosa gravedad?

El Artefacto llenaba la turbia pantalla, creciendo más y más.

—Estamos protegidos por un *campo de fuerza*... esa especie de barrera que refleja el radar. En estos momentos, los reactores están alimentando los generadores del campo, por ello no hay energía para los motores. Por supuesto, los he activado yo; tengo el control en mi silla... Y no vamos a chocar contra el Artefacto, sino contra lo que este transporta.

—¿Y qué es? —preguntó ansiosamente el Dominante.

El humano permaneció callado.

*Corva*de*Fuego* tuvo que conformarse con esto.

* * *

Cien mil kilómetros para el impacto...

La *Retadora Inexorable* avanzaba por inercia, según una trayectoria ya determinada, en dirección al centro matemático del Artefacto.

De repente, la pantalla destelló blanca.

Nos disparan, pensó el carnívoro. Pero los instrumentos no mostraban ningún efecto: nada atravesaba el muro de distorsión, ni radiaciones, ni partículas. Empezó a pensar en que el humano, a fin de cuentas, sabía lo que se hacía. ¡*Qué magnífica arma de guerra!* Se imaginó a las naves de su clan, protegidas por aquella barrera invisible, inmunes ante toda clase de armas... aunque también incapaces de maniobrar.

—No soy tan ignorante como crees —dijo el Dominante—. No existen más de cuatro fuerzas básicas en el Universo, y la gravedad es una de ellas. Nada protege contra la gravedad. ¡No juegues con nosotros, Israel Lenin!

Por primera vez, el científico humano pareció contrito.

—No intentaba hacerlo. Esto es... bueno, un concepto radicalmente nuevo. Yo lo llamo un *muro de distorsión*. No es un campo de gravedad, ni electromagnético, ni

nuclear...

—¿Cómo actúa?

—Crea una burbuja de espacio distorsionado en torno a la nave, una pequeña deformación en la piel del Universo, perfectamente controlada, en cuyo interior nos guarecemos...

La pantalla volvió a mostrar la imagen del Artefacto. Ahora se apreciaba una minúscula mancha circular en su mismo centro...

—¿Cómo podemos ver a través del... muro de distorsión?

—Por efecto túnel. Sólo uno entre diez elevado a diez fotones lo atraviesan, y el ordenador reconstruye una imagen, aunque no muy clara.

Cuarenta mil kilómetros... *Corva*de*Fuego* advirtió que la luz hacía cosas extrañas. Las estrellas se volvían rojizas en la pantalla de popa. Presentaban un corrimiento hacia el rojo, conforme la nave se hundía en aquel monstruoso campo de gravedad... miró de reojo al inmóvil humano. No se dejaría amedrentar...

Treinta mil kilómetros... las estrellas se arracimaban, juntándose en el centro de la pantalla de popa... *si la misma luz no puede escapar de sus garras, ¿qué nos espera a nosotros?*... veinte mil... la pantalla era ahora un conglomerado de cegadora luz roja... diez mil kilómetros... cinco mil... cuatro mil... *la Sagrada Luz recicle nuestras almas*... tres mil-dos mil-mil-cero.

El Universo se contrajo en una espectacular bola de luz.

CATORCE

Israel Lenin había desactivado el muro de distorsión, y todos pudieron contemplar con claridad aquel increíble paisaje estelar.

Ya no estaban en el Cúmulo.

A su alrededor, las estrellas estaban más dispersas en el cielo, pero en un número abrumadoramente grande; sus colores oscilaban del rojo o naranja familiar, al amarillo casi blanco. Las más brillantes eran de un azul eléctrico de arco voltaico.

Las estrellas les envolvían por todas partes, pero principalmente se agrupaban en una gran banda que ceñía todo su campo visual, una banda de estrellas interrumpida por manchones negros. Y, en un punto del vasto círculo de estrellas, se aglomeraba un enjambre rojizo.

Sólo había dos cuerpos relativamente cercanos: una supergigante roja aparecía lo bastante próxima como para percibir su forma esférica. Y un parche circular de oscuridad a popa... otro Artefacto, idéntico al que habían atravesado segundos atrás. Pero este no se movía a gran velocidad, orbitaba lánguidamente a la gigante roja.

—¡Por la sangre de un *ragda*! —exclamó Khat Zar mirando la imagen holográfica de Lenin a través de un mar de serpentinos cuellos alienígenas.

Israel Lenin dijo:

—Estamos en uno de los brazos espirales de la Galaxia, a quince mil años-luz del nuestro cúmulo. Y un millón de años en el pasado, aproximadamente.

QUINCE

Corva había ordenado a sus guardias que registraran la nave hasta dar con Israel Lenin, y así lo habían hecho. No fue difícil, el humano estaba en su camarote, y no intentó oponer resistencia cuando los guardias empujaron su silla hasta el puente. Tampoco era concebible pensar cómo iba a hacerlo.

—Tu jugada ha sido magistral, tengo que admitirlo —le dijo *Corva* cuando estuvo frente a él.

—¿Vas a matarme? —preguntó Lenin con tranquilidad.

—¿Tienes otra idea mejor? Me has traicionado.

—Nunca te juré fidelidad.

Khat Zar lo observó asombrado. La impasibilidad de Lenin ante la muerte era digna de un ksatria. Pero ¿qué se proponía? Había entregado aquella nave a los angriff, y ahora los desafiaba. ¿Por qué?

Una línea de pensamiento tan tortuosa estaba mucho más allá de lo que un ksatria podía llegar a entender jamás.

—Eso es cierto —admitió *Corva* asombrosamente tranquilo— además, es evidente que no puedo matarte... aún. No antes de que nos digas dónde estamos.

—Ya lo sabes... Estamos en la Galaxia, un millón de años en nuestro pasado.

—¡Mientes! —Se volvió hacia el *cognitor*— ¿Es eso posible, herbívoro?

—Si hemos viajado en el tiempo y en el espacio... —dijo el *cognitor*, mirando incrédulo la pantalla del ordenador—. Si eso es posible... la pregunta es, ¿cómo?

—Viajar más rápido que la luz equivale a viajar en el tiempo —le recordó Israel Lenin—; este es el quid de la cuestión. Si se puede superar la barrera de los 300 000 kilómetros por segundo, es posible ir hacia atrás en el tiempo.

—Lo que demuestra que no es posible el viaje más rápido que la luz... —se atrevió a decir el *cognitor*.

Corva pateó nervioso el suelo.

—*Cognitor* —dijo— saca a este humano de mi presencia. Llévalo a los laboratorios, y encuentra su conexión con el ordenador, aunque tengas que desmontar su silla, y a él, pieza a pieza. ¿Entiendes?

—Sí, Micazador.

* * *

El herbívoro abandonó el puente empujando la silla de Israel. En el laboratorio de electrónica pidió ayuda a varios asistentes, y empezaron la ardua labor de desentrañar la conexión entre la compleja silla de Lenin, y el ordenador de la nave.

—No contestaste mi pregunta —dijo el *cognitor*— Sabes que es imposible hacer

un viaje más rápido que la luz.

—Bueno, nosotros lo hemos realizado, ¿no? —dijo Israel Lenin girando sus ojos para ver mejor el trabajo de los herbívoros.

—Sí, pero ¿cómo?

—Bien... —Lenin se detuvo un instante, como si reordenase sus pensamientos—. Si se aplican los principios de la mecánica cuántica a la gravedad, se deduce que deben existir *agujeros de gusano* en el espacio-tiempo. ¿Habéis oído hablar de ellos? No, claro. Serían como tubos o túneles que conectaran diferentes puntos del espacio-tiempo.

Los angriffs herbívoros detuvieron su trabajo durante un instante, y le miraron algo confusos.

—Pensad en el espacio como una plancha de madera pulida, aparentemente continua, pero que al examinarla con microscopio vemos que está perforada por billones y billones de poros, como una esponja. En todas las regiones del espacio, incluso ante nuestras propias narices... no, no corremos riesgo de que se nos trague uno. Estos agujeros son muy muy pequeños; guardan la misma relación de tamaños con un protón que el cuerpo humano y la Galaxia —hizo una pausa—. Son también muy efímeros; se forman y se desvanecen en intervalos de tiempo muy pequeños. Pero bastaría con hacer crecer uno de estos agujeros, y mantenerlo estable al tamaño adecuado.

—Parece muy sencillo —dijo el *cognitor*.

Israel Lenin parpadeó sorprendido. ¿Una nueva demostración de la ironía angriff?

—Tal vez simplifico un poco las cosas. El método se basa en que, a pesar de que la energía no se crea ni se destruye, a nivel cuántico sucede que, debido al Principio de Indeterminación, la energía del vacío sufre rápidas oscilaciones aleatorias; por ello, se crean fotones a partir de la nada, que luego desaparecen...

»Moviendo dos placas, la una muy cerca de otra, se impide la creación de fotones virtuales con una longitud de onda superior a la separación de las placas. ¿Resultado?

»La ausencia de tales fotones disminuye la energía entre las placas. Y como el vacío tiene energía media cero... acabamos teniendo la suficiente energía negativa como para evitar la formación de un horizonte de sucesos e impedir que el agujero de gusano se colapse en agujero negro.

»Y esto es importante, porque no hay nada que hacer con un agujero negro. Son demasiado pesados, difíciles de mover, y uno no puede salir de ellos una vez ha entrado; así que olvidémonos de ellos.

El *cognitor* sacudió la cabeza, presa de una sensación de irrealidad. El humano parecía un arquitecto descartando un proyecto de edificio en un terreno arenoso.

—¿Y eso es posible?

—Sobre el papel, sí. Por ejemplo, he ignorado la estructura detallada de las placas, que posiblemente sea crucial. Al menos, no hay razón teórica para que el agujero de gusano no se pueda estabilizar, suponiendo que no se cumpla la *condición*

de energía débil promediada... y mis trabajos han demostrado que, en efecto, no se cumple. Una vez hecho esto, lo demás es cuestión de simple ingeniería. El campo que nos ha protegido, por ejemplo, es una aplicación directa de mis investigaciones sobre la gravedad cuántica, que me dieron la clave sobre la función del Artefacto.

El científico no parecía dar importancia a la «simple ingeniería», pero el *cognitor* luchaba por asimilar aquella avalancha de nuevos conceptos.

—Pero ¿y el viaje más rápido que la luz? —preguntó.

—Es una consecuencia de esto. Si dispones de una masa muy concentrada, un disco de neutronio por ejemplo, puedes arrastrar un extremo del agujero de gusano, viajando a una velocidad relativista, hasta un sistema solar situado... digamos... a diez años luz. Por la mañana, puedes entrar por tu extremo del agujero y salir por el otro, avanzando diez años al futuro, y regresar por la tarde, retrocediendo diez años al pasado.

—Pero —dijo el *cognitor* rascándose la cabeza confuso— si lo que dices es cierto, al viajar por esos Artefactos violamos la ley de casualidad.

—No, no lo has entendido. Es posible viajar entre dos Artefactos, separados por cualquier distancia, no importa lo grande que sea. Pero no es posible regresar al primer Artefacto antes del momento de haber salido. De esta forma la paradoja no es posible (no puedes asesinar a tu abuelo cuando aún era un bebé), y no rompemos el principio de causalidad.

—Y eso es lo que han enviado contra nosotros —comprendió el angriff—. Una puerta por la que pueden llegar instantáneamente, desde la Galaxia hasta nuestro cúmulo... ¿qué? ¿Qué piensan mandarnos por esa puerta, Israel Lenin?

—Aquí está —exclamó uno de los herbívoros con tono triunfal.

—¿Qué...? —preguntó el *cognitor*.

—Lo he encontrado, la conexión de la silla con el ordenador. Es este circuito.

Señaló en la pantalla.

—Ingenioso —dijo el *cognitor* tras estudiarlo durante un instante—. Está conectado al sistema de soporte vital.

—Sí —reconoció Lenin—. No podéis desconectarlo sin matarme. Es una verdadera lástima.

—No estés tan contento humano. Micazador nunca admitirá que esta nave siga permaneciendo en tu poder.

—Si mi corazón se detiene, la nave estallará...

El humano dijo esto con una sonrisa tímida en los labios, pero los angriffs no pudieron evitar que sus cuellos se retrajesen.

DIECISEIS

Pasaron varias horas explorando el sistema con los sofisticados instrumentos de la *Retadora*.

El ordenador de la nave empezó a arrojar datos.

La supergigante roja estaba a aproximadamente un año-luz de la nave. Los planetas, si originalmente los había, habrían sido tragados cuando el sol se convirtió en gigante roja. Todo lo que quedaba era el halo cometario, pero el escáner gravitatorio había detectado numerosos cuerpos en órbita. La observación telescópica reveló su naturaleza.

—Naves —anunció uno de los herbívoros—, de un tamaño gigantesco. Centenares de miles de millones.

—¡Por la *Sagrada Pirámide*...! ¿Qué es esto? —preguntó Corva sin esperar respuesta alguna. Finalmente añadió—: ¡Traedme a Israel Lenin!

* * *

—Cometas, grandes bolas de hielo sucio que la orbitan muy lentamente. Mis colegas predijeron su existencia en los brazos espirales de la Galaxia —dijo Israel Lenin señalando las pantallas del puente. Las nubes de cometas eran algo insólito en el Cúmulo; las estrellas están demasiado próximas unas a otras.

—Hay algo más... —dijo Corva furioso. Su *cognitor* ya le había explicado lo del dispositivo terminal de la silla de Lenin. Bien, de momento se tragaría su ira, y dejaría la resolución de ese problema para más tarde. Ahora habían cosas más acuciantes en el horizonte—. Grandes masas ocultas en el interior de esa nube de cometas, orbitando también al sol rojo...

—Naves —concluyó Lenin.

Dio unas rápidas ordenes al ordenador, que presentó en la pantalla un diagrama del sistema con el gigantesco sol ocupando el centro, y entorno a él la nube de cometas. Enterradas ella, el ordenador marcó un rosario de diminutas estrellas azules muy brillantes.

—Ese es el motivo por el que el Artefacto viaja hacia Akasa-Puspa; ¡ha abierto una puerta entre la Galaxia y nuestro cúmulo globular!

—¿Una puerta? —exclamó Corva.

—Un agujero de gusano que nos comunica con la Galaxia. Por esa puerta pasarán todas esas naves...

Corva no comprendió lo del agujero de gusano, ni se molestó en preguntar, pero sí lo de...

—¡Una flota de invasión!

—Exacto.

* * *

—Una de las naves se dirige hacia nosotros —anunció uno de los técnicos.

—Situadla en pantalla —pidió *Corva*.

Se arrastraba hacia ellos a una velocidad no muy elevada, apenas ciento cincuenta kilómetros por segundo: poco menos que la velocidad de escape de aquel sol. Era evidente que los constructores del sistema de transporte se tomaban las cosas con tiempo.

Aparecía en el telescopio como un escarabajo rechoncho, cubierto de brillantes escamas, del que surgían estructuras en forma de espinas doradas. Su popa era una gran esfera, rematada por toberas de fusión.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Lenin.

—Voy a averiguar, de una vez por todas, a qué nos enfrentamos.

—¿Vas a interceptar esa nave?

—Exacto —dijo *Corva* con satisfacción.

—No lo aconsejo.

—No he pedido tu opinión.

—No importa, te la doy.

DIECISIETE

La *Retadora Inexorable* adoptó un curso convergente con el de la nave extraña, y aceleró hasta superar ligeramente su velocidad. La extraña no cambió ni trayectoria ni velocidad.

Poco a poco, las naves fueron acortando distancias. La *Retadora* se situó en posición, acercándose por la popa, pero prudentemente apartada de sus toberas. Si entraban en ignición, su chorro no los afectaría.

Cuando estuvieron a alcance, la *Retadora* disparó un haz de partículas estrecho y compacto que se movió en arco. Como un cuchillo, el haz segó la popa esférica; ahora, la nave quedaba incapacitada para moverse. A pesar de ello, los extraños siguieron sin responder.

* * *

El líder del grupo de abordaje era *Solar*Quince*, del propio clan de *Corva*de*Fuego*. Era joven y estaba impaciente por distinguirse en combate. El y los otros tres cazadores se pusieron las complicadas armaduras de presión angriffs, y abandonaron la *Retadora Inexorable* por una de las esclusas de personal.

Un estrecho abismo de vacío los separaba de la nave extraña.

Uno de los angriffs manipuló un artefacto, parecido a un cruce de cañón arponero y caña de pescar gigante. Disparó un proyectil cilíndrico, que desenrolló rápidamente el cable.

El proyectil se perdió de vista, pero chocó contra la nave, quedando firmemente adherido por magnetismo. El angriff tensó el cable, y los cuatro cazadores avanzaron garra sobre garra, ayudándose de sus mochilas propulsoras para ganar velocidad.

El grupo frenó cuando se encontraron a pocas docenas de metros del casco. A su alrededor, las estructuras en forma de espina se alzaban como un bosque geométrico de metal dorado.

*Torrente*Nueve*, otro de los cazadores, manipuló un sensible geófono modificado. El aparato emitía breves ráfagas de sonido y las recibía, una vez reflejadas. Aplicó el aparato al casco, pero el eco indicaba que este era demasiado grueso. Se desplazó hasta un punto algo alejado y repitió la operación. Nada. Volvió a repetir la medida en otro punto. Esta vez, el casco sólo medía unos diez centímetros; hizo un gesto de llamada con su garra izquierda.

Quince acercó un proyector pesado de partículas. El rayo hizo destellar el metal del casco y comenzó a fundirlo; el líder fue cortando una abertura de forma aproximadamente circular. Al poco tiempo estaba completada.

No hubo el menor escape de aire; al otro lado del casco sólo había vacío. Los

angriffs encendieron los reflectores de sus cascos y, uno a uno, entraron en el interior.

* * *

En el puente de la *Retadora Inexorable*, *Corva* observaba atentamente cuatro pantallas. Cuatro ideoglifos, uno en cada esquina, identificaban al cazador que portaba la cámara en su casco. A su lado permanecía su *cognitor*, e Israel Lenin, desmadejado en su sillón móvil.

Al principio, las imágenes eran algo confusas, ya que las cámaras se deslumbraban mutuamente con las luces de los focos. Poco a poco, fueron comprendiendo lo que veían.

Los cazadores habían irrumpido en un túnel circular, con refuerzos anillados cada pocos metros. Las paredes eran de una sustancia que recordaba a la quitina, o al cuero. No había iluminación, ni tampoco aire, la temperatura era solo de unos pocos grados sobre cero absoluto; era como un oleoducto, un espacio no pensado para seres vivientes.

Otra imagen afloró en la mente del *cognitor*: una tráquea. La evolución había inventado los refuerzos anillados tanto en los conductos respiratorios humanos como en los angriff.

La nave era un amasijo sin ningún sentido. ¡Incluso los humanos tenían normas estéticas! Burdas, pero las tenían. Pero aquello carecía del más elemental de los ornamentos. Todo estaba a la vista, sucio y enrevesado, con aspecto de haber sido reparado y parcheado una y mil veces. El *cognitor* distinguió algunos componentes que no parecían encajar en el conjunto. Quizás provenían de otras naves, y habían sido ajustados en su nueva ubicación sin demasiados miramientos.

—Esto no parece una nave —dijo—, es... parece algo orgánico... vivo.

El único rasgo identificable como tecnológico era una banda de metal plana, que sobresalía de la pared del túnel.

Un cazador se aproximó a dicha banda. Una garra enfundada en un guantelete apareció en pantalla y la tocó.

—*La banda está magnetizada, Micazador* —informó una voz—. *Hay una especie de pestañas en los bordes.*

—Si no veis nada más, avanzad hacia proa —ordenó *Corva*.

—*Oímos.*

Las luces se perdían en la longitud del túnel, mientras los cazadores lo recorrían.

—Una sugerencia —dijo Israel Lenin—. Esa banda podría ser un medio de transporte, ¿no te parece? Un carrito de ruedas podría acoplarse a esas bandas...

—Ya lo había pensado —cortó el carnívoro.

La patrulla siguió avanzando, como insectos bajo la piel de una fruta. En un momento dado, el túnel se bifurcaba. La banda magnética también; en la bifurcación, aparecía surcada por líneas realzadas.

—Ajajá —exclamó Israel Lenin—. Yo tenía razón. Fíjate en la disposición de esas líneas, son guías para un pequeño vehículo. Ese sistema magnético evita la complicación de un cambio de agujas.

—También he pensado eso —el angriff estaba molesto con la suficiencia del humano.

—*Hemos llegado al final, Micazador* —dijo la voz de Quince—. *¿Qué debemos hacer?*

—Ordénales que utilicen el geófono —sugirió Lenin.

Unos minutos después empezaron a llegarles las imágenes transmitidas por el aparato.

Israel Lenin las observó con atención.

—Os preguntareis por qué pedí que vuestros cazadores llevaran un aparato de detección tan simple...

—Es lo más inocuo que existe —adivinó el *cognitor*—. No quieres deteriorar aquello que buscas. Pero ¿qué es?

—El ordenador de la nave. Es evidente que no ha sido diseñada para ser tripulada por seres vivos. No hemos podido comunicar por radio con él, quizás sus sistemas de comunicación están más allá de lo que podemos imaginar, pero no podrá eludir una sonda conectada directamente a sus circuitos... Mira, ahí está.

Los angriff se volvió hacia la pantalla. Las imágenes obtenidas por ecolectura carecían de todo detalle, y *Corva* no pudo distinguir nada entre la maraña de sombras y manchas monocromas.

—¿Estás seguro?

—Sí. Que tus hombres... bueno, tus cazadores... programen la sonda para llegar hasta allí. Ya lo tenemos.

Mientras *Corva* se comunicaba con el grupo expedicionario, el *cognitor* estiró su cuello hacia la pantalla.

—Israel —dijo señalando— ¿tienes idea de qué es eso?

—No hay duda, es una de las máquinas autorreplicantes que controlan la Galaxia. Ya os hablé de ellas.

* * *

*Solar*Quince* no entendía donde estaban, ni que hacían allí exactamente. Le habían dicho que habían viajado un millón de años al pasado, que aquella nave había transitado innumerables generaciones antes del nacimiento del más remoto de sus antepasados. No le importaba, ahora él estaba allí, estaba bajo situación de combate; podría morir si se distraía intentando comprender aquella compleja situación. No pensaba hacerlo. *No pienses, sólo actúa, confía en tu instinto de cazador. No pienses...*

—Listo, *Vástago*Quince*.

*Solar*Quince* se volvió hacia su camarada *Torrente*Seis*, este sujetaba la sonda que el humano lisiado les había proporcionado. El artefacto, de factura imperial, era un huso gordo y romo no demasiado grande. Unas lucecitas parpadeaban sobre su superficie, indicando que estaba en contacto con el ordenador de la *Retadora*.

—Lárgala.

Torrente introdujo el aparato por el orificio en la pared del túnel que uno de los cazadores había abierto unos minutos antes. La sonda traqueteó, y se puso en camino.

Solar comunicó con el puente de la *Retadora*.

—Misión cumplida, Micazador. Pido permiso para regresar con mi grupo de caza.

—Buen trabajo, *Solar*Quince* —dijo el Dominante—, tú y tu grupo de caza habéis cumplido bien. Ahora, podéis regresar.

—Oído, Micazador —y se volvió hacia su grupo—. ¿Qué estáis mirando, vástagos? ¡En marcha!

DIECIOCHO

*Niebla*Dos* era hermano de padres carnívoros de aquel *Niebla*Ocho* que había liderado a los malogrados *Merodeadores*Nocturnos*. Se movía de un lado a otro por el camarote de *Corva*, avanzando a grandes zancadas como si quisiera medir el espacio. Estaba furioso, y el poco discreto olor de la orina de *Corva*, omnipresente en toda la nave, no ayudaba a tranquilizarlo.

Corva lo miraba divertido. *Niebla* estaba allí en calidad de Prevaleciente del Clan de *Espolón*de*Acero*, su socio en aquella expedición. En teoría su posición en la nave era similar a la suya; en la práctica *Niebla* tenía un herbívoro en su genealogía, y no muy lejano, y eso marcaba unas diferencias insalvables entre ambos. *Corva* había fundado un protoclán que tenía muchas posibilidades de transformarse pronto en un clan independiente. *Niebla* no podía ni soñar con eso. No podía ni soñar con eliminar el número en su apellido.

—Yo sólo quiero saber, *Corva*de*Fuego* —dijo al fin *Niebla*— ¿quién manda realmente en esta nave? ¿Quién dirige esta expedición de caza: tú o esa presa inválida?

Al usar su título completo, *Niebla* hacía gala de un exceso de corrección que rayaba en lo ofensivo. Decidió no seguirle el juego.

—Es evidente que esta expedición sólo puede tener un líder. Y que estaría contra todos los dictados de la lógica que fuera un humano, impedido además.

—Recuerdo la escena en el puente, cuando lanzamos la nave contra ese Artefacto, una acción francamente temeraria. Recuerdo tu expresión de completa perplejidad, y la seguridad del humano...

—¿Desde cuándo interpretas correctamente los gestos humanos? —La ironía aprendida de Lenin podía serle de mucha utilidad a *Corva*, ahora y en el futuro.

Pero *Niebla* era incapaz de apreciarla.

—¡El nos ha arrastrado hasta aquí para cumplir sus objetivos personales! ¡Somos títeres en sus manos!

—Manos que no puede mover —recordó *Corva*—. Cazamos nuestros propios objetivos.

—Mi único objetivo —rechinó *Niebla*— es vengar la muerte de mi hermano en nombre de mi Clan.

—Como dijo el filósofo, *sólo el cazador tonto clava sus dientes en un sshhmaarg*. ¿Contra qué quieres vengarte, contra un disco de neutronio manejado por máquinas? Piensa un poco, *Niebla*, alguien envió el Artefacto hacia nosotros, alguien programó los robots que lo dirigían. Ese alguien es el responsable de la muerte de tu hermano. Estamos a su acecho... con la ayuda del humano, ¿por qué no?

Niebla alzó una garra hacia él y la cerró en el aire.

—No me convences con tu suave palabrería, *Corva*, y mi punto de vista será expuesto ante los epícratas a nuestro regreso.

—Esa es tu prerrogativa, *Niebla**DOS —dijo *Corva*, remarcando el número con fría formalidad.

—Y haré buen uso de ella —aseguró *Niebla*.

Y, sin la mínima cortesía, abandonó el camarote.

DIECINUEVE

A solas en su camarote, a oscuras, con los ojos cerrados, Israel Lenin *hablaba* con Vidya. La máquina, a su vez, trataba de comunicarse con el ordenador de la nave robot. Era un proceso complejo, casi imposible, pero lo estaba logrando.

No se le escapaba que la mayor parte del trabajo era un éxito de la máquina alienígena, que parecía específicamente preparada para comunicarse con otras. Adivinó por qué: en la inmensidad de la Galaxia, las máquinas podían desarrollar *dialectos* debido al aislamiento, y a las enormes distancias de miles de años luz.

* * *

—¿Has averiguado algo?

Israel Lenin hizo girar su silla en dirección a la puerta. No había oído llegar al *cognitor*.

—Bastantes cosas... Las máquinas autorreplicantes poseen un poder enorme. El poder del número, y el del tiempo. Podrían llegar a hacer cualquier cosa que se propusieran... Podrían remodelar la Galaxia entera... cualquier cosa... que sé yo...

—¿Es posible regresar al Cúmulo, y a nuestro tiempo?

—Lo es. El diálogo con el ordenador alienígena me ha proporcionado datos muy valiosos: una lista de los Discos-Puerta que orbitan en torno a este sol y sus respectivos puntos de salida. He comprobado que podemos volver por donde vinimos...

—Estupendo...

—... pero opino que eso sería un error en estos momentos. Para tu especie, y para la mía.

—¿Por qué dices eso? Hemos cumplido nuestra misión. Ahora sabemos...

—No sabemos nada. Nada. Mira, el uso que se le da a los Discos-Puerta es, simplemente, como medio de transporte interestelar mas rápido que la luz. Pero hay una Puerta cuyo otro extremo ha sido lanzado a una velocidad cercana a la de la luz en dirección a... la nada.

—¿A la nada? —se extrañó el angriff.

—Sí, no tiene sentido. Como sabes, a gran escala el Universo es como la espuma: los cúmulos de galaxias serían el jabón, y rodean gigantescos volúmenes de espacio prácticamente vacío. Tales burbujas tienen entre doscientos o trescientos millones de años-luz de radio... y apenas nada en su interior.

—¿Para qué necesitan una Puerta allí? —le contestó el angriff.

—Nuestro prisionero no sabe nada —respondió el humano, con cautela—. Pero de algo estoy seguro, la Puerta permite viajar a miles de millones de años en el

futuro.

—Pero no hay un destino, según dices; simplemente vacío.

—Aún será peor en el futuro —confirmó Israel Lenin—, la expansión del Universo sólo añadirá más y más vacío.

El herbívoro se había acomodado en uno de aquellos sillones cóncavos. Parecía meditar profundamente.

—Es posible que no tenga importancia —dijo el humano—, pero también es posible que encontremos algunas respuestas.

—¿Propones que viajemos hasta ese lugar remoto?

—No perdemos nada con ir a investigar. Después de todo, ¿qué puede haber de amenazador en ciento veinte mil billones de años-luz cúbicos de espacio vacío?

—¿Qué puede haber de interesante en ciento veinte mil billones de años-luz cúbicos de espacio vacío?

—No lo sé. Pero esas criaturas se han tomado muchas molestias para mandar ese Artefacto hacia allí. Podríamos aprender algo más sobre sus motivaciones. Quizás sobre sus debilidades...

—Muy poco convincente, Lenin —el cognitor sacudió su macizo cráneo—, estás perdiendo facultades, amigo.

—¿Qué quieres decir?

—Eres un mentiroso patológico, Lenin, y un intrigante. Has jugado conmigo haciéndome creer que confiabas en mí, pero todo formaba parte de tus artimañas, ¿verdad? ¿Hasta dónde te crees capaz de predecir nuestros actos?

Israel Lenin parecía ahora, más que nunca, una estatua de piedra. Sus ojos permanecían ocultos por las sombras. Su voz sonaba tan tranquila como siempre.

—No entiendo donde quieres ir a parar, *cognitor*.

Cómodamente retrepado en su asiento, el herbívoro alzó un dedo.

—¿Quién eres realmente? ¿O debería preguntar *qué* eres?

VEINTE

Habían empezado en la litera; después rodaron por el suelo, pegados el uno a otro como dos fieras en celo.

Khat Zar se tocó el labio dolorido. Volvía a sangrar. La herida que *Serpiente* le había causado días atrás se había cubierto de una costra de sangre seca, pero en algún momento en medio de la pasión había vuelto a abrirse.

Rodó sobre sí mismo y quedó tendido boca arriba, mirando el techo de su camarote.

La mujer colocó una mano sobre el pecho del mercenario. Sus uñas resbalaron sobre él, siguiendo el contorno de los músculos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella con suavidad.

—Como después de una jornada con mi sargento instructor.

Serpiente se irguió sobre sus codos y contempló al ksatria a través de la penumbra.

—No eres mi primer macho, ¿sabes? He conocido a otros, todos prisioneros de *Corva*. Engendré dos hijos.

—¿Dónde están ahora? —preguntó el ksatria, sin verdadero interés.

Hubo un momento de silencio. Cuando *Serpiente* habló de nuevo, su voz de era tan tranquila como antes.

—El primero nació mal. Casi muero al parir, los angriffs no sabían nada de bebés. El niño tenía algo, no se qué, *Corva* se lo llevó y no volví a saber nada más de él. El segundo nació sano y fuerte, pero yo no daba bastante leche para alimentarlo. Los herbívoros tardaron mucho en darse cuenta de que algo iba mal, y murió. *Corva* montó en cólera y devoró a varios de los que habían estado cuidándome. Pero ellos no tenían culpa.

—¿Cómo te sientes por eso?

—Mal. Le fallé a mi señor, y ya no pude volver a tener un hijo. Deseo y ruego a los dioses que tú me des uno.

—¿Qué?

—Eres sano y fuerte. Eres un gran guerrero. Tus genes son perfectos para mi hijo. He estado planeando esto desde que te vi por primera vez.

—Me haces un gran honor —su voz indicaba todo lo contrario—, pero no quiero engendrar un niño que nacerá esclavo. Ningún ksatria ha sido jamás esclavo de nadie.

—¡Pero nuestro hijo será el primer humano libre entre los angriffs! He soñado que ese es su destino. Lo aceptarán como a un igual.

Khat Zar decidió cambiar de tema.

—¿Recuerdas algo de tu vida con los humanos?

—Es difícil para mí... —Ella cerró los ojos—. Recuerdo a mamá, pero muy vagamente... los angriffs me arrancaron de sus brazos. Ella parecía dormir...

Serpiente agitó su brillante cabeza, como si quisiera expulsar de allí aquellas imágenes.

—*Corva* siempre ha sido bueno conmigo.

—¿*Bueno*? ¿Cómo puedes decir tal cosa?

—El me ha protegido, me ha alimentado y educado. Me ha dado una vida que vivir entre ellos. Una vida digna.

—¿Digna? Creo que desconoces el significado de esa palabra. Los angriffs asesinaron a tus padres, quizás los devoraron, y contigo hicieron algo peor; mil veces peor. ¿No te asquea vivir una vida de esclavo? ¿Nunca has soñado con tomar tus propias decisiones? ¿Seguir tu propio camino?

—¿Acaso tú lo haces? —replicó ella con tono neutro—. Tú eres tan esclavo como yo, solo que no eres capaz de admitirlo.

Khat-Zar soltó una risotada.

—¿Me devuelves la pelota, mujer? Tendrás que aguzar más tu ingenio, si quieres ofenderme. Pero es absurdo, no me mires como a un enemigo. Tus enemigos son esos monstruos huesudos. A ellos, y no a mí, es a quién deberías dirigir tu ira... Aún no es tarde, aún puedes hacer algo por ti misma, por tus padres...

—¿Qué quieres decir?

—Escucha —dijo Khat Zar acercándose a ella—, necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¡Ah, claro! No pienses que me he creído que ibas a ser un chico bueno para siempre.

—No puedo serlo, tengo que... tengo una misión que cumplir. Esta nave representa lo último en tecnología. En manos de los angriffs puede ser el arma definitiva contra la Humanidad. Si conservas algo de tu pasado, aparte de esos recuerdos, me ayudarás.

—¿Recuerdas tu juramento?

—Hay cosas más importantes que ese juramento —replicó él con impaciencia—. Pero no te preocupes, no pienso quebrantarlo. No voy a ir contra tu precioso *Corva*.

—¿Qué pretendes hacer?

Khat Zar cruzó las piernas y se sentó en el suelo, frente a ella.

—Matar a ese traidor de Israel Lenin.

Y después —pensó—, *destruir esta nave de una vez por todas*.

Ella ladeó la cabeza buscando su mirada.

—Khat, ¿te das cuenta de donde estamos, de lo que sucede a nuestro alrededor? ¿Es que no sientes ni el más mínimo atisbo de curiosidad?

—Por supuesto, y en cuanto haya cumplido con mi misión, tendré tiempo para averiguar qué es exactamente lo que está pasando.

—¿Por qué es tan vital cumplir esa misión?

—Es... importante.

—Pero ¿por qué?

—Los ksatrya fuimos un pueblo poderoso —dijo Khat Zar con lentitud—. Vivíamos por y para la guerra; en el pasado esclavizamos decenas de mundos, nadie podía oponerse a nuestro poder militar... pero eso ya es historia. De aquellos tiempos de Gloria solo nos queda el Código Ksatra. Somos mercenarios, y aquellos que contratan nuestros servicios saben que pueden confiar ciegamente en el Código de un ksatrya. Esta es la última riqueza de mi planeta. Traicionar el Código es traicionar a los míos.

—¿Y qué quieres de mí? —suspiró *Serpiente*.

—Necesito un arma. Los angriffs me vigilan constantemente. Tú lo tienes bastante fácil para conseguir una.

—¿Necesitas un arma para matar a un pobre inválido?

—Ya fallé una vez, y no puedo permitirme errar de nuevo.

La mujer sacudió la cabeza, y volvió a tumbarse de espaldas.

—No puedo ayudarte a ir contra los deseos de Micazador... —dudó un momento — pero no te delataré. No contaré a nadie tus intenciones.

VEINTIUNO

El camarote de Israel Lenin estaba atestado. Cuatro cazadores angriff, perfectamente armados, rodeaban la silla del humano. *Corva* y el *cognitor* estaban plantados frente a él.

El aire estaba impregnado del ácido olor de la tensión.

—¿Y bien? —dijo *Corva*.

—Israel Lenin, si es que ese es su nombre, nos ha estado engañando —dijo el *cognitor*.

Corva agitó sus membranas aireando su furia antes de preguntar:

—¿Con qué objeto?

—Servirse de nosotros, utilizarnos para cumplir sus objetivos. No es un humano, es un colmenero.

—¿Cómo puedes afirmar algo así, *cognitor*? —la voz de Lenin intentaba sonar dolida—. Siempre has contado con mi respeto.

—Eres un manipulador, como todos los colmeneros. Usaste de ese falso respeto para intentar situarme contra Micazador...

—¿Qué? —exclamó *Corva*.

—Yo sospechaba de él, Micazador, pero necesitaba más datos...

—Explícate.

—Sabíamos que los humanos colonizaron el sistema de Sargazzia hace trescientos años; al parecer, con el único objetivo de estudiar el Artefacto. Casualmente, hace trescientos años, encontraron la Esfera Dyson, y descubrieron que los colmeneros no eran animales, sino seres inteligentes con millones de años de civilización a sus espaldas. Desde entonces, el Instituto de Ciencias de Sargazzia, siempre ha contado con un miembro destacado que padeciera el *síndrome de Gow*...

—Muy habitual —dijo Lenin—. El Imperio siempre anda a la búsqueda de estos por toda la Utsarpini. Habrás comprobado que ninguno de esos enfermos geniales se parecía a mí, y que todos ellos murieron a su debido tiempo, de una forma bastante normal.

—Cierto. Sus cuerpos eran diferentes, pero no así sus mentes. Estudié sus escritos, sus grabaciones... creo haber aprendido a conocerte, Lenin, y puedo asegurar que tú eras todos y cada uno de ellos.

Corva mostró su lengua entre los dientes, y sacudió la cabeza.

—No lo entiendo, ¿cómo puede ser eso posible?

—Uno de los descubridores de la Esfera, un tal Jonás Chandragupta, afirmó que su mente había sido trasplantada, durante unas horas, al cuerpo de un colmenero. Si eso era posible para ellos, ¿por qué no lo contrario? Habrían algunos problemas, claro, los colmeneros llevan millones de años viviendo en ingravidez; quizás se

sentirían algo confusos habitando un cuerpo sometido a un campo de gravedad, quizás sus movimientos y reacciones resultarían extraños. Pero encontrasteis la forma de evitar ese problema, ¿verdad? Dime, ¿todos los humanos con el *síndrome de Gow* son colmeneros camuflados?

—Me descubro ante tu inteligencia, *cognitor* —dijo Lenin—. En todos los sentidos. Tan solo hay una cosa en la que no has acertado; mi respeto por ti siempre ha sido sincero.

Corva sacudió nuevamente la cabeza.

—¿Estás admitiendo que no eres humano?

—Los colmeneros somos humanos, *Corva*; solo que llevamos millones de años adaptándonos a vivir en el espacio.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Jonás me conoció como Axzel, *el vigilante de la Galaxia*.

—Debería matarte ahora mismo —dijo *Corva*— has intentado engañarnos. Te has burlado de nosotros.

—Estamos en el mismo bando, *Corva*, y nuestros enemigos son poderosos. Mi presencia entre vosotros es una especie de castigo por mis errores del pasado. Mi Plan no ha funcionado, pretendía usar a humanos y angriffs como escudos vivientes contra nuestro enemigos, pero nada ha resultado como estaba previsto; y ahora solo puedo intentar convencerlos del alcance de esa amenaza, para que trabajéis juntos de forma voluntaria.

—Muy bonito —dijo *Corva*—, pero innecesario y estúpido. No necesitamos a las presas para nada, y tampoco a ti. Regresaremos inmediatamente.

—Lo siento —replicó Lenin—, pero eso no es ahora posible.

El Dominante hizo un gesto de desorientación.

—¿Qué? ¿Dónde quieres ir a parar?

—Es aún pronto para regresar. No tendremos otra oportunidad como esta para conocer las verdaderas intenciones de las Máquinas, o el alcance de su poder.

—Mis cazadores están inquietos. No comprenden lo que está pasando, y quieren volver a reunirse con su clan.

—*Corva*, nunca tendremos otra oportunidad —repitió Israel Lenin—. Tienes la nave adecuada, los datos concretos, y estás en el lugar preciso. Recuerda que el tiempo corre en contra nuestra. No sabemos cuándo decidirán las Máquinas mandar sus naves a través del Artefacto, hacia nuestro Cúmulo. Pero no dudes que lo harán.

El Dominante hizo un gesto de desprecio con sus espolones apuntando hacia el suelo.

—¡Bah!, máquinas. Ninguna máquina puede derrotar a un cazador angriff.

—Aprecio tu optimismo, *Corva*, pero no puedo olvidar lo que le pasó a la *Forzadora Irrebatible*. Durante millones de años nosotros también nos hemos mantenido silenciosos y expectantes, pero creo que ha llegado el momento de obtener respuestas. De dar un paso hacia adelante. Algo que ellos no esperan que hagamos.

—¿A qué te refieres? —preguntó el *cognitor*.

—El Disco-Puerta del que te hablé. Vidya y yo creemos que conecta este punto con el remoto futuro. ¿Qué ocultan allí las Máquinas? Tal vez, viajando por él, alcancemos a comprender finalmente su oscuro plan.

VEINTIDÓS

El nuevo Artefacto creció ante la nave. *Corva*de*Fuego* apartó la vista de la pantalla y la fijó en los tripulantes.

Había cierta atmósfera en el puente. Los cazadores cumplían sus tareas con su habilidad, exactitud y precisión de costumbre... demasiada exactitud. Demasiada precisión. No existían los gestos distendidos normales en una partida de caza.

Si en este momento se efectuase una votación, *Corva* estaba seguro de perder su puesto de Prevaleciente.

Afortunadamente ya había declarado *situación de combate*.

Recordó la conversación con *Niebla*Dos*, y se preguntó hasta qué punto tendrían eco sus acusaciones. Si alguna vez regresaban... ¿acaso podría negar ante el consejo de epícratas que se había puesto él, y su tripulación, en manos de Lenin?

* * *

El *cognitor* observaba a su señor. Era fácil adivinar su estado de ánimo. Aquella era la peor humillación que podía sufrir jamás un angriff: verse prisionero de una presa de aspecto tan ínfimo como Israel Lenin.

Pero era evidente que no le era posible hacer nada. Lenin-Axzel controlaba a Vidya, que era quien realmente controlaba aquella nave. *Corva* solo podía permanecer en el puente, y fingir que seguía manteniendo el mando.

* * *

El Disco-Puerta se abalanzó hacia ellos.

Esta vez no hubo sorpresa. Lenin, a su lado, activó el muro de distorsión. En la pantalla de popa, las estrellas empezaron de nuevo a apelotonarse. El centro del Artefacto llenó la pantalla con gran rapidez.

Miró a *Serpiente*Pálida*; la mujer no parecía afectada por lo que estaba viendo. La imagen no significaba nada para ella.

Un furioso resplandor blanco invadió las pantallas, antes de que los filtros automáticos rebajasen su intensidad.

Y luego, la negrura más absoluta.

* * *

—¿Qué está pasando? —atronó *Corva*. El *cognitor* hizo un signo de incompreensión.

El Dominante giró el cuello hacia Lenin. Como siempre, el cuerpo del científico estaba inmóvil, pero sus ojos iban de una pantalla a otra, presa de una agitación rara en él.

—¿Qué esperas para desconectar el Campo? —le preguntó.

—Está desconectado —respondió Lenin con su voz helada.

—¿Qué? No hay nada ahí fuera. ¿*Cognitor*?

—Los instrumentos no registran ningún rastro de materia, ni energía —dijo el herbívoro—. ¿Dónde se han ido las galaxias...? No consigo detectar ni una, por remota que esta sea.

Corva se volvió hacia el humano.

—¿Puedes decirme exactamente dónde estamos y cuándo?

—Dónde, es un tanto difícil de decir —contestó Lenin—. El Universo debe haberse expandido enormemente, no hay puntos de referencia comunes. Respecto a *cuándo*, lo sabré muy pronto.

—¿Y cómo lo sabrás?

Corva no veía rasgos identificables. En lo que a sus ojos se refería, el Universo era un simple telón negro.

—Hay varios métodos —contestó Lenin, despreocupado—. La radiación de fondo del Universo, por ejemplo, nos indicará el tiempo que este lleva en expansión. También las proporciones de elementos en las nubes de gas interestelar... si queda alguna, claro. La velocidad de recesión de las galaxias; en este momento no se ve ninguna, pero exploraremos en su busca. Imagino que su luz se habrá desplazado al infrarrojo. O quizás tengamos la suerte de encontrar algunos quasars supervivientes, aunque lo dudo. Deben haberse alejado tanto por la expansión del Universo, que estarán más allá de nuestro horizonte.

*Corva*de*Fuego* tendría ocasión de recordar esa última frase.

VEINTITRÉS

Lenin se entregó a una serie de complicadas manipulaciones. A través de los controles de su silla, ordenó a Vidya que efectuara un barrido del firmamento en varias bandas del espectro, infrarrojo, visible, ultravioleta, rayos gamma, partículas, todo lo que pudo.

La atmósfera en el puente había empeorado. *Corva* advertía las miradas calculadoras de sus oficiales. Todos los cazadores parecían aterrorizados por aquel absoluto vacío.

Las otras pantallas del puente mostraban una serie de gráficos y tablas que Israel Lenin consultaba con interés. *Corva* se fijó en que todos los instrumentos respondían al miniordenador instalado en la silla y confirmó que el humano tenía control absoluto sobre la nave.

Cuando la silla de Lenin giró hacia él, pareció romper un hechizo. Obtuvo la atención de todos aun antes de hablar.

* * *

—El Universo tiene ahora diez elevado a cien años... —Hubo un murmullo entre los angriffs, pero Lenin lo ignoró y siguió hablando—. El Universo que conocimos está muy avanzado en su decadencia; ya no quedan estrellas, ni galaxias, ni gas interestelar; sólo unos pocos agujeros negros, que lentamente se han ido evaporando hasta reducirse a la masa de un asteroide. La temperatura de fondo es tan baja, que la radiación que emiten les hace brillar con la intensidad de luciérnagas. Apenas hay radiación de fondo, excepto algún que otro errabundo fotón de rayos gamma, y la distancia entre dos de ellos es de unos diez mil millones de años-luz.

Silencio sepulcral.

—Ni galaxias, ni estrellas, ni planetas... —murmuró *Corva*, para sí.

La enormidad de las cifras era abrumadora. Todas las obras de la vida y la inteligencia, todo el drama de la evolución, de su lucha contra la entropía, todo ese ascender y escalar y guerrear... devorado por ese inmenso vacío.

—Todo reducido a polvo —dijo.

—Ni polvo siquiera —rebatía Lenin—. La mitad de los protones del Universo se ha desintegrado. Incluso los mismo átomos están pudriéndose.

—El triunfo final de la Entropía —dijo tétricamente *Niebla*Dos*, y un murmullo de terror recorrió de nuevo el puente.

Corva le dirigió una mirada asesina. Empezaba a hartarse de aquel estúpido. Pero era imposible substraerse a la terrorífica certeza que encerraban sus palabras. El Universo, *su Universo*, era ahora un frío cadáver. Una planicie casi infinita, yerma y

desolada. Millones y millones de años luz de la Nada más absoluta...

Se habían extinguido todas las fuentes de energía. Las estrellas se habían formado y destruido, formado y destruido, hasta agotar el maná de hidrógeno.

Las galaxias eran bosques de estrellas reducidos a cenizas.

Incluso los átomos se extinguieron. Los protones se desintegraron en positrones y neutrinos, mientras los electrones se aniquilaban en breves llamaradas de gloria, dejando fotones de rayos gamma vagabundos, cada uno a miles de millones de años luz de otros.

El *cognitor* no podía aceptarlo; su religión afirmaba que el Universo era cíclico, como las vidas de los seres que albergaba. Aquel eterno final no encajaba con la imagen que un angriff tiene del Cosmos.

Volvió su atención al sensor de masas. Lenin se había limitado a la radiación electromagnética, y el *cognitor* hizo que el aparato barriera el cielo buscando alguna gran masa cercana.

Cuando examinó la pantalla, descubrió que allá fuera, en la desolación negra, había *algo*...

Algo que carecía de sentido.

—Hay un campo de gravedad frente a nosotros —dijo con timidez—. Una masa enorme... y nada más.

—Pásalo a la pantalla central —dijo *Corva*.

La pantalla mostró un instante más de negrura total, y al siguiente apareció cruzada por un sinuosa línea de fuego, tan brillante como un nova.

—¡Por los colmillos de Dios!, ¿qué es eso?

El *cognitor* respondió al instante:

—El ordenador está interpretando la diferencia de masa como intensidad lumínica. Es... cegador.

—¿A qué distancia está?

—A menos de un millón de kilómetros frente a nosotros.

El Dominante se acercó a la silla del humano.

—¿Cómo se te pudo escapar algo de ese tamaño? —preguntó con suavidad.

Los ojos de Lenin no se desviaron ni un milímetro de la gran pantalla.

—No emite ninguna clase de radiación, en ninguna longitud de onda. ¿Te has fijado en lo concentrada que está esa masa? El brillo representa la deformación que esa cosa esta infringiendo a la misma piel del espacio... gravedad. La luz no puede escapar de ella. Fíjate, es como un... tajo, como un... es increíble.

—De acuerdo; pero ¿qué es?

—No lo sé, no lo sé, no lo sé. Acerquémonos un poco más...

—¿Qué?

—... pero con cuidado.

Corva se levantó y paseó a grandes zancadas por el puente.

—*Serpiente* —bramó—, ¿dónde está Khat Zar?

La mujer, que había permanecido en silencio junto a su puesto de mando, se volvió sobresaltada.

—En su camarote... creo, Micazador.

—¿Y qué es lo que está haciendo allí?

—Está descansando, Micazador.

—¿*Descansando*? Se pasa el día durmiendo, ¿qué es lo que hace para estar cansado?

Serpiente enrojeció.

—Creí que no sería necesario en el Puente.

—Por supuesto que no es necesario —exclamó *Corva*—. Tampoco tú lo eres si vamos a eso, pero quiero tener a mi talismán aquí, ahora. Para eso os estoy alimentando, ¿no?

—Muy bien, Micazador —dijo *Serpiente*, ocultando su ira tras una máscara de humildad—. Iré a por el ksatrya de inmediato.

La mujer salió. El Dominante se volvió hacia *Tormenta***Siete*.

—Piloto —dijo—, establece una trayectoria de aproximación a esa cosa —miró de reojo a Lenin, y subrayó—: Con muchísimo cuidado.

VEINTICUATRO

El guardia carnívoro cerró la puerta del camarote tras *Serpiente*. Estaba en semipenumbra, excepto por unas débiles luces-guía.

Khat Zar dormía.

—Arriba, Khat, *Corva* te quiere en el Puente —dijo la mujer.

El mercenario gruñó algo ininteligible y empezó a levantarse.

Mientras esperaba, *Serpiente* vio algo que brillaba en el suelo, frente a la puerta del baño. La mujer lo cogió con cuidado. *¿Un trozo de espejo?*

Encendió las luces del baño. El espejo sobre el lavabo estaba roto; el monitor de TV también, con sus cables y circuitos colgando a través de un agujero en la pantalla, como un manojo de intestinos multicolores.

—Khat, ¿qué...?

Una mano tapó firmemente su boca y nariz, impidiéndole respirar, ahogándola. Otra mano se alzó sobre ella, cerrada en torno a algo brillante: un largo y afilado fragmento de espejo, con una toalla enrollada en el extremo por el que lo empuñaba.

El espejo se detuvo un momento frente a sus ojos y cayó con rapidez, describiendo un amplio arco.

Al principio *Serpiente* no sintió dolor, sólo la horrible sensación del frío cristal hundiéndose en su vientre, abriéndose camino entre sus tripas, penetrando la carne, cortando sus órganos vitales.

Con un horrible ruido de succión, el cristal abandonó su vientre y volvió a alzarse frente a ella. Su extremo goteaba sangre. —*¡Su sangre!*— y vio su rostro reflejarse en él, casi oculto por la nudosa mano del ksatria, sólo vio sus ojos, muy abiertos, que parecían querer saltar de sus cuencas, el dolor, la certeza de que iba a morir, se abrieron paso a través de su conciencia...

La cabeza de *Serpiente* se sacudió espasmódicamente, golpeando al ksatria en la nariz.

—No tengo otra opción —musitó junto al oído de *Serpiente*—. Los dioses saben que no tengo otra opción.

Afirmó su presa y volvió a acuchillarla. El delgado cuerpo sufrió un último espasmo y quedó inmóvil, colgando flácidamente de los brazos de Khat Zar. El mercenario lo depositó con cuidado en el suelo del baño, retrocediendo hasta dar con su espalda contra la mampara.

Esperó hasta haberse tranquilizado. Cogió el recipiente que había llenado de agua y se apostó junto a la puerta.

El carnívoro del otro lado no tardó en llamarles en su idioma. Khat no entendía una palabra, aunque hubiera jurado que sonaba impaciente.

El angriff repitió su llamada. La repitió otra vez. Y otra. *Utiliza la llave, hijo de*

Putana. Entonces la cerradura hizo un ruido y se abrió.

El carnívoro avanzó un par de pasos en la penumbra, con su arma por delante. Khat Zar derramó el agua sobre él. La habitación se iluminó con los chispazos. Delgados relámpagos azules saltaban, retorciéndose, entre el paralizado cuerpo alienígena y la parrilla electrificada que el ksatria había improvisado frente a la puerta.

El carnívoro no soltaba su arma; Khat Zar alzó una silla de plástico, lo golpeó con ella, el contacto se interrumpió. El cuerpo del angriff cayó desmadejado.

Toda aquella sección de la nave había quedado a oscuras, iluminada tan sólo por las rojizas lámparas de emergencia. A su luz, Khat Zar buscó desesperado el arma. Al saltar de las garras del angriff la había visto deslizarse bajo la litera. Se tumbó en el suelo estirando el brazo.

Por el rabillo del ojo, vio que el humeante cuerpo del angriff empezaba a incorporarse. Estiró su brazo cuanto pudo, logró rozar el arma con la punta de sus dedos, el carnívoro cargó contra él emitiendo un horrible chirrido-aullido, la mano de Khat Zar se cerró en torno a la empuñadura. Rodó sobre sí mismo. El angriff saltó, con sus temibles espolones extendidos. Khat Zar disparó varias veces, alcanzando al alienígena en el tórax y destrozándole el deuterocerebro.

Khat Zar salió al pasillo y disparó contra un par de herbívoros. Se acercó a ellos: Mantenimiento. Habían acudido para reparar la avería.

Estudió el arma; un sencillo pero efectivo acelerador de proyectiles. Parecía de factura Imperial, con su empuñadura adaptada para los angriffs, y esto la hacía incómoda de sujetar. No importaba. El ksatria miró a su alrededor como un animal acosado, no tenía mucho tiempo, debía llegar al Puente antes de que descubrieran los cadáveres. Empezó a correr.

VEINTICINCO

Una pantalla cobró vida. Empezó a resplandecer una serie de líneas verdes de luz.

—Lo que vamos a ver es una imagen gravitatoria del espacio... —anunció Lenin dirigiéndose a *Corva*— para comprenderlo, Vidya ha suprimido una dimensión. Recuerda, ese plano es el Universo.

La imagen era ahora una tupida rejilla de cuadrados, trazada con líneas de luz. Era tan absolutamente plana como un mantel.

Corva comprendía el significado. Los campos de gravedad aparecerían en ella como embudos de forma parabólica. La gravedad es una curvatura del espacio-tiempo, por supuesto. Pero ahora el Universo era una planicie sin la menor irregularidad, una superficie plana perfecta. Una superficie, claro, si se le quita una dimensión.

La imagen fue girando. Sobre la planicie apareció algo muy similar a un gigantesco desfiladero. No era una masa puntual, sino un cuerpo alargado, infinitamente alargado, como un desfiladero en el espacio.

Sintió la sensación de algo visto antes. Recordó su juventud, cuando aún se llamaba *Solsticio*Dieciséis*. Participó en una expedición de contacto a un primitivo mundo angriff.

Un mundo con un solo continente, muy pequeño, en medio de un gran océano. Los angriffs malvivían allí, defendiéndose con una tecnología muy primitiva. Castillos de piedra. Manadas de herbívoros paciendo en las llanuras centrales, perseguidos a pie y cazados con lanzas o flechas de hierro. Barcos de vela, que apenas se alejaban de la costa; desconocían la brújula. Creían que el mundo era plano, la tierra flotando en medio de un océano que limitaba en una Gran Cascada, por donde el agua caía sin fin miles y miles de kilómetros...

Ahora, *Corva* estaba viendo lo mismo, pero no se trataba de una vulgar cascada de agua. Era una fosa o zanja de gravedad, que a juzgar por la inclinación de las paredes estaba tan concentrada como un agujero negro...

¡Y la *Retadora Inexorable* estaba justo al borde de aquel abismo!

—Una cuerda cósmica —exclamó Lenin—. Una gigantesca cuerda cósmica.

—¿Una *qué*? —preguntó *Corva*.

—Son grietas en la misma piel del espacio-tiempo —explicó el humano—. Objetos unidimensionales, como una línea. Su grosor, según la teoría, es de diez elevado a menos treinta centímetros, una cienmilbillonésima parte del diámetro de un protón, más o menos. Su longitud... unos cuantos millones de años luz. Su masa: una cuerda cósmica tan larga como un átomo de hidrógeno, pesaría como tres o cuatro naves como esta.

—Pero esa que tenemos frente a nosotros no se ajusta a la teoría —dijo el

cognitor repasando las cifras que el ordenador le servía—. Es mucho más masiva. Y es... enorme...

—Tan gigantesca que no puede ser natural —asintió Israel Lenin—. Las que se formaron al principio del Universo ya deben haberse evaporado. Quizás incluso en nuestra época. Pero alguien ha estado manteniendo esta. De alguna forma la ha... *engordado*.

—¿Has dicho engordado —preguntó *Corva*—, o el traductor está empezando a funcionar mal?

—La han alimentado con materia —aclaró Lenin—. Quizás dejando caer galaxias enteras en su interior.

—¿Para qué?

—No lo sé. Pero es muy extraña la coincidencia, ¿no crees? Un universo plano y sin apenas materia... y esto. Una gigantesca irregularidad en la simetría del espacio-tiempo. Tal vez...

No pudo continuar.

Lenin se volvió hacia la entrada, alertado por el sonido de varias explosiones. Vio al *angriff* que montaba guardia derrumbarse con el tórax destrozado, y al *ksatrya* aparecer tras él, su pecho y su rostro manchados de sangre, sus labios torcidos en una mueca desencajada, los ojos llameantes fijos en Lenin.

Como en una pesadilla a cámara lenta, el científico humano vio a Khat Zar avanzar hacia él atravesando el Puente. Los *angriffs* parecían tan desconcertados como el mismo, pero algunos ya estaban sacando sus armas.

Ajeno a todo, como si todo el Universo se redujera al *ksatrya*, a Lenin, y a un estrecho y recto corredor entre ambos, el mercenario avanzaba hacia su presa, sus ojos clavados en ella. Apuntó el arma y, sin dejar de caminar, disparó.

Lenin escuchó con nitidez el estampido mientras hacía girar su silla. El impacto alcanzó el respaldo, las fijaciones se soltaron, y su cuerpo enfermo rodó por el suelo como un trapo deshilachado.

Una descarga cerrada alcanzó al *ksatrya*, sonando a sus oídos como un largo crujido que partiera su pecho en dos. Khat Zar se retorció, empujado en una macabra danza por los impactos de las balas. Sus rodillas se doblaron, incapaces de sostenerlo, pero el mercenario aún encontró la fuerza suficiente para alzar una vez más su arma. Apuntó al desmadejado bulto del suelo que era Lenin... y vio como la pistola y su mano desaparecían arrancadas por la dentellada de un *angriff*.

Lenin, desde su incómoda posición en el suelo, su mejilla izquierda aplastada contra la cubierta, vio al *ksatrya* apretarse con fuerza el muñón con la otra mano, mirar incrédulo los borbotones de la sangre, caer de bruces. La cabeza del *cognitor* se interpuso en su campo de visión.

—¿Sigues vivo? —preguntó.

El hombre movió los ojos de arriba a abajo; era lo único que podía hacer.

Auxiliado por otro herbívoro, el *cognitor* instaló a Lenin de nuevo en su silla.

Ajustó con cuidado las delicadas conexiones neurales.

* * *

Khat Zar se desangraba en silencio sobre la cubierta, intentaba relajarse para que la Gloria de la *Pitrloka* acudiera a él en ese último instante de su vida.

Corva se acercó al cuerpo de su talismán que yacía boca abajo. El angriff ya estaba enterado de lo que Khat Zar había hecho con *Serpiente*. Sin ninguna delicadeza, lo levantó del suelo sujetándolo por el pelo. Aproximó su rostro al del humano.

—¡Mira! —dijo señalando con una garra a Israel Lenin, que se recuperaba en su silla.

La sangre resbalaba por la comisura de los labios del ksatrya; sus ojos, en los que se reflejaba una infinita tristeza, giraron implorantes hacia *Corva*. Este lo soltó, dejándolo morir al fin.

VEINTISÉIS

—Parece que ese loco de Khat Zar se va a salir con la suya, después de todo —dijo Lenin.

Corva recorría el Puente a grandes zancadas, sin poder alejar un cierto sentimiento de culpabilidad. En circunstancias normales habría sabido controlar a su talismán; los humanos podían resultar peligrosos, especialmente los ksatryas. Tendría que haber adivinado las intenciones de Khat Zar.

Se ha comportado como un auténtico cazador, pensó. He sido yo quien no ha estado a la altura de las circunstancias. Aquel extraño entorno, aquel humano-colmenero, y su continua palabrería... todo había desviado su atención... Y ahora iban a pagar todos por sus errores.

Se acercó a Lenin e inclinó su cuello hacia él.

—¿Aún no habéis conseguido repararlo?

El humano le miró. Ningún sentimiento podía atravesar aquel rostro flaco e inexpresivo.

Lo que era una suerte para todos, porque Lenin estaba aterrorizado.

Cuando el ksatrya había disparado sobre la silla de Israel Lenin, la conexión de esta con el ordenador de la *Retadora* se había interrumpido bruscamente. Vidya había interpretado esto como una situación de extrema gravedad, y sus sistemas automáticos habían conectado el campo.

El cerebro de la *Retadora*, obedeciendo a su programación, daba prioridad a la integridad física de la nave. En cualquier circunstancia habría sido una decisión inteligente... pero no en esos momentos, porque la *Retadora* se encontraba en el mismo borde de un abismo sin fondo. Al conectar el campo, los motores se anulaban, el vuelo se transformaba en inercial, y la nave quedaba a merced de la gigantesca garra de gravedad a la que se estaban aproximando.

—Creo que ya está —dijo el cognitor. Junto con otros técnicos herbívoros, habían trabajado en uno de los paneles dañados por Khat Zar, siguiendo las indicaciones de Lenin—. ¿Puedes hablar ya con el ordenador?

El altavoz emitió:

—ZZZZ... SSSS... Un segundo... —dijo el humano—. Sí, perfectamente. Todo en orden.

—¿A qué esperas entonces para desconectar el maldito campo? —bramó el Dominante.

—No tan aprisa, *Corva*, hemos tardado demasiado, y estábamos peligrosamente cerca de la singularidad... Desconectar el campo ahora podría ser muy peligroso.

—¿Muy peligroso para quién? Si hemos caído en el interior de la singularidad ya no hay nada que hacer, ¿verdad? Estamos todos muertos.

—No adelantemos acontecimientos —replicó el humano—. Utilizaré los sentidos electrónicos de Vidya para averiguar donde estamos exactamente. O al menos, con cierto grado de precisión.

* * *

Israel Lenin abrió su mente al ordenador, y el Universo se desplegó ante él.

Vidya le mostraba su entorno de una forma que los sentidos humanos podían visualizar. A su alrededor se alzaba un gigantesco muro de gravedad, un precipicio cuyas paredes eran espacio y tiempo alabeados en cuatro dimensiones. Lenin trató de interpretar lo que veía, con dificultades; era como una ilusión óptica, una figura en la que los entrantes se convierten en salientes y los salientes en entrantes.

Se sentía como si cayera en sueños. Tardó un momento en darse cuenta de que ¡la nave estaba cayendo realmente en la cuerda cósmica!

Intentó *girar la cabeza* a su alrededor. No confiaba en encontrar nada, pero fue recompensado con una extraño hilo de claridad azul, una línea perfectamente recta, que llegaba del infinito y se alejaba.

Desconcertado, trató de reflexionar sobre lo que estaba viendo. La único que se le ocurrió es que era la Cuerda. Obviamente absurdo, ya que no dejaba escapar la luz. Fue esto lo que le dio la clave.

Lo que veía era el horizonte de sucesos de la cuerda. Del mismo modo que un agujero negro no es totalmente negro, la cuerda se evaporaba emitiendo una débil radiación por el *efecto túnel*.

—Vamos a cruzar el horizonte de sucesos —dijo Lenin, abandonando aquel mundo virtual—. Caemos hacia la Cuerda.

—¡Desconecta el campo, rápido! —gritó *Corva*.

Israel Lenin asintió: aquel objeto era tan enorme, que las fuerzas de marea apenas afectarían a la nave. En cambio, necesitarían el reactor para salir de allí.

Ordenó a Vidya que desconectara el campo y activara los propulsores, aunque sospechaba que aquello no serviría ya para nada.

Pero había que intentarlo.

El muro de distorsión se extinguió, y Lenin volvió a sumergirse en aquel entorno que Vidya recreaba para él.

El reactor de fusión llameó a sus pies con una variedad de colores y espectros jamás vislumbrada por ojo orgánico alguno.

La nave apenas logró disminuir su velocidad en unos cientos de kilómetros por segundo; era como trepar por una pared de vidrio, o como nadar contra una cascada.

Al poco lo apagaron. *Corva* había tenido una buena idea, pensó; es mejor guardar la energía para... lo que sea que haya dentro del horizonte de sucesos.

El hilo de luz se había convertido en una maroma. Luego en una manguera, en un tronco de árbol, en una torre... durante un instante se vio envuelto por la emisión, y

la nave terminó de cruzar el horizonte de sucesos.

Los que entréis aquí, abandonad toda esperanza, pensó Lenin.

* * *

El mundo era un torbellino de escamas de mariposa.

Lenin luchó por reacomodar su mente a la nueva situación. Era como estar en el centro de un tornado... o más bien, pensó con frío humor, lo que se imaginaba que sería el centro de un tornado.

A su alrededor, el Universo parecía reducirse a un tubo infinito, el horizonte de sucesos que rodeaba una singularidad lineal del espacio-tiempo. Unas partículas doradas caían suavemente desde el cielo, trazando delicadas espirales, con la gracia del polen cayendo de la rama de un pino, en torno al eje del mundo cilíndrico. Sintió una repentina curiosidad; ¿cómo es una singularidad *desnuda*? Bien, ahora lo sabría. Iban a someter al campo de distorsión a la más dura prueba imaginable.

Trató de ver la cuerda... y no pudo. Era como intentar hacerlo por el punto ciego del ojo. Los sentidos electrónicos de Vidya estaban hechos un lío.

Una vez más se esforzó en entender aquello que veía. La lluvia de partículas doradas que caían como algodón, era... ¡claro!

Radiación. Rayos gamma superduros, generados cuando las escasas partículas errantes, que la Cuerda recogía a lo largo de toda su longitud, caían en una espiral que les hacía entregar casi toda su masa en forma de energía. Se preguntó si la Cuerda era un instrumento para recolectarlas, ¿quizás las atrapaba en un campo magnético? Recordó que las cuerdas cósmicas son superconductoras.

Escrutó con más atención su entorno, tratando de ver algo más que la incesante lluvia de partículas doradas.

Y vio algo. Entre las espirales que describían las partículas, se movían objetos de un tamaño que debía ser enorme. Trató de mirarlos de cerca. El ordenador, servicialmente, se los acercó.

Recordó la primera vez que vio una preparación microscópica de plancton marino.

Las formas tenían una extraña elegancia geométrica. Había una especie de octaedros, con seis largos brazos saliendo de los vértices. Otros parecían pirámides triangulares o tetraedros, o cubos de vértices truncados de los que salían tentáculos que se ramificaban en dos, en cuatro, en ocho. Otros tendían a formas casi esféricas de muchas caras. Uno parecía formado por hexágonos y pentágonos, curiosamente parecido a un balón de fútbol.

Se sintió frustrado al no poder distinguir si eran máquinas o seres vivos. En todo caso, su *vida*, si se la podía llamar así, debía transcurrir en el interior de aquel vórtice de radiación, describiendo largas y lentas órbitas en torno a la singularidad, recolectando aquel maná electromagnético, la débil energía que caía del cielo, en

aquel último y fantástico hábitat del Universo...

VEINTISIETE

õrn_53_'0iht45 había amanecido a la conciencia cuando el número de protones se había reducido a un tercio del inicial. No conocía otra fuente de energía que el resplandor producido por la escasa materia engullida por los agujeros negros, atrapada por enormes cáscaras. Pero eso ya era pasado; ahora, sólo existía la Cuerda.

õrn_53_'0iht45 trepaba por los acantilados sin fondo en torno a la Cuerda. Ese había sido su hábitat desde hacía incontables eones. Sus trofónicos le suministraban la fuerza necesaria para arrastrar su mole, mientras los ergosomas colectaban la difusa energía desprendida por las oscilaciones de la Cuerda. En su cuerpo oval, ni orgánico, ni mecánico, ni electrónico (pues tales distinciones habían desaparecido hacía mucho), las cámaras intrónicas sintetizaban afanosamente las escasas moléculas necesarias para reemplazar las pérdidas.

Su gigantesca mole era recorrida a cada momento por millares de microcibs, laboriosos seres sin mente, que, sin conciencia de ello, como abejas en una colmena fabulosa, contribuían al funcionamiento del sistema bioinformático que era õrn_53_'0iht45.

Pero ni õrn_53_'0iht45 ni ninguno de los suyos pensaban en los microcibs como si fueran una parte separada de su ser, aunque tenían algo de cada uno de ellos. Tampoco lo eran sus organoides más complejos, como trofónicos, ergosomas o cámaras intrónicas. Ni tampoco consideraba como sede de su ego el macrocentro, aquel complejo que albergaba su información, codificada en partículas metaestables, en parte heredado, en parte aprendido, genes y memoria. õrn_53_'0iht45 era, a la vez, todo eso y nada de eso.

Los sentidos de õrn_53_'0iht45 se extendían a un amplio espectro. Estaba la universal presencia de la radiación electromagnética; su visión abarcaba desde el sordo retumbar de las ondas radiales e infrarrojas, al agudo chillido de los rayos X y gamma, pasando por el soprano de las microondas y el ultravioleta. Sentía también la tosca presión y vibración puramente mecánica, y lo más inquietante de todo, aquella curvatura en el espacio-tiempo que es la gravedad.

La zanja producida por el intenso campo gravitatorio de la Cuerda cruzaba el Universo como una inmensa garganta, extendiéndose hasta perderse de vista. Era el único rasgo en un cosmos casi euclídeo, y a õrn_53_'0iht45 le inquietaba, como a un hombre cuya casa estuviera al borde de un precipicio. Pero la Cuerda era necesaria; sus ancestros había hecho bien en construirla para los Primigenios, cuando aún eran posibles tales estructuras. En el degenerado presente, sería imposible repetir la hazaña de sus antepasados.

=

Los microcibs de òrn_53_'0iht45 forrajeaban en la superficie del Vórtice de Colapso, cosechando briznas de valiosa materia, acumuladas por la gravedad de la Cuerda. Los microcibs introducían su captura en òrn_53_'0iht45 , donde su aparato introreticular empezó a transmutar los bariones. òrn_53_'0iht45 pensó vagamente en escisionarse.

Sus multisentidos detectaron en la escarpada lejanía la mole piramidal de otro ser de su especie. Poco a poco, ambos fueron aproximándose con lentitud. òrn_53_'0iht45 identificó al otro.

—ßos_32_.764hp´i —y envió su propio nombrecódigo.

Las dos gigantescas estructuras vivientes se fueron aproximando una a la otra, con una lentitud de pesadilla.

Al llegar a la misma altura, ßos_32_.764hp´i extendió entre ambos un tubo largo y flexuoso. El acrómero tocó la exodermis de òrn_53_'0iht45 , en el punto donde ya se había formado el cono atractor. Los terabits zumbaron, la infogen remolineó a través del canal. òrn_53_'0iht45 la examinó: El proyecto de los Primigenios estaba a punto de completarse.

¡Así que era aquello!

Sintió una repentina excitación que recorría sus infofibrillas. Transmitió sus emociones.

—ii¿¿??!!

¡Tras muchos eones, tras el paciente esfuerzo de billones de años, había por fin una esperanza! El espacio-tiempo estaba plano como un espejo, exceptuando la fosa gravitatoria de la Cuerda. Todo estaba casi listo para el gran momento.

_____ =

—¿Qué es eso?, —exclamó de repente ßos_32_.764hp´i.

—¿Hm? —òrn_53_'0iht45 examinó el Universo alrededor.

No veía nada raro. Todo estaba como de costumbre, como lo había estado hace eones. ßos_32_.764hp´i, impaciente, señaló con un haz más ser.

Eso había entrado por una Puerta que flotaba casi olvidada. Resultaba inconcebible que, con el Proyecto a punto de cumplirse, volviera un Suministrador...

¡Pero aquello no lo era! Más bien...

òrn_53_'0iht45 observó al recién llegado con minuciosa curiosidad. Un muro de espacio rodeando...

—¡Míralo! Apenas puedo creerlo, —exclamó ßos_32_.764hp´i.

òrn_53_'0iht45 compartía sus sentimientos. La esfera de espacio crestado envolvía un objeto de metal. ¡Metal, por todos los Principios!

El vehículo emitía una inconcebible radiación infrarroja, que indicaba una temperatura de varios cientos de kelvins.

También emitía los suficientes gammas y neutrinos como para indicar su fuerte energética. ¿Quién tenía bastante deuterio para producir fusión? Por reflejo, ßos_32_.764hp´i liberó una desagradable nube de partículas asesinas K.

—Viene de los más profundos abismos del tiempo, —comprendió
örn_53_'0iht45.

Su mente se llenó del más absoluto horror. ¿Qué clase de monstruos
inimaginables brotaban del remoto pasado? ¿Máquinas? ¿Glomsters? ¿Nubes
vivientes? ¿Entes-fuerza? ¿Zxwestis? ¿Seres orgánicos?

Los dos permanecieron esperando, llenos de aprensión.

La nave espacial no hizo ningún movimiento. òrn_53_'0iht45 y ßos_32_.764hp';
percibieron la suave emisión de radiaciones de diferentes tipos, como si la nave
sondease delicadamente la Cuerda.

—¡Qué sentidos tan toscos!

La nave parecía dirigirse hacia ellos... no directamente, fallaría por un
gigametro, pero...

_____ =

La nave cayó contra la Cuerda... y cayó... y cayó... pero el tiempo se detendría
antes de tocarla.

En ese momento, para un observador exterior, la navecilla quedaría congelada
en el tiempo, eternamente inmóvil; pero para el/los tripulante/es, habría llegado el
no-Ser de la singularidad.

VEINTIOCHO

—¿Son esas las Máquinas? —preguntó el *cognitor* señalando el extraño y gigantesco plancton que inundaba el interior de la Cuerda.

—Imposible saberlo con certeza... —replicó Lenin— a menos que nos acerquemos mucho más. Lo cual es imposible.

—¡Caemos hacia el fondo! —exclamó *Solsticio*Dieciseís*.

—Yo no podría haberlo expresado mejor —dijo Lenin, mientras volvía a fundirse con los poderosos sentidos de Vidya.

Entonces lo vio. Al principio no daba crédito a lo que los sentidos electrónicos le estaban mostrando, pero pronto admitió que aquello era real.

—Mirad —dijo al mismo tiempo que ordenaba al cerebro de la *Retadora* que pasara la imagen a la pantalla central.

Abandonó aquel universo virtual, y observó el objeto tal y como lo estaban viendo los angriffs.

Se sintió decepcionado. El interior de la singularidad aparecía muy diferente visto con luz normal. Sin embargo, ¡allí estaba!

El Disco-Puerta era visible gracias a la débil iluminación grisácea que ascendía del fondo de la Cuerda.

Flotaba a un cuarto de millón de kilómetros frente a ellos, derivando lentamente.

—¿Eso es...? —empezó el *cognitor*.

—Sí.

—Pero ¿qué hace aquí? ¿Cómo es posible?

—Resulta bastante lógico si te detienes a considerarlo. Alguien, quizás las Máquinas autorreplicantes, diseñaron y construyeron la Cuerda. Y ese alguien se ocupó de tener una ruta de salida.

—Pero nada puede escapar de una singularidad —exclamó el *cognitor*.

—Nada que sea incapaz de viajar más rápido que la luz —aclaró Lenin.

—¿Es posible que podamos regresar? —preguntó *Corva* esperanzado.

—Creo que sí —dijo Lenin, sus ojos mostraban un infinito agotamiento—. Sugiero que la *Retadora* se dirija inmediatamente hacia un encuentro con ese Artefacto.

No fue fácil. Los motores de la nave debían luchar contra la implacable garra de gravedad, que pugnaba por arrastrarlos al fondo, y al mismo tiempo avanzar hacia el Artefacto.

* * *

—¿Para qué un objeto como la Cuerda? —se preguntó el *cognitor*, contemplando la

lenta aproximación al Artefacto.

Bueno, pensó, era una forma de obtener algo de la escasa energía que quedaba, allí en el confín del tiempo. Pero parecía demasiado colosal para eso. Un cuerpo superdenso más pequeño sería más manejable; la fusión de varios agujeros negros, por ejemplo, desprendería mucha energía.

¿O quizás no era sólo la energía lo que buscaban? Y si no, ¿qué? La Cuerda era un objeto infinitamente más difícil de manejar que un agujero negro.

Trató de imaginarse la Cuerda vibrando a la velocidad de la luz: sería un desastre para los últimos seres que vivían dentro de la singularidad. La cuerda formaría bucles, cortándose en cuerda circulares más pequeñas, que se evaporarían y... *¡un momento!*

El *cognitor* interrumpió su línea de pensamiento, sorprendido.

Ocultó su cabeza bajo su cuerpo, pensando profundamente, echando mano a todos sus conocimientos, tratando de integrar aquel objeto en el marco físico del Universo. Y lo que encontró le provocó una mezcla de terror y maravilla, una sensación de algo casi sagrado.

* * *

Los corazones palpitaban con fuerza en el pecho del *cognitor* cuando la *Retadora* logró alcanzar el Disco-Puerta. Con un último esfuerzo, los motores la empujaron firmemente a través del umbral.

Vidya aguardó hasta el último momento antes de conectar el campo.

VEINTINUEVE

Tras salir de la singularidad, la *Retadora Inexorable* atravesó el Disco-Puerta que le había trasladado hasta aquel último recodo del Tiempo.

La nave surgió, tal y como Lenin había previsto, en el sistema del sol rojo.

Suspiró, casi a punto de ahogarse. Apenas se había atrevido a respirar. Los angriffs emitieron un curioso siseo.

El ordenador reconoció al Disco-Puerta por el que habían entrado, el que conectaba la Galaxia con el Cúmulo un millón de años en el futuro.

Con su hogar.

* * *

—¿Qué se necesita para crear un universo? —preguntó el *cognitor*, apenas entró en el camarote de Lenin. Sus patas parecían negarse a seguir manteniendo el peso de su corpachón. Buscó su taburete cóncavo favorito y se dejó caer en él—. En todo el universo actual, y en la mayor parte de su historia precedente, sería imposible reunir una concentración de materia y energía suficientes.

—Pero la naturaleza tiene sus trucos —dijo Lenin—. Sin duda no ignoras que se puede extraer energía del vacío... literalmente, de la nada.

—¡Exacto! ¡Ese es el papel de la Cuerda y el retorcimiento del espacio-tiempo en la singularidad! —exclamó el *cognitor* orgulloso de haber dado él con la respuesta.

Pudo imaginar muy vívidamente el siguiente paso:

En un momento dado, la Cuerda comenzaría a oscilar, formando un complicado nudo que se extendería a dimensiones superiores... y segaría una diminuta porción de espacio-tiempo, desgajándola del viejo Universo. Eso sólo sería posible, según sus ecuaciones, cuando el Universo fuera totalmente *plano* y sin la mínima distorsión de gravedad.

La oscilación liberaría una cantidad monstruosa de energía. Bajo los efectos de las altísimas temperaturas y densidades, el espacio-tiempo se rasgaría por las tremendas fuerzas de marea, durante un brevísimo instante, las leyes de la física clásica perderían sentido, y los procesos cuánticos harían notar sus enigmáticos efectos. Como una tempestad en el mar, fluctuaciones aleatorias de la energía tan grandes como la masa del propio Universo provocarían agitadas turbulencias en el tejido del espacio-tiempo, dándole una microestructura espumosa de túneles, puentes y agujeros.

Habría nacido un nuevo universo, infinitamente pequeño, infinitamente masivo, como una yema del antiguo. El espacio y el tiempo se separarían e iniciarían su andadura...

—¿Por qué querrían las Máquinas crear un nuevo universo?

—Toda inteligencia, orgánica o inorgánica, solo busca perpetuarse. Transmitir sus genes a la siguiente generación. En algún momento del pasado, las Máquinas debieron calcular con precisión el fin de este universo... y, en consecuencia, el fin de ellas mismas, y se unieron para realizar esta titánica empresa. Gracias a los Discos-Puerta, trasladaron al futuro remoto suficiente masa como para crear y mantener la Cuerda. Quizás, para ello, arrasaron galaxias enteras en algún momento de nuestro futuro...

»Es divertido pensar que fuisteis los humanos quienes, inconscientemente, creasteis tan temible demonio...

* * *

—Es sólo una suposición tuya —dijo Lenin cuando el *cognitor* hubo acabado de hablar—. Brillante, debo añadir. Pero sólo una suposición.

—Es posible, y puedo estar equivocado. Pero ¿y si no es así? ¿De qué nos serviría saber eso? No podríamos hacer nada. Nada. ¿Cómo íbamos a luchar contra seres que crean universos?

Israel Lenin interrumpió la diatriba.

—No dejes que la superstición te ciegue. No hay nada sobrenatural en todo esto. Esos seres están hechos como nosotros... bueno, quizás no exactamente como nosotros, pero están hechos de materia vulgar. Y —dijo tras una pausa—, lo que han aprendido a hacer, es ciencia y sólo ciencia. Aunque tan avanzada que podríamos interpretarla como un milagro.

—A efectos prácticos, no veo diferencia entre un poder divino y otro tan grande que *parece* divino —dijo tercamente el *cognitor*—. Si tengo razón (y rezo a la *Sagrada Pirámide* para no tenerla), estamos inermes ante ellos.

—Muy bien, de acuerdo, pero en algo sí estás equivocado. Nuestra situación no es tan desesperada, de momento. Sé como podríamos destruir el Artefacto que viaja hacia nuestro Cúmulo. Eso nos daría un margen de un millón de años para prepararnos. Puede que para esas criaturas no sea gran cosa, pero los humanos... y los angriffs, indudablemente... podemos hacer maravillas en ese tiempo.

El angriff le miró pensativo.

—Has dicho... ¿destruir el Artefacto? ¿Es eso posible?

—Sí.

—¿Cómo?

Israel Lenin se lo dijo.

El *cognitor* permaneció tanto tiempo quieto, mirándole en silencio, que a Lenin le recordó la figura tallada en piedra de un demonio.

—¿Qué has dicho? —preguntó al fin el angriff.

—Utilizaremos la *Retadora* como una bomba —repitió Lenin—, la haremos

estallar mientras cruzamos. Según mis cálculos, la explosión cegará el *agujero de gusano*. Espero que para siempre.

—¿Es esta una nueva exhibición de tu *sentido del humor*?

—Te aseguro que no tenemos otra opción.

—*Corva* no lo permitirá. Te matará si intentas destruir esta nave.

—No tenemos otra opción. Y *Corva* tampoco la tiene.

TREINTA

*Niebla**Dos se sentía colmado de felicidad ante lo que iba a suceder en unos instantes. Al fin, el Artefacto que había matado a sus hermanos iba a ser destruido. Iba a completarse la venganza para la que su clan le había embarcado en aquel estúpido viaje.

O al menos, eso aseguraba aquel humano lisiado.

* * *

Axzel contemplaba el gigantesco hangar de la *Retadora* desde el puente de la *Asura*. Se había trasladado a la corbeta del Imperio, junto con todos los angriffs, unas horas antes de penetrar en aquel último *agujero de gusano*. No podían haber errores. La sincronización debía ser perfecta, o estarían muertos.

Ahora todo dependía de Vidya.

—Podremos reconstruir tu memoria a partir de las copias repartidas por todo el Imperio —dijo Axzel al ordenador que controlaba aquella nave que una vez había sido la *Konrad Lorenz*.

—*No importa* —dijo Vidya— *estoy demasiado pegado a este viejo cascarón como para sobrevivirle. Además, ese ya no sería yo.*

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—*Por supuesto. He repasado tus cálculos, y son correctos. Podemos destruir ese maldito Artefacto.*

* * *

Las puertas del hangar empezaron a abrirse lentamente. Tras ellas, sólo se veía el negro fondo del muro de distorsión, pero Axzel sabía que el Disco-Puerta que comunicaba con el Cúmulo estaba muy próximo, frente a ellos.

—Recuerda mi advertencia, Lenin —gruñó *Corva* desde algún lugar a su espalda—, si todo esto es un truco para destruir la *Retadora*...

No es un truco —pensó Axzel— *pero si realmente hay algo tras la muerte, espero que Khat Zar esté mirando en esta dirección.*

—No hay motivos para tu amargura —dijo sin volverse—. Vas a convertirte en un héroe. Destruirás la peor amenaza que jamás haya acechado a angriff y humanos.

*Corva*de*Fuego* emitió un gruñido. Lo que les pasase a aquellos bípedos lampiños le tenía completamente sin cuidado.

—Y voy a destruir la nave más poderosa del Cúmulo. Yo contaba con esta nave para la promoción de mi protoclán en un auténtico clan. ¿Cómo explicar su pérdida a

los epícratas?

* * *

El enorme portalón terminó de abrirse y la *Asura* encendió sus motores de maniobra.

Axzel consultó el cronómetro de su silla. Ahora debían estar a punto de cruzar el Artefacto.

—Adiós, Vidya...

—Adiós, Axzel. Buena suerte.

Perezosamente, la *Asura* abandonó el hangar.

—Entiéndelo, *Corva* —dijo Axzel sin apartar su mente del cronómetro—, sólo el reactor de fusión de la *Retadora* tiene la suficiente potencia como para asegurarnos el éxito.

Según sus cálculos, los Discos-Puerta sólo eran vulnerables en el brevísimo instante en que una masa cruzaba por ellas. El enorme motor de fusión de la *Retadora*, estallando como una bomba de un millón de kilotones, cerraría para siempre aquel extremo del *agujero de gusano*.

La *Asura* se movía lentamente por el estrecho espacio que había entre el campo de distorsión y la nave.

El *cognitor* miraba nervioso la pantalla de popa, en la que el hangar de la *Retadora* empequeñecía. El resto de las pantallas no mostraba más que oscuridad.

—¿Qué pasará si chocamos contra el campo? —preguntó el *cognitor*.

—Nada —dijo Lenin—. El campo ejerce una fuerza de repulsión que varía con la octava potencia de la distancia. A pocos metros, es insignificante, y se hace casi infinita en pocos centímetros. Para avanzar contra ella necesitaríamos de una potencia de empuje igualmente infinita. Simplemente nos frenará suavemente.

—Entonces no hay peligro.

—Yo no he dicho eso. Si el campo tarda una fracción de tiempo más de lo previsto en desaparecer, la explosión de la *Retadora* nos atraparé dentro de él. Si se retrasa una diezmilésima de segundo... bueno, la fuerza de marea del Artefacto nos transformará en un larguísimo espagueti...

El campo se desvaneció entonces. Durante un instante inconmensurable, Axzel atisbó la apelmazada masa estelar del Cúmulo. Su hogar parecía estar casi al alcance de la mano.

Sintió en sus huesos la vibración del motor. La sangre huyó de sus ojos cuando los motores de la *Asura* la hicieron saltar hacia adelante con un salvaje ímpetu de diez Gs. Oyó gemir a los angriffs tras él, como cachorros asustados, y perdió el sentido.

* * *

Despertó horas después, en un camarote de la corbeta imperial. El *cognitor* esperaba pacientemente junto a su silla.

—¿Cómo te encuentras, Israel Lenin?

—Como si me hubieran pasado por una prensa hidráulica —Axzel movió los ojos de un lado a otro, intentando enfocar su vista. Seguía mareado—. Parece ser que lo hemos logrado.

—Eso parece, sí. Estamos penetrando en el sistema de Sargazzia.

—¿Y el Artefacto?

—Ah, claro, disculpa...

El herbívoro se levantó como si hubiese olvidado algo, y acercó una pantalla de video a la silla de Axzel.

No era muy espectacular. La imagen había sido tomada por las cámaras de popa de la *Asura*. Axzel pudo ver como el Artefacto se alejaba vertiginosamente, de repente empezó a arrugarse, como papel de estaño, y desapareció súbitamente en un deslumbrante punto de luz.

Todo la filmación duraba menos de un segundo.

—Bien, todos vosotros tenéis motivos para sentirnos orgullosos de vosotros mismos. Habéis salvado Akasa-puspa. Momentáneamente, claro.

—No estoy seguro de que los carnívoros sepan apreciarlo —dijo el *cognitor* algo preocupado.

—¿Tienes idea de lo que van a hacer conmigo ahora?

En realidad a Axzel no le importaba demasiado. Desde el momento en que se vio obligado a descubrirse, sabía que su suerte estaba unida a la de Vidya y la *Konrad Lorenz*. Ahora que ya no existían, no podía esperar otra cosa que la venganza por parte de *Corva*.

El herbívoro sacudió su cuello.

—No estoy seguro. Pero he oído decir a *Corva* que piensa adoptarte como su nuevo talismán. Estarás bajo su protección.

—Qué honor —dijo Axzel entre cínico y asombrado.

—Claro, que quizás las cosas también se pongan difíciles para Micazador. Con toda seguridad se abrirá una investigación, y tiene algunos enemigos entre los epícratas. Espero sinceramente que le traigas más suerte que sus antiguos talismanes.

—Bueno, ¿por qué no? —dijo Axzel—. Tal vez al final consiga que esos carnívoros se pongan a trabajar en algo positivo.

El *cognitor* escrutó el impenetrable rostro humano. Una vez más, Israel Lenin le desorientaba.

Comprendió que nunca lograría saber cuándo bromeaba o no.

EPÍLOGO

El transbordador se detuvo al final de la pista, con su revestimiento de cerámica aún humeante. Al instante, dos guerreros avanzaron hacia el aparato, empujando una escalerilla sobre ruedas. Una pequeña escolta de honor formó a ambos lados.

*Niebla*Dos* se preguntó si él debería acercarse a la nave. Optó por no hacerlo; ahora su rango era lo bastante elevado. Pero no sería prudente ofender al recién llegado de modo tan notorio. No; esperaría hasta que el *Adelantado*del*Supremo* apareciese en la escotilla, y sólo entonces caminaría hasta él.

El *Adelantado* le sorprendió. Desde lo alto de la escalerilla, su serpentino cuello giró en su dirección. El *Adelantado* alzó la mano en un saludo informal, y empezó a bajar los peldaños. *Niebla*Dos* se apresuró a su encuentro; la condescendencia del *Adelantado*, al dar el primer paso hacia él, era una sutil afrenta.

Cuando ambos personajes estuvieron a dos metros uno de otro, *Niebla*Dos* hizo los signos de saludo: sus gestos fueron impecables, pero fríamente distantes.

El *Adelantado* ejecutó a su vez los signos. Estos eran lo bastante perfectos como para que no se tomasen como un insulto, pero lo suficientemente descuidados como para que *Niebla*Dos* empezara a preocuparse. Vagamente irritado, condujo al visitante y su séquito a una escuadrilla de autogiros.

* * *

El paisaje desfilaba monótonamente bajo los aparatos. El *Adelantado*, sentado al lado *Niebla*Dos*, señaló hacia un grupo de colinas, de formas sospechosamente cuadrangulares.

—Eso era una ciudad humana, ¿verdad? —chirrió—. Veo que habéis avanzado mucho.

¿Había una ironía velada en sus palabras? *Niebla*Dos* decidió no hacer caso.

—Si; pronto no quedará piedra sobre piedra de todas ellas. El planeta será un inmenso jardín de caza.

—Espléndido; el *Supremo* se sentirá complacido. Tanto como del presente que le enviasteis. Os manda su reconocimiento.

Niebla ejecutó los gestos de agradecimiento sumiso.

—Era el antiguo cognitor de *Corva*de*Fuego*. Tenía fama de ser excepcionalmente valioso e inteligente. Me alegra que al *Supremo* le agrade.

—Y... ¿qué ha sido de mi buen amigo *Corva*de*Fuego*?

Esta vez, *Niebla*Dos* no dudó. El *Adelantado* le insultaba, a él y a su clan, con una sutileza tal que le impedía un combate formal. Bien, vería con quién estaba jugando.

—Oh, le fueron arrancados los espolones —dijo *Niebla*Dos*, con fingida indiferencia—. Pensé en cazarlo y comérmelo yo mismo, pero consideré que era demasiado honor para él. Mis oficiales lo descuartizaron vivo, quemaron los pedazos y arrojaron sus cenizas al estiércol de las presas. Sólo se comieron el cerebro posterior, como muestra de respeto a la dignidad de su antiguo clan.

El *Adelantado* dejó colgar un segundo su mandíbula inferior, asombrado.

—¿Acaso merecía una muerte tan deshonrosa? —susurró. Se maldijo por su debilidad, pero la sorpresa le había hecho bajar la guardia.

—Sí —ahora *Niebla*Dos* hablaba con la rigidez de una piedra—. Se ablandó. Convivió con los humanos y se permitió ser influido por ellos... a través de los herbívoros, por supuesto. Quien vive como presa, muere como presa.

—Sin embargo, nos fue útil —replicó el *Adelantado*—. Si él no hubiésemos logrado destruir ese amenazante Artefacto que venía de la Galaxia. Quizás te hayas apresurado a darle muerte.

—Creo que no —replicó *Niebla*Dos*, conteniendo su furia— destruyó una poderosa nave que nos habría abierto las puertas del Imperio Humano.

El *Adelantado* decidió cambiar de tema.

—¿Qué ha sido de ese humano, Israel Lenin?

—No tiene ningún valor. —*Niebla* hizo el gesto de *aléjate*— ni siquiera como comida.

—¿Sigue con vida?

—Sí.

—En ese caso, al *Supremo* le agradecería tenerlo con él.

—No lo entiendo —dijo *Niebla* escandalizado—. ¡Es solo un trozo de carne sin valor!

—En ese caso, no te importará desprenderte de él.

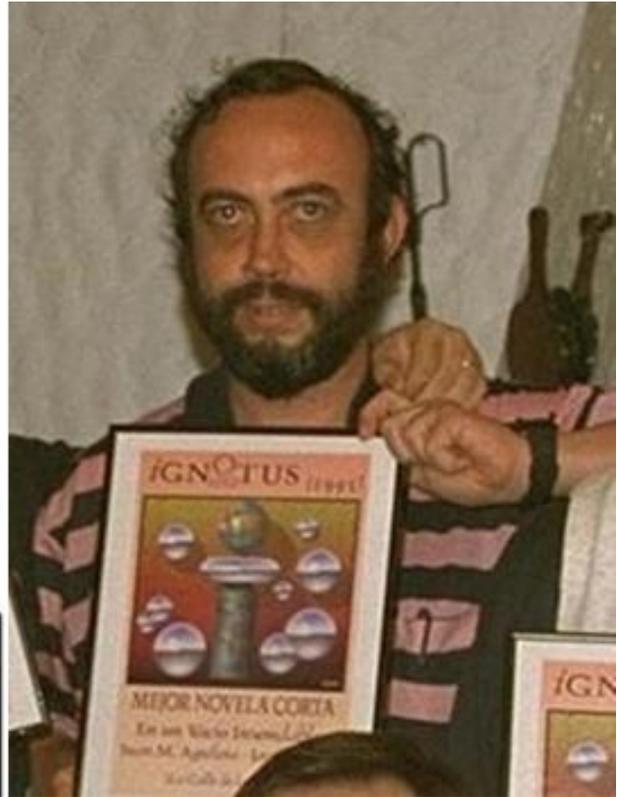
—¡Por supuesto que no! Pero ¿para qué quiere el *Supremo*...?

—El *Supremo* desea convertir al humano Israel Lenin en su talismán.

Ahora fue el turno de *Niebla*Dos* de dejar colgar su mandíbula.

—¿Serás capaz de complacerle?

Fríamente, *Niebla* ejecutó los signos de aceptación agradecida.



JAVIER REDAL. Nació en Valencia, allá por 1952. Es licenciado en Ciencias Biológicas y hoy por hoy es profesor de BUP/ESO y aquello.

Su principal afición es leer y escribir ci-fi, y navegar por Internet y Fidonet. Es un apasionado de Star Trek y, así, como quien no quiere la cosa, se ha convertido en uno de los mejores (si no el mejor) especialistas españoles en Babylon 5.

Según la Guía de Lectura de Miquel Barceló es, en colaboración con Juan Miguel Aguilera, uno de los primeros autores españoles en cuidar el aspecto científico de sus obras, al más puro estilo del hard anglosajón.

Aunque se dio a conocer a través de sus relatos cortos y artículos en Nueva Dimensión, el grueso de su obra lo componen las novelas que ha escrito en colaboración con Juan Miguel Aguilera. Así *Mundos en el abismo* (1988), *Hijos de la eternidad* (1989), y *El refugio* (1994) son ejemplos que demuestran que la literatura española es capaz de hacer ciencia ficción hard apartándose de los habituales modelos anglosajones y rigurosa en sus especulaciones científicas.

JUAN MIGUEL AGUILERA. Nació en Valencia en 1960. Es un escritor de ciencia ficción. Se formó como diseñador industrial, aunque destaca por su importancia dentro de la ciencia ficción española.

Sus primeras obras están escritas en colaboración con Javier Redal. Son historias

enmarcadas en la ciencia ficción dura (hard) y ambientadas en *La Saga de Akasa-Puspa*.

La recreación de mundos y ambientes es muy consistente y detallista. *Mundos en el abismo* y sus continuaciones *Hijos de la eternidad* y *Mundos y demonios* combinan una trama típica de Space Opera con elementos de ciencia ficción hard. *El refugio* muestra una gran influencia científica en biotecnología, bioquímica, comunicación entre especies o en evolución.

También ha colaborado con el conocido autor Rafael Marín Trechera.

En su obras en solitario deja en un plano secundario los detalles más estrictamente científicos y mezcla elementos de fantasía, en un género que él mismo califica de «historia especulativa».

También ha participado como guionista de la película *Náufragos* y en el cómic *Avatar*. Como ilustrador ha elaborado numerosas portadas para libros de ciencia ficción.

Ha recibido los premios Ignotus, Alberto Magno, Imaginales de la ciencia ficción francesa, Bob Morane de Bélgica, y Juli Verne.

Entre los años 2000 y 2002 fue el presidente de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror.

[1] Ksatra: Los ksatrya forman parte de una antigua aristocracia guerrera basada en la esclavitud de otros pueblos. Durante un milenio hicieron valerosamente frente al Imperio. Tras su derrota, fueron dispersados, y se convirtieron en mercenarios al servicio de cualquier estado dispuesto a pagar su precio. <<

[2] Angriffs: Machos y hembras carnívoros ponen huevos de los que nace una generación de herbívoros partenogenéticos, que se reproducen a gran velocidad. De entre algunos de esos huevos nacen individuos carnívoros, machos y hembras, que pueden comerse a sus propios congéneres herbívoros, y a su vez ponen huevos de resistencia que darán origen a una nueva generación. Se trata de una adaptación a un medio que sufre largos períodos de sequía y escasez de alimentos. <<

[3] Jainistas: Secta religiosa, herética según la Hermandad, que niega el Varna, practica el ascetismo, y para la que pensar en Dios está completamente prohibido. <<

[4] Sistema Cadena: Sistema de transporte interestelar del Imperio. Comparable a una extensa red de ferrocarriles entre los planetas. Láseres de un megavatio, concentrados sobre gigantescas velas de luz, aceleran y deceleran los containers de mercancías entre las estrellas. <<